EL PADRE ESQUIÚ

Vida, virtudes, fama de santidad y milagros
del siervo de Dios

Fr. MAMERTO ESQUIÚ
OBISPO DE CÓRDOBA

POR EL

R. P. Fr. Luis Córdoba
O. F. M.



1926
Est. Gráfico PEREYRA - Deán Fúnes, 50
CORDOBA

EL PADRE ESQUIÚ

Vida, virtudes, fama de santidad y milagros
del siervo de Dios

Fr. MAMERTO ESQUIÚ
OBISPO DE CÓRDOBA

HOMENAJE

a su virtud y ciencia en el primer
centenario de su nacimiento

1826-11 de Mayo-1926

POR EL

R. P. Fr. Luis Córdoba
O. F. M.

1926
Est. Gráfico PEREYRA - Deán Fúnes, 50
CORDOBA



Fray Mamerto Esquiú y Medina
Ilmo. Obispo de Córdoba

Censura Eclesiástica

Por mandato de S. S. Ilma. y Rma. Mons. Dr. D. B. Piedrabuena he examinado atentamente la obrita del R. P. Fr. Luis Córdoba sobre el *Padre Esquiú* y nada he hallado contrario a las enseñanzas y leyes de la Santa Madre Iglesia. Antes es tal la piedad cristiana que en toda ella se respira, que creo que su lectura será de gran edificación para los fieles.

Y es de alabar el celo del autor al procurar la gloria tan merecida del P. Esquiú, promoviendo juntamente el esplendor de la Iglesia, de la Orden Franciscana y particularmente de la Provincia Argentina, con la exposición documentada de las virtudes y grandes hechos del varón ilustre, que puede proponerse como modelo de buenos cristianos, de perfectos religiosos, de santos sacerdotes y de celosísimos prelados.

B. S. A. P. Rmo. Señor, este S. S. S. en Cristo: (Firmado) Crescencio Marqués. — (C. M. I.)

Licencias.

Tucumán, Setiembre 12 de 1925. — *PUEDE IMPRIMIRSE.* El Obispo de Tucumán y Adm. Apco. de Catamarca.

Buenos Aires, 15 de Julio de 1925 Visto el informe favorable del R. P. Fr. Antonio Lobo, autorizamos la impresión de la obra escrita por el R. P. Fr. Luis Córdoba. — *Fr. Julián B. Lagos*, Delegado Pcial. — Fr. *José Urquiza*, Secretario de Prov.

PROEMIO

Los seres extraordinarios o las almas grandes, gozan del raro privilegio de deslumbrar al que los contempla, sea que éste los mire de cerca o de lejos, indistintamente.

En efecto, los astros del firmamento brillan más y más, ante nuestros ojos a medida que uno se aparta de ellos, porque sus manchas o sombras, desaparecen, y el espacio que nos separa de las mismas, se diafaniza como tenue velo de plata.

La montaña que a la distancia nos llama al asombro y nos sobrecoge con sus accidentados desenvolvimientos, cobra nuevo embeleso en proporción directa de nuestra aproximación a ella, subyugados por su imponente grandeza de discordantes formas.

Fenómeno idéntico se opera en nuestro espíritu, ante la figura nobilísima del por muchos conceptos eminente Fray Mamerto Esquiú; de aquel religioso de contextura moral excepcional, que se ocultara en la silenciosa y desmantelada celda del Convento de Cata-

marca, con la natural modestia del más humilde entre sus hermanos de hábito, firme en el propósito de sustraerse a todo cuanto tendiera a realzar su persona; propósito que, por cierto, no logró nunca hacer efectivo, porque como es sabido, la verdad y la luz, como el bien y la belleza, rompen las ataduras de la voluntad humana.

Si se lo estudia al P. Esquiú en la vida íntima, siguiéndole como a hurtadillas, en sus pasos más salientes, desde el postulantado, en el prestigioso convento franciscano de su Provincia natal, hasta sus normas finales del Obispado de Córdoba, pasa lo que acontece cuando uno se acerca a un foco de calor o luz, se contamina y se enciende en afecto y admiración, por aquella naturaleza superior a toda ponderación, según el sentir uniforme de los que tuvieron la suerte de cultivar su amistad. De ahí, ese concepto general de "santo" en que, sin afectación, de un modo espontáneo, se le tenía, porque, sin duda, veían resplandecer en su alma in-

contaminada, el conjunto de virtudes y dones poco comunes, que hicieron de él, el sacerdote ejemplarísimo y el religioso severamente observante de las disciplinas de su Orden, de sus deberes altísimos de Obispo, de ciudadano austero y de patriota y de funcionario de pulcritudes inconfundibles.

Si luego se le considera, exteriormente, es decir en su labor cotidiana, en sus abnegadas empresas, en las obras de su apostolado y en las diversas manifestaciones de su intelectualidad, el criterio expresado no varía, porque en todos los actos de su vida se trasunta, sin discrepancias, su alma blanca, sus santas intenciones, sus altos ideales, inspirados siempre en el bien, en la médula de su credo religioso, en la sabia doctrina de la Iglesia, que le guía invariablemente; en las luces de su saber y experiencia, atesoradas en años de estudio y meditación; en el conocimiento profundo del corazón humano; en la visión clara de los grandes destinos que presentía para su amada patria, cuya suerte cuidaba vigilante y celoso, ante el peligro de la difusión de ideas perniciosas, ya en boga entonces.

El P. Esquiú, ofrecíase así con las múltiples y luminosas facetas del caleidoscopio; igual en la Cátedra de enseñanza del Instituto, como en el consejo persuasivo y sentido del confesionario; lo mismo en la prédica grandilocuente del púlpito y de la tribuna parlamentaria, que en la afanosa y abnegada tarea del misionero en pleno desierto chaqueño; idénticamente en la ilustrada y perseverante lucha del periodista, que en la acción prudente, elevada y fructífera del gobierno de su Diócesis; así en la vida social como en el seno de la Comunidad Franciscana, conservando sin desmedro los prestigios en todos los momentos de su fecunda actividad militante.

El respetable religioso y publicista, autor de este libro al cual me ha cabido la honra de prologar, ha realizado, como se verá, un estudio biográfico y crítico en forma sencilla y galana, y de pensamiento moderno, minucioso e interesante, de la personalidad del ilustre catamarqueño, cuyo centenario

se celebrará el año próximo, con las demostraciones de regocijo, gratitud y veneración que le son debidas, particularmente, con la erección de su estatua en bronce y con el proceso de beatificación incoado ante la Santa Sede, por iniciativa del mismo R. P. Córdoba.

Obra nobilísima y de justiciero reconocimiento ha sido la del ex-Provincial franciscano, que supo mover en el país todo el ánimo público, en honor y gloria del esclarecido religioso y servidor de la República, el más grande hijo de la Provincia hermana.

No puedo excusarme de traer a la memoria de los argentinos las palabras con que el eminente hombre de estado D. Félix Frías, definiera al P. Esquiú en 1858, al referirse a las dotes singulares que le distinguieran ya en esa época en la cátedra sagrada: "Para desempeñar esta santa misión, dijo Frías, de imponer silencio y convertir a los doctores de la impiedad; para dar al instinto de los pueblos, una acertada dirección, mostrándoles en la Cruz la

enseña de toda victoria sobre el error y el mal; y en el cielo el Norte y fín de todo progreso, se necesitan sacerdotes en posesión de la verdad y en aptitud de transmitirla. El P. Esquiú nos parece el indicado de la Providencia para promover esa campaña regeneradora, demostrativa de lo que vale para la salud de la sociedad y la salvación de sus miembros, la preciosa sangre derramada en el Calvario".

Hay un antecedente histórico de particular relieve en la vida del pueblo de Catamarca, que no es de olvidar en esta ocasión. La formación de una parte principal del clero nacional, en el cual se destacaron sacerdotes seculares y regulares de notorio prestigio que han hecho honor al país y a la Iglesia Católica, en los largos años de meritoria actuación, para culminar, como hemos dicho ya, en la figura encumbrada del P. Esquiú.

Y es también muy digno de tenerse presente, la participación de esos eclesiásticos en la existencia llena de sa-

crificios de esa Provincia, durante la lucha cruenta por la libertad y la organización del país, después y simultáneamente de haber rendido todo el tributo de su inteligencia en el celebrado Instituto Franciscano, donde se educaron y tomaron tendencias morales varias generaciones de argentinos, colocados más tarde al frente de los destinos de la Nación.

Exaltemos pues, su gloriosa memoria, en estos días dados al reconocimiento público de los buenos servidores de la República, a ellos, que tuvieron la fortuna de beber sus inspiraciones bienhechoras y patrióticas, en esa inexhausta fuente maravillosa, que fluye perennemente de la divina Protectora que mora en su seno, cuidando de la suerte, por esta causa, dichosa Provincia.

Baltasar Olaechea y Alcorta

Santiago del Estero

Dos palabras como prefacio

Va dedicado la presente obra, sobradamente modesta, a conmemorar el primer Centenario del nacimiento del máz ilustre hijo de Catamarca, timbre glorioso de la Orden Franciscana y la figura más pura y culminante de la República Argentina: el P. Esquiú.

Muchos biografías se han escrito de este santo Prelado y gran Orador de la Constitución Argentina, como se lo ha llamado muchas veces, lo que prueba, ante todo y sobre todo, el gran prestigio y la creciente fama de que goza, aún después de muerto, en el mundo intelectual, como sabio, como orador y como varón virtuoso y extraordinario; pero, entre todos esos trabajos, muy apreciables sin duda, y que lo honran ciertamente, y merecen el aplauso de todos los que lo admiran y lo aman, — que son muchos, si no todo los argentinos, — no se ha escrito aún el "libro popular", que reúna y sintetice, en volumen pequeño, como en un solo haz de luz, lo mucho, importante y variado que sobre su personalidad se ha escrito.

El presente volumen, sin pretender ser una obra acabada, por cierto, tiende a realizar este objeto. Y nos place declarar, a fuer de leales, que aprovechando los trabajos importantes y valiosos de los distinguidos biógrafos que nos han precedido, y sin desdeñar a ninguno, hemos procurado realizar un trabajo sintético que abarque, dentro de un pequeño marco, todo lo más importante y variado de la múltiple y fecunda acción del ilustre franciscano catamarqueño, que ha tenido siempre, aún en vida, el don feliz, tan raro en el mundo, de llevarse en pos de sí, los corazones y las simpatías de todos los argentinos y aún de muchos otros que no lo son.

Pero más que todo, hemos tratado de estudiarlo bajo el aspecto más íntimo y encantador del varón justo, religioso y santo, que está destinado, a lo que creemos y anhelamos, a ocupar, dentro de poco, un trono resplandeciente sobre nuestros altares. Por eso hemos procurado, con preferencia, poner de relieve sus altas virtudes religiosas y sacerdotales, que constituyen el fundamento básico de su grandeza

moral y única en nuestra República.

Para conseguirlo, hemos procurado penetrar, con respeto y veneración, en el santuario de su conciencia delicada de cenobita, guiados por la luz — única auténtica y autorizada—de su "Diario de memorias", en que ha dejado reflejada, como en tersísimo espejo, toda la belleza mística de su alma hermosa de perfecto religioso. Ahí están guardados aún, en esas Memorias, escritas más que con rasgos de la pluma, con gemidos del alma, los celestiales aromas de su virtud, como dejos perfumados de sublimes esencias, que testifican, a través del tiempo y del espacio, la riqueza superior del delicado néctar que contuvo.

Otra consideración nos ha movido también a realizar una obra modesta y de pequeño formato, y es el carácter mismo de nuestro siglo, que ha de leernos. Y es que somos de los convencidos de que el libro del siglo XX, para que se lea, sobre todo si trata de asuntos religiosos o que se rocen con éllos, ha de ser pequeño y breve, para que no asuste a nadie, y esté, además, al alcance de todos los bolsillos, y también

—¿por qué nó?— al del escritor, que, por regla general, es siempre corto de bolsillo, y máxime si es franciscano, como en nuestro caso.

Ahí va, pues, sin pretensión de recoger aplausos, pero ostentando — eso sí — el sello de la sinceridad, del entusiasmo y del cariño del escritor, que ha puesto toda su alma sobre los puntos de la pluma, al tratar un asunto tan querido, cual es el recuerdo y la glorificación del P. Esquiú.

Fr. Luis Córdoba

Catamarca, Enero de 1926.

CAPITULO I.

Una semblanza del Padre Esquiú.

Hay nombres que por sí solos se imponen a la conciencia de un pueblo y hasta de todo un siglo, y el pronunciarlos vale tanto como hacer su apología.

Tal es el nombre del ilustre argentino, del gran Obispo de Córdoba, que sirve de título a este capítulo primero de su estudio biográfico.

El Padre Esquiú! Así como suena, sin títulos ni adjetivos de ningún género, como la figura de todos los grandes hombres, como los picachos descollantes de las altas cumbres, que se enuncian con una palabra sola, sin peligro de que se confundan con otro alguno, pues son como esos faros que se colocan junto a la rivera de los mares, para irradiar sus fulgores sobre las olas y las playas... ; así el P. Esquiú ha vivido en el mundo, y, a pesar de su humildad proverbial, que se obstinaba en ocultarlo, ha pasado a la historia nimbada la frente con la doble aureola de la virtud y del genio, mejor todavía que por la mitra de los Obispos y el báculo

de los Pastores, y ha venido a constituir para los argentinos, sin distinción de credos ni de clases, algo así como la personificación más pura y el tipo más acabado y completo del verdadero Pastor del Evangelio, destinado a servir a todos de modelo, de estímulo y de viviente ejemplo de virtud, de caridad y de abnegación, en su triple faz de religioso, de sacerdote y de Obispo, tallado en el molde divino del Evangelio.

Así lo concebía y admiraba el genio superior de Joaquín V. González, y con él toda esa pléyade de talentos argentinos, como Pizarro, Goyena, Estrada, Vélez Sársfield, Navarro Viola, etc.; así lo ha reconocido el pueblo, durante su vida abnegada de apóstol; así vive encarnado en el corazón y el recuerdo de la posteridad, — amado y reverenciado como un santo y como un genio superior —; así lo hemos conocido nosotros, los que hemos venido más tarde a la existencia, viviendo esa vida gloriosa, inmortal, que palpita a través de su tumba florida; así deseamos esculpir en esta líneas su imagen venerable, tallar su figura hermosa, perfilar los relieves inconfundibles de su

fisonomía moral, y, si nos fuese dado, hacer irradiar al exterior toda la belleza inconfundible de su alma luminosa y transparente.

El ha sido Obispo, es cierto: pero el pueblo, que tiene intuiciones que forman dogma, no se ha contentado nunca con solo llamarlo "Obispo", no obstante ser esta dignidad tan sublime y divina. Le ha llamado Obispo, sí, pero anteponiéndole siempre el calificativo de "santo": "el santo Obispo" le llamaban con *respeto* y *veneración,* pero con más frecuencia, — en vida y más aún después de su muerte, hasta ahora — lo nombraban, *con familiar cariño,* "El Padre Esquiú"; y este último nombre es el que ha prevalecido y pasado a la historia como la personificación de la humildad, de la sencillez, de la austeridad, de la mansedumbre y caridad, de la pobreza y de todas las virtudes religiosas y morales, que han resplandecido en su vida acrisolada de apóstol.

También se lo llama, y con no poca frecuencia, con el nombre solo de "Esquiú", especialmente en el mundo intelectual, en que brilla y descuella co-

mo un astro luminoso, inconfundible; pero debemos agregar que, por regla general, "Esquiú", sin aditamento alguno, se toma como exponente del genio y de la ciencia, o también de la elocuencia, en que no ha tenido rival entre nosotros; mientras que, cuando se lo designa con el nombre profesional de "Padre Esquiú", su nombre evoca espontáneamente al religioso humilde, bondadoso y santo, adornado con todas las virtudes y llevándose en pos de sí, el corazón del pueblo y la admiración de todos.

Bajo este doble aspecto hay que estudiar al Padre Esquiú, como santo y como sabio, sin separar en él, el genio que resplandece, de la virtud que subyuga y encanta; pues no son separables en su persona estas dos cualidades superiores, sinó que ambas forman, de modo maravilloso, su personalidad propia e inconfundible: la virtud sostiene al genio y le forma su granítico pedestal; la ciencia ennoblece, dignifica y realza su santidad y hace más amplio y luminoso el radio de su acción imperecedera.

La figura completa del Padre Es-

quiú, es la del religioso humilde y modesto, con su corazón ardiente de apóstol y su frente radiosa de sabio.

—



Casa en que nació el P. Esquiú

CAPITULO II.

Los tres blasones de Catamarca. — Piedra Blanca y sus dos reliquias históricas. — Nacimiento del niño Mamerto y las diversas circunstancias que le acompañan y siguen.

Tres monumentos grandes, que son como los tres gloriosos blasones que la dignifican y engrandecen, tiene Catamarca, y son: el santuario de la Virgen del Valle, el Convento de S. Francisco y la casa histórica del P. Esquiú.

En esos tres monumentos se condensa y guarda toda su historia de tres siglos. El primero es el templo de su fe, el segundo el templo de su cultura en el pasado, y el tercero, o sea la casa solariega del P. Esquiú, es el templo de su gloria, o lo que es lo mismo la cuna del más ilustre de sus hijos.

Esos tres monumentos representan, en efecto, las tres faces más hermosas que presenta la historia de Catamarca: su faz religiosa, su faz intelectual, y su culto a la memoria de sus grandes hombres.

Quitad a la historia de Catamarca

esas tres columnas que sostienen el templo grandioso de su pasado, dignifican el presente y estimulan la conquista de un glorioso porvenir... — ¿qué queda? — No nos atrevemos a decirlo, aunque lo sabemos, y pueden todos comprenderlo fácilmente: es que es muy doloroso escribir en el panteón de la historia, el epitafio de su propio pueblo!

***

A 17 kilómetros, próximamente, de la Ciudad, en dirección al nordeste de la misma, siguiendo la línea del tranvía rural, a través de viñedos pintorescos, de hermosas quintas de limoneros y naranjales, que se extienden, como un encortinado fantástico de verdor y lozanía, a la margen izquierda del Río del Valle y le dan un aspecto por demás encantador y delicioso, se halla la pequeña y agreste villa de Piedra Blanca, recostada con negligencia sobre la falda occidental de la Sierra de Graciano, que corre de norte a sud y viene a morir entre las arenas de Santa Cruz, al tocar con el Departamento de Valle Viejo.



Colocando la placa conmemorativa en la casa histórica del P. Esquiú, el 26 de Agosto de 1921.

Allí está, sombreada perpetuamente por un viejo y corpulento algarrobo, que cuenta los siglos por años, a juzgar por las grietas carcomidas de la corteza que lo cubre; allí está — decimos — haciendo cruz con el ángulo noroeste de la plaza, la casita histórica donde naciera, en día inolvidable para la religión y la patria, el gran orador argentino, el sabio y santo obispo, hijo ilustre de Catamarca, Fray Mamerto Esquiú. Son tres piezas corridas, de tamaño regular, de construcción antigua, probablemente de los abuelos maternos del siervo de Dios, con paredes de adobe y techo tosco de torta de barro.

Allí funciona una escuelita parroquial, en las dos primeras piezas, y en la puerta principal, o sea en la del cuarto que se señala como el lugar preciso del nacimiento del P. Esquiú, hay una plaquita de bronce, pequeña y sencilla, que dice así:

"Al ilustre Obispo Fray Mamerto Esquiú, en el Centenario de la Autonomía de Catamarca. — Homenaje de la Comisión Auxiliar de Damas. — 1821. 1921".

Al otro extremo de la plaza está situada la Iglesia Parroquial donde se conserva, en perfecto uso y sirviendo de ordinaria Cátedra, el púlpito histórico, desde donde el orador de la Constitución Argentina, en la antigua Matriz de Catamarca, volcara los raudales luminosos de su elocuencia clásica, en su célebre sermón del 53.

Dos monumentos, o mejor, dos reliquias históricas — la casa y el púlpito — que llevan diariamente, hasta la agreste y humilde villa de Piedra Blanca, una no interrumpida caravana de viajeros y turistas, que llegan y se inclinan reverentes ante la sencillez grandiosa y simbólica de esos recuerdos queridos.

Allí nació Fr. Mamerto Esquiú, el 11 de Mayo de 1826. Sus padres, pobres en bienes de fortuna pero ricos en virtudes y cristiana piedad, fueron Dn. Santiago Esquiú y Dña. María de las Nieves Medina.

Nació el niño en día jueves, fiesta de San Mamerto, Obispo de Francia al ponerse el sol; y como hubiese nacido enfermo y medio ahogado por el cordón umbilical, su padre, que era muy

cristiano, temeroso de que muriese sin bautismo, hizo venir de inmediato al P. Francisco Cortés, que se alojaba a pocas cuadras de su casa y desempeñaba interinamente el cargo de Cura Párroco, quién, sin pérdida de tiempo, se trasladó a la casa de los esposos Esquiú-Medina y bautizó privadamente al niño, imponiéndole el nombre de Mamerto de la Ascensión, en reverencia del santo Obispo en cuya festividad había nacido, y del misterio de la Ascensión del Señor, que ese año había caído el mismo día.

Fueron padrinos Dn. Juan Delgado y su señora esposa Doña Luisa Andrade Se le confirieron los santos Oleos, en forma solemne, por el Pbro. Manuel Sáenz, ayudante del curato, el 19 del mismo mes y año, en la Iglesia parroquial de Piedra Blanca, hoy Parroquia vieja o Iglesia de S. José.

Fué confirmado en la antigua Matriz de Catamarca, el año 1835, siendo padrino de Confirmación el Sr. Cura Pbro. Dn. Agustín Colombres..

***

Diversas circunstancias, que precedieron, acompañaron y siguieron al na-

cimiento del niño Mamerto, se refieren por sus biógrafos, — circunstancias y hechos que tienen su orígen en tradiciones íntimas de familia y están abonadas por el testimonio de personas serias y fidedignas, pero que no nos atrevemos a darles el calificativo de "profecías". Con todo, mencionaremos algunas.

1ro.—Dn. Santiago Esquiú y Doña María de las Nieves Medina, padres del niño Mamerto, contrajeron matrimonio el 5 de Septiembre de 1822. La Srta. Nieves, antes de decidirse al casamiento, tenía 20 años — edad suficiente para pensar con criterio propio las responsabilidades del matrimonio — y se encontraba indecisa y vacilante en aceptar el partido matrimonial que se le ofrecía; pero una amiga íntima de la casa, la señorita Juliana Vega, de edad provecta y bastante seria y piadosa, la persuadió a que se decidiera en favor del matrimonio, con la consideración de que podría tener un hijo sacerdote y que diese mucha gloria a Dios. Así lo hizo Doña Nieves, y su primer hijo varón fué el niño Mamerto. También se refiere que al oficiar

el P. Esquiú su Primera Misa, se halló presente la señora que anunció a Doña Nieves su dicha de tener un hijo sacerdote; que ella recordaba, en esa circunstancia, de su anterior anuncio y el P. Esquiú la estimaba y respetaba como si fuera de su familia y la tuvo muy presente en el santo sacrificio de la Misa.

2do.—Que el R. P. Francisco Cortés, franciscano y misionero apostólico, muy amigo de la casa, y a la sazón Cura interino de Piedra Blanca, días antes del alumbramiento de Doña Nieves, pronosticó a ésta que el niño que debía nacer el 10 de Mayo — como lo esperaba su madre — sería varón y, andando el tiempo, Arzobispo como San Antonino de Florencia, cuya fiesta se celebraba ese día; más, como no naciera el 10 sino el 11 al ir a bautizarlo, corrigiendo su anterior augurio, dijo: "no será, Arzobispo como San Antonino, sinó Obispo como San Mamerto de Francia"; y diciendo esto, le impuso el nombre de Mamerto de la Ascensión, como queda dicho.

3ro.— Los acontecimientos posteriores han venido a dar a esos augurios.

por su semejanza circunstancial, cierto viso de vaticinio de orden superior.

Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que el P. Cortés religioso observantísimo y "misionero apostólico", que con santo celo andaba siempre misionando de pueblo en pueblo y edificando a todos con el ejemplo de su vida austera y penitente, tenía fama no solo de hombre virtuoso, sino de varón extraordinario, especie de Melquisedech, que aparece de repente en el escenario de la historia, sin padres ni genealogía, dando misiones y formulando vaticinios, tan pronto en Catamarca como en Tucumán y otros puntos de la República. Así se explica la importancia que la familia Esquiú atribuyera a los augurios del P. Cortés, y se los recogiera con respeto y guardara con cariño entre los recuerdos gratos de familia. Este mismo Padre había por ese tiempo, pronosticado a otro niño de Piedra Blanca que sería religioso franciscano y sacerdote que daría lustre a su Orden: lo que se cumplió a la letra, siendo el favorecido el más tarde ilustre franciscano P. Abraham Argañarás, teólogo, escritor y fundador de

las Hnas. Franciscanas, Enfermeras, que desempeñó con inteligencia y acierto los más altos puestos de la Orden, dentro de la Provincia.

CAPITULO III.

Por un voto de familia viste el niño Mamerto, el hábito de S. Francisco. — Su acendrado amor al sayal franciscano.—Entrada a la escuela y notables progresos que hace el niño en su primera edad. — Su talento y docilidad. — Una reprimenda paternal. — Recibe el Sacramento de la Confirmación.

Corría el año 1831 — El niño Mamerto, nacido enfermo y medio ahogado, continuaba aún, a pesar de los desvelos y cuidados esquisitos de su madre, débil, enclenque y desmedrado, hasta cumplir la edad de cinco años. Agotados ya los recursos de la ciencia médica, puso los ojos en el cielo su virtuosa madre, y, de acuerdo con su esposo, hace promesa de vestir al niño el hábito de S. Francisco. ¡Cosa admirable! Apenas hecha la promesa, el niño se halló completamente sano, si bien demoró algún tiempo en fortalecerse y adquirir su natural vigor.

La madre agradecida a su santo pro-

tector, se dió prisa a cumplir su promesa; y como no tuviera a mano otra tela apropiada ni le fuera fácil obtenerla en otra parte, cortó, con el permiso de su dueño, un hábito viejo del P. Francisco Cortés, que se guardaba en la casa, y de él trazó el primer hábito franciscano con que, a la edad de cinco años cubrió a su querido Mamerto, que desde aquel día lo llevó hasta la muerte. Dijérase que este niño había nacido para el hábito franciscano, y: ¡tan bien le supo esa vestimenta, tanto amó, desde aquel día, la sarga cenicienta y pobre de los hijos del Serafín llagado, que no lo dejó en toda su vida, ni siquiera siendo Obispo, que podía entonces usar lícitamente el traje episcopal! Se cuenta de él, que, siendo niño pequeño, al verse un día despojado momentáneamente de su querido hábito de "frailecito", se echó a llorar, y lloró y suplicó con lágrimas y sollozos se lo devolvieran, hasta que, compadecidos de su tierno y candoroso llanto, hubieron de vestírselo nuevamente. Y siendo ya Obispo, se gloriaba de haberlo llevado siempre, y decía estas sublimes palabras, empapadas de ternura.

que revelan toda la belleza y humildad de su alma candorosa y noble: "Soy talvez el único mortal que no ha llevado sobre sus carnes otra vestimenta que el hábito de S. Francisco. Lo llevaba a los 5 años por un voto de familia, lo he llevado toda mi vida y espero ha de ser la única mortaja que cubra mis despojos, después de mi muerte. Todo lo que soy y lo que valgo, si es que valgo alguna cosa, lo debo, después de Dios, al hábito de mi padre S. Francisco. Sin él, yo no habría sido más que un pobre labrador, como era mi padre!..."

***

Entre los años 1831 y 1832, cuando apenas frisaba los cinco años de edad, sano ya de su enfermedad y vestido con el hábito de "frailecito", entró a la escuela de primeras letras — única que había en Piedra Blanca y que quedaba muy inmediata a la casa de sus padres; — escuelita rudimentaria y pobre, que dirigía y dictaba Dña. Teresa Bravo, y en la que se enseñaba apenas a leer y escribir y, acaso, sumar

y restar números simples.

Y no obstante su corta edad y lo desmedrado de su talla, a causa de haber pasado enfermo el primer lustro de su vida, su inteligencia precoz desplegó las alas de su ingenio e hizo tan rápidos progresos que a los pocos meses, adelantándose a otros niños de más edad, sabía ya leer y escribir correctamente. Así lo declara el mismo, en su cuaderno de apuntes, con una sencillez y candor que encantan: "mi madre — dice — me vistió a los cinco años un hábito de S. Francisco, a los seis sabía leer y escribir..."

Casi con las mismas palabras, si bien en forma más explícita, refiere esto mismo su hermano Dn. Odorico Esquiú (1): "yo lo he conocido siempre — dice — con el hábito de S. Francisco, y recuerdo que leía mucho y correctamente en nuestra casa, unas veces para sí, y otras para la familia, los pocos libros buenos que poseía mi padre, que eran: "Ejercicio Cotidiano", Ejer

(1) Era el que seguía en edad al P. Esquiú y tenía dos años menos que él.

cicios Espirituales de S. Ignacio de Loyola", "Verdades Eternas", "Epístolas de S. Pablo" y la "Sda. Biblia".

***

El 10 de Diciembre de 1834, día miércoles, cuando tenía el niño 8 años y 7 meses [1], su padre, viéndolo ya tan aprovechado, y deseando darle mas esmerada educación, lo llevó a la ciudad y lo hizo matricular, en calidad de estudiante de latinidad, en la escuela de S. Francisco, que no solo era la mejor de la ciudad, sino que hacía tiempo había adquirido justa fama de muy buena bajo la hábil e inteligente dirección del célebre educacionista franciscano, P. Ramón de la Quintana, teniendo por ayudante y coadjutor al P. Wenceslao Achával, después Obispo de Cuyo, que fué quién enseñó latinidad, al menos el primer año, al afortunado alumno.

El curso debió comenzarlo recién en Marzo aunque parece haber aprovechado las vacaciones para preparse debidamente en las nociones mas elemen-

---

(1) Apuntes de su padre Dn. Santiago Esquiú.

tales del curso preparatorio; pero no fué aún a vivir al convento, sinó que se hospedaba, en compañía de su hermano Odorico, en casa del maestro Elías Núñez (sastre), que distaba unas nueve cuadras del Convento.

"Recuerdo — dice — Dn. Odorico, en carta que escribía al P. Mamerto González — que tarde y mañana salíamos juntos de la casa, y en todo el trayecto hasta el Convento, él iba estudiando su lección de latín con la capilla calada, tropezando en las piedras... '

Creeríase, a juzgar por este rasgo de su vida de estudiante, descripto con tanta naturalidad como sencillez por su noble hermano, que el niño Mamerto era muy estudioso y aplicado a los libros, ya en ese tiempo de su primera niñez, como lō fué después; sin embargo no es así, y su mismo hermano, que tanto lo amó en todos los instantes de su vida, nos asegura luego, que por ese tiempo, el niño Mamerto era algo desaplicado, y refiere el caso que por esta causa, el maestro Elías lo denunció a su padre, mereciéndole ello una seria reprimenda de parte de Dn. Santiago Esquiú, que lo lle-

vó a la huerta y allí le hizo graves cargos y le afeó su desaplicación, con palabras tiernas y paternales que consternaron al niño y le hicieron dar su palabra de que, "en adelante, sería muy estudioso": promesa que cumplió con toda exactitud durante su vida entera.

Con todo, el mismo informante nos asegura que el niño Mamerto, no obstante su desaplicación, daba las lecciones mejor que todos los otros niños. compañeros suyos, y que hubo día en que, sin antes haberla estudiado, con solo leerla de corrida y como al disimulo, mientras el maestro preguntaba a su compañero y le reñía por desaplicado, "él la dió muy cumplida y a satisfacción del profesor, cuando le tocó el turno".

Este pequeño episodio y otros semejantes que se refieren de su vida de estudiante, nos revelan el talento prodigioso de que estaba naturalmente dotado. Aquél otro rasgo de su niñez, tan sencillo y a la vez narrado con tanta naturalidad por su hermano Odorico, de que, "mientras se dirigía a la clase, iba leyendo su lección, con la capilla calada, tropezando en las piedras", nos

muestra ya, más que al estudioso, al niño de talento superior, que camina maquinalmente, absorbida el alma por la lectura y abstraído del mundo, al que solo roza con sus plantas ligeramente, sin siquiera reparar en ello.

Cabe también hacer notar la docilidad extraordinaria de este niño, asi como el respeto y obediencia que profesaba a su padre y a los maestros que lo dirigían. Bastó una sola amonestación cariñosa de su padre para corregirle de su inicial desaplicación, de tal modo que, en todo el resto de su vida, no se le cayeron de la mano los libros. Puede decirse que la oportuna corrección de un padre dió por fruto, en este caso, la grandiosa manifestación de un genio.

A esta época de su vida de estudiante se refiere la relación que nos ha dejado de sus virtudes uno de sus primeros discípulos y casi de la misma edad suya, el P. Arcángel Barrionuevo, cuando dice: "la humildad, la caridad, la obediencia y la pureza le daban realce, levantándolo en el concepto de sus condiscípulos y en la consideración de sus superiores". Y su her-

mano Odorico nos asegura que "jamás dió ocasión, en el hogar, a ser reprendido por sus padres, ni les causó disgusto alguno".

***

1835.—Por este tiempo, y viviendo aún en casa de su maestro Elías, el niño Mamerto recibió el Sacramento de la Confirmación, en la antigua Matriz de Catamarca, siendo padrino el Sr. Cura Don Agustín Colombres.

——— ———

CAPITULO IV

El Convento de S. Francisco de Catamarca. — La importancia regional de sus estudios en el pasado. — La muerte de Doña Nieves. — El niño huérfano. — La entrada en el Convento. — La clase de Latinidad. — Los cursos de Filosofía y Teología. — Noviciado y profesión. — Virtudes que practicó y defectos que corrigió el joven novicio. .

Catamarca ha ocupado un distinguido puesto y desempeñado un importantísimo papel, durante la era colonial, como factor valiosísimo de cultura y de progreso intelectual, en todos los pueblos que formaban entonces la vasta Región Andina y el antiguo Tucumán. Y el foco único de cultura y de ilustración, que durante más de un siglo ha dado a Catamarca la hegemonía intelectual, entre los pueblos del Norte y los andinos, ha sido el histórico Convento de S. Francisco. Ese Convento desmantelado y pobre, de claustros oscuros y agrietados por el tiempo, guarda y encarna para Catamarca

una tradición de gloria y es algo así como un monumento vivo, inmortal, de un pasado luminoso y grande, que vale todo un poema.

Nada decimos de lo que sea y de lo que valga en la actualidad, como factor de progreso y de cultura; otros vendrán más tarde, y al escribir la historia de la hora presente, sabrán hacer mérito de todos los valores actuales. Pero lo que debemos consignar y no omitir, a fuer de leales y de historiadores verídicos y justicieros, es que ese viejo Convento franciscano compendia y encarna toda la historia intelectual, pequeña o grande, de Catamarca, y perpetúa bajo la sombra de sus claustros el recuerdo glorioso de los esfuerzos supremos de todo un pueblo en la difícil conquista de su cultura intelectual y religiosa, durante la larga y sombría noche de la Colonia. Y no la encarna como quiera, sinó con una altura tal, que constituye toda una gloria para los hijos de S. Francisco y un legítimo orgullo para Catamarca, que ve en ese pasado feliz la página más gloriosa de su historia.

Y si alguno dudara todavía de la

trascendental importancia de la educación que se daba en el antiguo Convento de S. Francisco, acostumbrados como estamos hoy a no graduar la importancia de la obra, sinó por el dinero que cuesta a las arcas del Estado, fíjese únicamente en toda esa pléyade de grandes hombres que forman, en el pasado, el exponente genuino de su cultura: todos los cuales han cursado esas aulas y han bañado sus frentes en la luz vivísima que han irradiado, en el orden intelectual, esos viejos claustros franciscanos, desde el año 1740 — en que fué fundada la Escuela de S. Francisco, primera en Catamarca — hasta 1870, en que marchó generalmente sola, y aún hasta el día de hoy.

Y si es una verdad evangélica, inindiscutible, que "el árbol se conoce por sus frutos", ahí están, abundantes, generosos y muy buenos, los frutos sazonados y de primer orden que ha producido esa enseñanza conventual, en los precisos tiempos en que nadie supo hacerla, ni mejor ni peor. Grandes Obispos, sabios y virtuosos sacerdotes, notables oradores, tribunos y escritores de alto vuelo, íntegros ma-

gistrados, legisladores y gobernadores, así de Catamarca como de otras Provincias circunvecinas, y cuyos nombres, bastantes a llenar por si solos todo un Capítulo, constituyen su mejor elogio: he ahí los frutos meritísimos de esa escuela doblemente famosa, por lo importante y por lo pobre, que ha llegado a su culminación más alta en la formación y cultivo del genio más grande de la República Argentina y del Obispo más virtuoso y humilde, toda una gloria de la patria: ¡El P. Esquiú!

Esa Escuela franciscana, marchando en progresivo paralelismo la de "Primeras Letras" con la de "Latinidad y Cursos Superiores", de Filosofía y Teología, había llegado a su apogeo hacia el año 35 del siglo pasado, bajo la inteligente y simultánea dirección de Fr. José Archeverroa — Director y Maestro de la Escuela de Primeras Letras, — del P. Ramón de la Quintana —Maestro de Latinidad y Retórica— y de los PP. Juan Fernández, Cristóbal Gavica y Wenceslao Achával, que dictaban las Cátedras de Filosofía, Teología y Derecho Canónico.

En ese momento histórico de los es-

tudios conventuales de Catamarca, cuya fama se extendía por toda la República, atrayendo a sus bulliciosas aulas gran número de jóvenes distinguidos y anhelantes de cultura de las Provincias del norte y andinas, hacía su entrada — silencioso, humilde y modesto, como lo fué siempre — el niño Mamerto, que, huérfano (1) y pobre, era el más pequeño de la clase, pero que, semejante al grano de mostaza del Evangelio, debía ser, con el andar del tiempo, el más grande de los genios de la patria y "el más parecido a los santos que haya nacido en la República Argentina", como dijo de él más tarde el Dr. Pedro Goyena.

Hacía año y medio, próximamente, que el niño Mamerto frecuentaba la clase de Latinidad del Convento de S. Francisco, habiéndose, en este tiempo, captado justamente las simpatías de Maestros y de alumnos, por su rara modestia, por la precocidad pasmosa de su memoria, por la claridad de su

(1) Hacía 10 días que había perdido a su virtuosa madre, Doña Nieves Medina de Esquiú.

ingenio y hasta por su ejemplar aplicación al estudio (2): por todo lo cual era tenido por todos, y con razón, como el mejor alumno de la clase y la esperanza más lisonjera de sus profesores.

Hasta entonces había frecuentado la clase de Latinidad como estudiante externo; y aunque llevaba siempre su querido hábito de devoción, que con tanto amor como gratitud le vistiera un día su piadosa madre, él se hospedaba con su hermano menor en casa del maestro Elías, como hemos dicho, y desde allí se encaminaba, mañana y tarde, a la escuela del Convento.

Más, he aquí, que un hecho muy doloroso y terrible, hiriendo a toda la familia Esquiú en lo más vivo y sensible de su corazón, viene a precipitar su entrada en el Convento. Su virtuosa y tierna madre moría santamente el día 20 de Mayo del año 36, después de una enfermedad de pocos días: moría como mueren las matronas cristianas,

(2) Se había corregido de su anterior desaplicación, gracias a la oportuna y cariñosa amonestación de su buen padre.

alabando a Dios y bendiciendo a su hijo...

¡Pobre niño! Queda huérfano en el mundo: ya no tiene madre!.......
"¡Abríos, oh claustros benditos de los pobres de Asis — diremos con un gran orador y panegirista clásico de nuestro gran Esquiú ([1]), — y acoged a vuestra sombra al huérfano que os solicita..."

Es de creer que su virtuosa madre, que antes por un voto de devoción le vistiera el hábito de S. Francisco, hallándose próxima a la muerte, cuando se ven las cosas con más claridad, e iluminada acaso por luz superior, entre sus postreros encargos a su esposo, le haría el de que pusiera en el Convento de S. Francisco a su querido Mamerto, que, desde hacía cinco años, llevaba con tanta gracia como devoción el sayal ceniciento y pobre de los hijos de S. Francisco, Y cabe suponerlo así, dada la prisa que se dió Don Santiago en colocarlo en el Convento, con carácter de entrega definitiva, cuando

---

([1]) R. P. Camilo Jordán — Oración fúnebre del P. Esquiú.

apenas habían pasado 10 días sobre el tan llorado sepulcro de su buena esposa.

Sin reponerse aun del dolor que le causara la muerte inesperada y prematura de Doña Nieves, impónese este magnánimo y virtuoso padre un nuevo dolor: la separación del hijo mayor y más querido, de su candoroso y tierno Mamerto, que luego, desde la soledad de su Convento, le escribía, con la sencillez de un niño y la convicción de un sabio, palabras de consuelo, cartas rebosantes de candor y de ternura, aconsejándole resignación a su harto atribulado padre.

El 31 de Mayo del mismo año llevólo, en efecto, al Convento de S. Francisco y lo entregó generosamente a la Orden, que, desde ese día, lo adoptó por hijo y lo puso en el Noviciado, en calidad de "frailito" aspirante a "religioso de Coro".

***

Desde el año anterior, 1835, cuando contaba apenas la edad de nueve años, venía estudiando el curso de Latinidad

bajo la inteligente dirección del R. P. Wenceslao Achával, más tarde obispo de Cuyo, quien con sentimiento hubo de dejarlo durante el tercer año y parte del cuarto, por haber sido nombrado Secretario del Provincial, M. R. P. Fr. Juan Fernández. Pero lo dejó, ciertamente, en muy buenas y expertas manos, es decir, lo dejó confiado al cuidado y dirección del famoso maestro y primer pedagogo de Catamarca, el P. Ramón de la Quintana, que por estos precisos tiempos hacía furor en el campo de las letras con sus renombradas clases de la más pura latinidad y sus famosos bandos de Roma y Cartago, que se disputaban, en bulliciosos y bien equilibrados torneos, los premios de honor y los campeonatos del curso.

No perdió el tiempo, con la incorporación del nuevo alumno, el gran Maestro: por el contrario, aquí fué precisamente donde, cayendo en tierra fértil la buena semilla, produjo el ciento por uno. Con la enseñanza al P. Esquiú se hizo más famoso, sin duda, el P. Quintana, qué con todos los numerosos y aprovechados discípulos que tuvo la gloria de formar durante el

largo espacio de cuarenta años. Bastaría este solo fruto de su enseñanza y de sus desvelos de Maestro, para hacerlo famoso y grande en el recuerdo de la posteridad. Igual cosa puede decirse con relación a sus maestros restantes, pero muy especialmente al P. W. Achával, que fué su maestro más constante en todos los cursos y al que el P. Esquiú se complacía en llamar más tarde, aún siendo Obispo de Córdoba, "mi Maestro y Padre".

Terminado el curso de Latinidad y Humanidades, comenzó a estudiar Filosofía el año 1838, contando apenas 12 años de edad y terminó esa asignatura o facultad en 1840, teniendo por Catedrático al P.W. Achával, que hizo el trienio de enseñanza filosófica de su carrera de Lector, al efecto de la "Jubilación", pasando luego a dictar Teología, y siendo siempre el primero de sus discípulos su querido Mamerto.

Desde el año 41 al 43 hizo el curso de Teología y Derecho Canónico, teniendo las siguientes asignaturas: Teología Dogmática, Moral, Cánones, Historia Eclesiástica y Compendio de Pa-

trología. Terminó toda la carrera de sus estudios con notas de "sobresaliente", en todos los ramos, cuando solo contaba la edad de 17 años y algunos meses.

***

El 13 de Julio de 1841, a la temprana edad de 15 años y dos meses y cursando ya el 2o. año de Teología, vistió el hábito de novicio, en el mismo Convento de Catamarca, de manos del R. P. Guardián, que lo era a la sazón el R. P. Wenceslao Achával. Y aquí cabe señalar la feliz coincidencia de haber sido siempre el P. W. Achával el destinado a conducir a este niño afortunado, através de su vida de estudiante, de novicio, de religioso y aún de sacerdote, hasta introducirlo en la Casa de Dios, en el Tabernáculo de sus Ministros; viniendo así a justificar el título de "Maestro y Padre", que, con tanto cariño como gratitud, le dió siempre y en todo tiempo el P. Esquiú.

Al año siguiente, 14 de Julio del 42, hizo la profesión solemne, única que se hacía entonces, al tenor de la Cánones vigentes.

De las virtudes que practicara como novicio y como religioso estudiante, nos quedan pocos y muy escasos documentos, pero sí los suficientes para apoyar y corroborar las referencias orales que nos han trasmitido los religiosos más antiguos, que no solo lo conocieron y trataron por largo tiempo, sinó que fueron sus condiscípulos y compañeros de clase, durante sus estudios. Todos ellos coinciden en afirmar que el novicio Esquiú, aunque el más pequeño de todos en edad, era el primero de la clase, el más humilde, el más obediente, candoroso y observante de todos sus compañeros de estudio y de noviciado.

Tal es el eco fiel de la tradición que nosotros mismos hemos recogido de los labios autorizados de los viejos religiosos del Convento de Catamarca, coetáneos suyos o condiscípulos. Tradición que se confirma con la relación escrita que hace de sus virtudes de religioso estudiante un compañero suyo, sacerdote virtuoso del mismo Convento, el R. P. Arcángel Barrionuevo, de quién son estas formales palabras "la humildad, la caridad, la obediencia y la pureza le

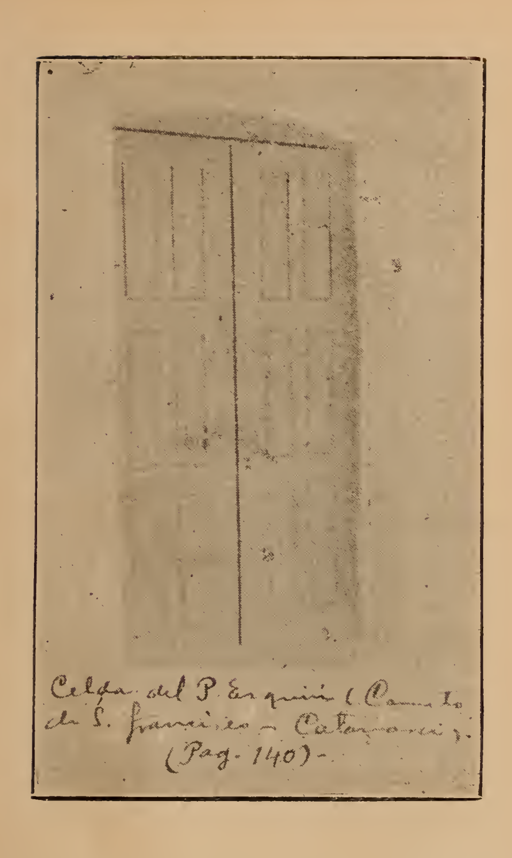
dan realce (al niño Mamerto), levantándolo en el respeto de sus condiscípulos y en la consideración de sus superiores'.

También se refiere de él que, teniendo al principio un carácter vehemente, especialmente en las disputas de clase, cuando se veía contrariado o motejado por alguno de sus compañeros, ponía agua en la boca con el fín deliberado de no proferir palabra de que tuviera más tarde que arrepentirse. Y consiguió con ello corregirse tan radicalmente, que durante su larga vida de sacerdote, habría sido muy difícil descubrir en él la más ligera muestra de disgusto y menos todavía de impaciencia o alteración nerviosa en las contrariedades que tuvo continuamente que soportar, en su largo apostolado.

La pesadez del sueño fué otro de los defectos naturales con que tuvo que luchar, y luchó durante su vida entera, desde novicio hasta el día de su muerte. Para conseguir vencerlo, ya que el exceso de trabajo que tuvo siempre y las largas vigilias que dedicaba al estudio y oración, lo predisponían más bién a quedar vencido, rogaba a sus

compañeros y en particular al Hermano encargado de tocar a recuerdo, lo despertasen, quitándole la almohada bruscamente: remedio eficacísimo que lo hacía levantarse de inmediato. Aún siendo sacerdote y Padre muy respetable de la Comunidad, pedía eso mismo a los Hermanos Legos, que lo practicaban diariamente con el único designio de complacerlo. Así lo hemos oído referir, entre otros, al viejo y virtuoso Hno. Lego Fr. Miguel Morales, que afirmaba haberlo practicado muchas veces, a pedido del P. Esquiú.

Como se ve, desde niño se dedicó con ahinco a la práctica de la virtud, al estudio meditado y metódico de las ciencias, a conocerse a sí mismo y corregir sus más mínimos defectos, sus naturales imperfecciones. Luego veremos cómo sus grandes anhelos de perfección lo hicieron soñar con la soledad de los desiertos y volar, más tarde, a las misiones de Tarija.



Celda del P. Esquiú (Convento de S. Francisco — Catamarca).
(Pag. 140)-

CAPITULO V.

Cinco años de espera. — Sus estudios favoritos en este tiempo. — Derecho Civil y Matemáticas. — El Director de Escuela. — Progresos y normas introducidos por el Corista. — Hace "Oposición" a las Cátedras y es nombrado Lector de Artes.—Sus dotes de Profesor. — Dificultades para ordenarse. — La ordenación sacerdotal y la "Primera Misa".

Cinco años tuvo que esperar, después de terminado el curso de sus estudios, para recibir recién las Ordenes Sagradas y llegar al sacerdocio, y habrían sido siete, a no dispensársele dos años, como veremos luego.

¡Siete años!... Largos, pesados, angustiosos, son, sin duda, siete años de espera, cuando se anhela ver, al fín, coronadas la propias y legítimas aspiraciones por la conquista de lo que ha constituido el ideal de toda la vida, máxime cuando se trata de alcanzar una dignidad tan sublime y divina, como es el sacerdocio.

Sin embargo, no se encuentra dato alguno ni referencia que nos descubra o revele la más mínima impaciencia, la menor insinuación, de parte del joven corista por recibir las Ordenes Sagradas. Ese anhelo, si es que lo tuvo, como debió tenerlo, se vió contrarrestado de contínuo por el temor reverencial que su humildad debió inspirarle siempre, como hemos visto que le inspiró más tarde con respecto a las prelacías, hacia el sacerdocio que es el más santo y divino de los ministerios.

Entre tanto, él se consagró por entero al estudio de las ciencias eclesiásticas y profanas, exactas y naturales. ora estudiando solo, ora consultando a otros, o bien, tomando profesor de afuera con permiso de sus Prelados, como lo hizo en el estudio que emprendió, por este tiempo, del Derecho Civil, teniendo por Profesor al Dr. Dn. Tadeo Acuña, y de Matemáticas, al Pbro. Dn. Luis Gabriel Segura, más tarde Obispo de Paraná.

De este tiempo arranca su dedicación decidida y metódica a estudios serios y variados, y aquí es donde debemos buscar la fuente originaria y prin-

cipal de esos conocimientos tan vastos, de esas doctrinas tan luminosas, que, más tarde, se derramaron como un torrente de luz y de ciencia sobre la conciencia atónica de los pueblos, que saludaron en él al más grande orador del siglo, en sus clásicos sermones del 53 y 54 especialmente, que tuvieron tan honda repercusión en los centros intelectuales de la República.

Es que Dios lo había ricamente dotado de un talento prodigioso, de una inteligencia superior, que, unida a una elocuencia nativa y de primer orden y cultivada con esmero, mediante un estudio metódico y constante, hizo de él, en poco tiempo, todo un maestro consumado en ciencia y elocuencia, cual no se había conocido hasta entonces, ni se conoció después, otro igual o semejante en toda la América del Sud.

***

Al mismo tiempo que estudiaba con tanta dedicación y anhelo las nuevas ciencias, con que enriquecía su mente luminosa, mejor aún que lo hiciera durante el curso forzoso de sus estudios de clase, se ocupaba también, y con to-

da dedicación y esmero, en el desempeño de los oficios que le había señalado la obediencia, sin descuidar, en lo más mínimo sus deberes religiosos.

Como su raro talento y preparación eran de todos conocidos, sus Superiores con todo acierto lo dedicaron, desde muy temprano, a la enseñanza, primero como maestro de Escuela y más tarde como Catedrático de Filosofía y Teología, sucesivamente, y en todos esos oficios y ministerios que desempeñó, dejó, como huella de su paso, visibles adelantos y bien definidos progresos, que testimonian la acción fecunda y vigorosa de un genio superior, que pugna por romper los viejos moldes de la rutina y se abre paso, mostrando nuevos horizontes a la juventud, que saluda entusiasta la aurora de una nueva era.

El año 1844, luego de haber terminado la carrera de sus estudios, es nombrado Maestro de niños en la vieja Escuela de S. Francisco, que, desde hacía más de 30 años, era dirigida y regenteada por el meritísimo educacionista de primera enseñanza, Fr. José Archeverroa, pero que, debido a su

avanzada edad y sus achaques de viejo, no podía ya continuar con el servicio activo, progresista y entusiasta de sus buenos tiempos.

Allí se estrenó como Maestro nada vulgar el joven corista, que apenas dejaba de ser niño y no pasaba de un adolescente, por su edad; pero que, desde ya, se mostraba todo un hombre y un maestro bien formado, por su ciencia, por su cultura, por su seriedad y discreción. "Anticipándose a las máximas de la pedagogía moderna — dice un contemporáneo suyo, el Dr. Fidel Castro, — introdujo varios y nuevos métodos en la enseñanza, como también varios otros ramos y la Aritmética Superior".

Don Cármen Barros, alumno de la Escuela de S. Francisco por este tiempo, dice: "Fray Mamerto Esquiú mejoró notablemente el sistema de enseñanza en su escuela: cambió las muestras de letras españolas por muestras de letras inglesas; a las cuatro operaciones de la Aritmética agregó los quebrados y problemas del ramo... Estableció, por medio de sus ejemplos y consejos, tanta moralidad de costumbres

y de cultura, dentro de la escuela como fuera de ella, en la calle y en todas partes, en que, principiando por él, nadie *tuteaba*: el tratamiento era *usted, señor*. En la calle (al salir de la Escuela) se formaban dos hileras de niños, según que estos fueran de un barrio o de otro, y en la esquina o bocacalle, al separarse, lo hacían con una venia cortés de despedida. No se oía entre los muchachos una palabra descompuesta o torpe, y cualquiera falta cometida en la calle, era reprendida, a veces severamente por el maestro".

Nos hemos detenido un tanto en estas citas, a fín de llamar justamente la atención de los lectores sobre los "primeros ensayos" del Maestro, que muy pronto va a llenar, con su fama de orador y de sabio, toda la República y la América entera. Es todavía un adolescente, nada más que un Corista, sin más autoridad que su ciencia y su virtud, las cuales, anticipándose a su edad, le abren, desde ya, de par en par las puertas del magisterio, del apostolado y de la fama.

***

El año siguiente (1845) hace "opo-

sición'' a las Cátedras, presentando una tesis filosófica que expuso y defendió brilantemente, en clásico latín, mereciendo el calificativo de ''óptimo''. Acto contínuo el Capítulo le extendió el nombramiento de ''Lector de Artes'' (Filosofía) para el Convento de Catamarca: — oficio que desempeñó con aplauso de todos, estudiantes y Prelados, por espacio de tres años, pasando luego a dictar la cátedra de Teología, en el mismo Convento.

Con respecto a su enseñanza de Filosofía, además del testimonio unánime de sus contemporáneos, que nos aseguran haber sido el Corista Esquiú el mejor de los Profesores de su tiempo, el maestro ideal que siempre tenía pendiente de sus labios a toda la clase, y sus discípulos le seguían hasta su celda, sin poderlo dejar, se refiere que introdujo nuevos progresos en el método de la enseñanza y cambió el viejo texto de Filosofía de Altieri, que era el que se venía enseñando desde hacía largo tiempo, adoptando textos más modernos, y no uno, sinó varios: Brixia, Lugdunense, Balmes, etc., sirviéndose de todos a la vez, sin sujetarse servilmente a ninguno.

Terminado el trienio de enseñanza filosófica, pasó a dictar Teología a principios del 48. De esa enseñanza teológica tenemos referencias valiosas de varios sacerdotes que fueron discípulos suyos, quienes nos aseguran que sus clases eran por demás interesantes, eruditas y brillantes, demostrando un dominio absoluto de la materia con gran acopio de textos de las Sagradas Escrituras, comentarios de los Santos Padres y citas de varios autores. Casi no preguntaba la lección a sus alumnos, si no era para cerciorarse de que habían comprendido bien la materia explicada; y cuando se ofrecía alguna duda, repetía la lección en dos y más clases, hasta dejar agotada y bien esclarecida la materia. Y no hay para que decir que nadie se cansaba de escucharlo, pues consta que nunca se repetía y siempre ofrecía a sus alumnos fases nuevas, luminosas e interesantes, que convencían e ilustraban la mente de los jóvenes, sin producirles el más mínimo cansancio. Tenía realmente el raro don de comprender las cosas con elevación y trasmitirlas con claridad.

***

A mediados de Julio del año 48 salían de Catamarca, en alegre caravana de viaje a mula, seis estudiantes franciscanos y un clérigo minorista, a saber: Fr. Mamerto Esquiú, Fr. Andrónico Salado, Fr. Eleuterio Portilla, Fr. Gerardo Molina, Fr. Amancio Villagrán, Fr. Arcángel Barrionuevo y Dn. Miguel Rivero, clérigo manteista que había cursado sus estudios en el mismo Convento franciscano.

Llevaba la dirección el Corista Esquiú, que, no obstante ser el menor de edad, hacía 5 años que había terminado sus estudios de curso, y tenía toda la gravedad y discreción de un anciano. "Llevábamos — dice uno de sus compañeros de viaje — para hacer frente a las contingencias de nuestro viaje, la cantidad de *doce pesos bolivianos;* y anduvimos con tanta suerte, que en todas partes encontrábamos alojamiento y alimento gratis. . . : aun nos sobró dinero". Atravesaron los inmensos y áridos desiertos que medían entre La Rioja y San Juan de Cuyo hasta llegar a esta última ciudad, en demanda de las Ordenes Sagradas que debía conferirles el Obispo de Cuyo,

que lo era a la sazón Dn. Eufrasio Quiroga Sarmiento.

Una vez que llegaron a San Juan, fueron a hospedarse en el Convento de Padres Predicadores, quienes los recibieron con muestras elocuentes de alegría y los presentaron al Obispo que debía conferirles las Sagradas Ordenes, único objeto de tan largo y penoso viaje.

Después de tomar los Santos Ejercicios por espacio de ocho días, como lo ordenan los Sagrados Cánones, pasaron al Palacio del Sr. Obispo, que les confirió sucesivamente, con intervalos de ocho días, las Ordenes Menores y Mayores hasta el Diaconado a todos, dejando luego excluidos del Presbiterado, por faltarles la edad, a dos de éllos, que eran Fr. Arcángel Barrionuevo y Fr. Mamerto Esquiú, que sólo tenían 22 años y algunos meses.

Como se trataba de una minoría de edad que el Obispo podía, según su prudencia y voluntad, dispensar, ya que la Orden habíales dispensado un año; y como los ordenandos se habían costeado de tan lejos, entraron a empeñarse, en favor de su ordenación,

los Padres Domínicos y aún los Jesuitas, allí residentes; pero todo fué inútil: el Obispo se mostró a todos inexorable.

En esta circunstancia, y no sin especial disposición de Dios — a lo que creemos — llegó a Mendoza, a objeto de practicar la visita canónica, el M. R. P. Provincial de los Franciscanos, que lo era a la sazón el R. P. Fr. Wenceslao Achával, precísamente su querido maestro y favorecedor de toda hora, que lo distinguía y estimaba con singular cariño de padre y sabía valorar las bellas prendas de carácter y de raro talento, de que Dios lo había singularmente dotado.

Enterado de todo el Provincial, llamó a su Convento de Mendoza a los dos Coristas excluidos (los restantes ya ordenados regresaron a su Convento de Catamarca) y los retuvo consigo cerca de dos meses — desde fines de Agosto hasta mediados de Octubre. — Entre tanto, pone en juego su influencia, que era mucha, toca todos los resortes del caso, consiguiendo, por fín, del Diocesano, la dispensa de edad y la

inmediata ordenación de los Coristas postergados.

Vueltos a S. Juan los nuevos ordenados, fueron llamados por el Obispo para comunicarles — lo que ya sabían — su resolución de conferirles la Orden del Presbiterado, que tuvo lugar dos días después, el 18 de Octubre del 48, fiesta de S. Lucas Evangelista, imponiéndoles — eso sí — el precepto formal de no celebrar misa hasta no haber cumplido los 23 años e iniciado los 24 de edad.

Transcurridos los 7 meses que le faltaban al jóven Mamerto para iniciarse el 24º año de su edad, celebró "privadamente", sin ruido ni aparato alguno de solemnidad, *su Primera Misa,* que la hizo *"rezada"* el día 15 de Mayo de 1849.

Llama, ciertamente, la atención, la claridad y madurez de juicio que acompaña, desde los primeros años de su vida, a este afortunado jóven, así como la norma de conducta — modesta, austera, inflexible — que se revela en todos sus actos, y denuncia, desde muy temprano, al hombre reflexivo, morigerado y de carácter, que se adelanta

a todos sus condiscípulos, persigue con firmeza inalterable, en todos sus actos, un ideal grandioso y bien definido, que lo empuja sin cesar hacia la perfección de la mente y del espíritu, y no sale nunca de la estrecha línea de conducta que se ha trazado, dentro de la ley y de la moral más pura.

Hasta su primera misa, celebrada en privado, nos dice ya con elocuencia que el joven religioso obra, en esto como en todo, con modestia y con cordura. Su padre había muerto hacía un año, su querida madre ya no existía, su familia era pobre como la Orden que lo formó y adoptó por hijo en el primer momento de su orfandad: su "primera misa" debía ser, en consecuencia, "Misa de Difuntos" para sus padres, a quienes debía las primicias de su ministerio; y si el rito de la Iglesia no permite celebrarla "de negro", él quiere celebrarla, por lo menos, sin pompa y sin solemnidad, en la intimidad de sus hermanos, de religión y de sangre, pobres todos y sencillos como él!

***

CAPITULO VI.

Nuevos horizontes. — Vida sacerdotal. — El confesor y Director de almas. —Enseñando en el Seminario.—Sus primeros sermones. — Oficios conventuales y trabajos apostólicos.

Hasta aquí había vivido silencioso y oculto en la obscuridad de su Convento y el retiro de su celda el joven religioso, que solo aspiraba a perfeccionar su espíritu y santificarse, siguiendo las huellas de su gran Padre S. Francisco, a la vez que nutrir su inteligencia con el estudio de las ciencias y el ejercicio del magisterio, a que estaba consagrado con toda su alma desde hacían siete años; pero ahora que es ya sacerdote, nuevos horizontes se abren a su mente, nuevos deberes y grandes responsabilidades gravitan como una montaña sobre sus espaldas y una voz imperiosa y sobrehumana — la misma que oyera de labios del Prelado consagrante, el día de su ordenación sacerdotal — resuena sin cesar en el fondo de su conciencia timorata: *Docete omnes gentes!*

Seis años — desde el 43 al 49 —

hacía que se venía preparando al sacerdocio, sin contar los 9 años que duró la carrera de sus estudios y que fueron una no interrumpida preparación a tan alta dignidad; y sin embargo de tener la ciencia y virtud que todos conocemos y admiramos; él se consideraba incapaz de ejercer el ministerio sacerdotal, al que siempre se acercó temblando y sólo llevado por la obediencia, la caridad u otra virtud religiosa.

El, que tan preparado estaba en el conocimiento de las ciencias humanas y divinas para ejercer ventajosamente y en forma edificante la predicación sobre todo, como lo hizo más tarde, desde su primer sermón; él que estaba dotado de una elocuencia nativa de primer orden, que él no podía ignorar y que hasta había cultivado, con el estudio meditado de las bellas letras; causaba suma admiración y pasmo el verlo tan indiferente, o más bien, meticuloso, para iniciarse en la carrera del púlpito, que no lo hizo sinó en el tercer año de su ordenación sacerdotal. Es la misma timidez que antes había mostrado con respecto a la ordenación sacerdotal; y no era precisamente el

temor al ejercicio mismo, sinó más bien a la santidad del ministerio y a sus inmensas responsabilidades. Nuevo S. Antonio, esperaba la voz de la obediencia que lo sacara de la dichosa obscuridad en que vivía; y solo cuando élla se lo impuso, subió a la cátedra sagrada y derramó a torrentes el copioso raudal de su ciencia y elocuencia, como veremos luego.

Entre tanto, él se dedicó a los ejercicios de piedad, a la lectura de la ascética, al estudio de la Moral, de la Sagrada Escritura y de la Mística Teología, a fín de habilitarse para ejercer dignamente y con fruto el *Ars artium regimen animarum*, que llaman los moralistas a la "dirección de almas", que se ejerce en el tribunal de la penitencia y tiene por cátedra el Confesonario.

El 27 de julio del 48, dos meses después de la celebración de su primera misa, era instituido confesor y predicador por Letras Patentes del M. R. P. Provincial Fr. Wenceslao Achával: facultades que fueron confirmadas, en forma general y ámplia, por el Obispo Diocesano, haciéndolas extensivas a la absolución de casos reservados, *tam a*

Iure quam a Synodo, etc. ad tempus beneplaciti nostri — dice la Cédula diocesana, — que vale decir "a perpetuidad": expresiones todas que demuestran claramente la confianza que se tenía de su piedad y competencia, no obstante ser demasiado joven.

Sin descuidar sus tareas diarias de Lector, desde ese día se dedica de lleno al confesonario, llegando a ser, en poco tiempo, el confesor preferido del pueblo y el Director espiritual buscado con más solicitud por la sociedad, teniendo fama de discreto, bondadoso y persuasivo. Nunca se negó a salir a las solicitudes ni se hizo esperar de los penitentes que pedían su dirección; con todo, parecía tener especial placer y vocación para atender a los pobres, confesar a los enfermos, a los encarcelados y a los reos condenados a la última pena. Para esos casos era especialista y tenía siempre a punto palabras tan persuasivas y consoladoras, que sus penitentes salían generalmente con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón lleno de paz y de santa alegría.

Por esos tiempos se aplicaba con harta frecuencia a los reos la pena de muerte, y el encargado de prepararlos cristianamente, administrarles los últimos Sacramentos y aun acompañarlos hasta el patíbulo, era generalmente el P. Esquiú. Don Félix F. Avellaneda nos refiere haber presenciado por este tiempo la ejecución de un parricida, de apellido Castro, a quién preparó cristianamente el P. Esquiú y lo acompañó hasta el banquillo de la ejecución, exhortándolo con palabras tan conmovedoras y llenas de unción, que hacían llorar al reo y dejaron consternados por largo tiempo a todos los allí presentes. (Véase "Datos Biográficos, pág. 29).

***

El año 1850, por decreto del Provisor Diocesano, dado a instancias y con la valiosa cooperación del Gobernador de la Provincia, que lo era a la sazón Dn. Manuel José Navarro, fué creado e instalado el primer Seminario o "Colegio Conciliar de Ciencias" de Catamarca, en el edificio dejado por los

Padres Mercedarios, al retirarse de esta ciudad. Se inauguró con toda solemnidad el 21 de Abril del mismo año, siendo su primer Rector el Pbro. Dn. Domingo Molina y Profesores de Filosofía y Latinidad respectivamente los Padres franciscanos Fr. Mamerto Esquiú y Fr. Andrónico Salado, cuyos nombramientos, por gestiones hechas anteriormente por el Gobernador de la Provincia, extendió el Definitorio Franciscano reunido en Córdoba, con fecha 11 de Enero de 1850.

Desde el año 50 al 59, ambos inclusive, enseñó el P. Esquiú en el Colegio Seminario, a veces Filosofía y a veces Teología, y, en diversos períodos, ambas facultades a la vez; sin embargo, a estar a los nombramientos oficiales, él fué catedrático de Filosofía desde el 50 al 55, y desde Marzo del 56 a Diciembre del 59 lo fué de Teología. Y es digno de notarse, haciendo justicia a la obediencia y espíritu religioso del P. Esquiú, que ese compromiso de prestar sus valiosos servicios de Profesor en el Seminario, fué contraído y mantenido, no por el P. Esquiú, sinó por el Definitorio Franciscano, que reno-

vaba, de tres en tres años, ese nombramiento en las Tablas Capitulares, imponiendo a los Profesores nombrados el precepto formal de "santa obediencia", como es práctica hacerlo en la distribución de oficios, dentro de la Orden.

Diez años enseñó en el Seminario el P. Esquiú; y en esos 10 años de enseñanza dejó huellas imborrables de su acción y de sus vastos conocimientos de Profesor en todas las asignaturas que tuvo a su cargo, y no creemos aventurado pensar que, de haber continuado de Profesor en el Seminario el P. Esquiú, dando orientación y nervio a la marcha progresiva de su enseñanza, el Colegio no habría tenido que clausurar sus aulas y ceder su puesto a la enseñanza laica, como se vió precisado a hacerlo, poco después, por no haber tenido el tacto que las circunstancias requerían, ni haberse dado cuenta cabal de la transición mental que se operaba, por aquellos tiempos, en el elemento juvenil de toda la República y aún del mundo entero.

Desde el día que se hizo cargo de su puesto de Profesor, al tratarse de la

adopción de textos, ya se descubre la elevación de criterio y el dominio mental que tiene de la materia que debe enseñar; pues mientras el Rector y su Consejo propónenle por texto oficial la Filosofía de Altieri, el P. Esquiú la rechaza por incompleta y propone la Filosofía Elemental de Balmes; y como se le observase que la enseñanza de Filosofía debía hacerse en latín, él se compromete a vertir al latín el texto y dar diariamente a cada estudiante el Capítulo de lección que debía estudiar. Así lo hizo, en efecto, con aprobación unánime de los Profesores y aprovechamiento visible de sus alumnos, algunos de los cuales conservaban, muchos años más tarde, esa versión manuscrita. como una reliquia y un precioso recuerdo de su inolvidable maestro. Lástima que al presente, a pesar de las diligencias practicadas, no se encuentre ni un solo ejemplar de esa interesantísima versión (1)

(1) Seguramente no se conocía aún en aquellos tiempos, ni en Catamarca ni en el resto de la República, el texto latino que hizo más tarde el mismo Balmes. tradu-

Puede decirse, sin incurrir en la nota de exageración, que el P. Esquiú fué realmente el alma del Colegio Seminario; pues consta que él fué quién escribió el primer Reglamento Interno del mismo, organizó los cursos, dictó los horarios de clase y era el que, en realidad, llevaba todo el peso de la disciplina y dirección técnica de la enseñanza. Ese Reglamento prohibía el estudio de memoria, como se practicaba por esos tiempos, agregaba a las asignaturas existentes, la Gramática Castellana, la Moral del ciudadano, la Geografía y un curso especial de Matemáticas, que dictaba el Pbro. Dn. Luis Gabriel Segura y al que asistía el

---

ciendo auténticamente su Filosofía Elemental, a pedido del Claustro Universitario de Salamanca: edición limitada, agotada en la actualidad, que, aún hoy día, es poco conocida en los centros intelectuales argentinos. De esa versión latina hecha por su mismo autor, hemos visto un ejemplar en la Biblioteca de S. Francisco de La Rioja y otro en el Seminario Conciliar de S. Juan de Cuyo.

mismo P. Esquiú, mezclado con sus alumnos de clase.

"Las lecciones que dictaba el P. Esquiú — nos dice uno de sus ex-alumnos — eran tan interesantes, que, terminada la hora de la clase, sus discípulos le pedían con entusiasmo que continuara por más tiempo, sucediendo con frecuencia que se prolongase hasta pasada la hora del recreo, sin que hubiera sido apercibida. El resultado — concluye — fué el más satisfactorio que podía desearse".

***

Antes de poner punto a este Capítulo, digamos una palabra acerca de sus "primeros ensayos" de orador. El primer sermón de que se hace mención honorífica y que llamó justamente la atención del público, y pasa como el "primero" del P. Esquiú, fué el que predicó el día 4 de Octubre de 1851, en honor de su seráfico Patriarca S. Francisco.

Que el *debut* del joven orador (tenía apenas 25 años) resultase toda una obra maestra, no es de extrañar, si se

tiene en cuenta su talento prodigioso, su preparación excepcional, su ejercicio constante en el manejo de la palabra y de la idea durante los siete años que llevaba de enseñanza, de estudio activo y de meditación profunda, y más que todo, su intenso amor filial, piadoso y devoto a su seráfico Padre, que lo adoptara por hijo desde el día en que perdiera a su virtuosa y tierna madre, y que él recordaba siempre con gratitud, y al que iba a ofrecer las "primicias" de su ingenio, de su elocuencia y de su apostolado sacerdotal: todo ello contribuía a hacer de su primer sermón una obra digna de ser grabada como la primera estrofa de su apoteosis de orador clásico, sobre el frontispicio del templo de la fama.

"Su primer sermón — nos dice uno de sus biógrafos — llamó tanto la atención de los concurrentes, que, terminadas las ceremonias religiosas, pasaron todos los hombres a la celda del predicador a felicitarlo"...

Sin embargo, ya de más antes se tiene noticia de algunos ejercicios de composición de discursos y aún de sermones que hiciera, siendo Corista, duran-

te los años que estudiaba literatura y enseñaba Filosofía, antes de recibir las Ordenes Sagradas y aún siendo todavía simple estudiante de clase, no solo por vía de "ensayo" y de ejercicio literario, sinó también para ser predicados en el púlpito o pronunciados en alguna fiesta de carácter social, escolar o religioso, por sacerdotes que, conocedores de las "habilidades" y talentos del Corista, le pedían que "los sacase de apuros" y les hiciese un discursito.

Así lo afirman sus contemporáneos (V. Félix F. Avellaneda, ob. cit., pág. 11) y se confirma por el hecho rigurosamente histórico de que, mientras estuvo en Mendoza de Diácono — dos meses aproximadamente — a la espera de la ordenación sacerdotal, el Guardián se empeñó en hacerlo predicar el panegírico de S. Francisco, el día 4 de Octubre del año 48, a lo que se opuso el Ministro Provincial, allí presente, que lo era el P. Wenceslao Achával.

Esto prueba claramente la confianza y seguridad que se tenía de su capacidad y vasta preparación; y no es aventurado suponer que era cosa bien sabida, entre sus hermanos de Orden,

que Fr. Mamerto sabía sacar de apuros a muchos predicadores que tenían rotas o poco ágiles las alas de su ingenio y se "avenían" con los "ensayos" oratorios del Corista.

Pero en medio de las recargadas tareas de clase que le imponía su consagración a la enseñanza en el Seminario, el P. Esquiú desempeñaba, a la vez, otros oficios importantes dentro del Convento, tales como Lector de Mística y Regla, que lo fué desde el 52 al 59, Bibliotecario de la casa, que lo fué por espacio de 10 años y dejó huellas visibles de su acción progresista e indeficiente, amén de las tareas conventuales diarias, de que nunca quiso exceptuarse, del numeroso confesonario que tuvo siempre y de su dedicación contínua a la predicación evangélica, desde el día en que se reveló todo un orador, y de la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños, para la que tenía una vocación especialísima.

Téngase en cuenta, además, que siempre que se menciona y elogia al orador, se habla únicamente de los grandes panegíricos, de los discursos clásicos, que, por razón de las circunstan-

cias o de lo trascendental de la materia, les consagró un trabajo esmerado y puso en juego los recursos inagotables de su genio poderoso, de su laboriosidad indeficiente y de sus grandes entusiasmos juveniles de religioso y de patriota; pero se pasan por alto, generalmente, las pláticas diarias, hechas sencillamente al pueblo, las homilías dominicales, los novenarios corridos, las misiones y ejercicios espirituales que daba contínuamente, solicitado por el celo de los muy virtuosos Párrocos de la Capital, Piedra Blanca, Valle Viejo, etc.: misiones y ejercicios verdaderamente apostólicos, en que, sin hacer ostentación de literatura ni de ingenio, antes por el contrario, podando más bien la brillantez de su lenguaje, apagando adrede la rara sonoridad de su voz argentina y replegando sus alas potentes de aguila real, a fín de hacerse más accesible al pueblo, más inteligible a la escasa capacidad mental de los ignorantes y pequeñuelos, derramó su alma entera y su gran corazón de apóstol en torno de sus púlpitos, donde se agolpaba todo Catamarca a escuchar con el corazón compun-

gido y el alma deshecha en llanto, no al orador celebrado del 53, sinó al opóstol de todas las horas, al melífluo, humilde y siempre bondadoso Padre Esquiú...

CAPITULO VII.

El P. Esquiú Orador. — Sus célebres sermones del 53 y 54. — El orador de la Constitución. — Decreto del Ejecutivo Nacional. — Elogios de la prensa. — Se le propone mandarlo a Paris a completar sus estudios. — Rechaza los honores y huye a ocultarse en la soledad.

Uno de los dones más grandes que Dios concede, en el orden natural, a la criatura humana, es, indiscutiblemente, el don precioso, incomparable, de la elocuencia — esa combinación maravillosa de una inteligencia clara y elevada, de una sensibilidad exquisita, de una memoria prodigiosa y hasta de una voluntad firme y decidida, capaz de abrirse paso ante los mayores obstáculos y dificultades; y luego una facilidad de palabra, una brillantez de concepto y

una imaginación viva y ardiente: todo ello brillando conjuntamente en el alma, que resplandece e irradia sus fulgores sobre las inteligencias que le rodean, y pulsa todas las cuerdas sensibles del alma humana, y conmueve, y subyuga, y arrastra dulcemente los corazones y las conciencias del auditorio que lo escucha... He ahí el don incomparable y maravilloso con que Dios había ricamente dotado al humilde franciscano de Catamarca, Fray Mamerto Esquiú! Don precioso, aureola brillante, pero aureola de fuego, capaz de calcinar las sienes del que la ciñe, si no lleva la frente ungida por el óleo santo de la humildad.

Entre las pruebas que tuvo que soportar la virtud del siervo de Dios, fué esta, seguramente, una de las más terribles. Es tan fácil eso de conquistarse aplausos en el mundo por medio de la elocuencia; y es tan humano, por otra parte, el dejarse fascinar y vencer por la música irresistible de los aplausos, especialmente cuando se es joven y bien quisto, que solo una virtud muy sólida y una voluntad muy firme es capaz de sobreponerse a sí

misma, huir a los dulces atractivos de la lisonja y a la voz rumorosa de los aplausos, y luego repetir, de obra y de palabra, con el corazón más que con los labios: el *soli Deo honor et gloria* del Apóstol de las Gentes.

Tal fué, verdaderamente, el P. Esquiú!... El fué un gran orador, sin duda, el más grande que haya nacido y se haya escuchado en tierra americana. Tuvo la elocuencia clásica de Bossuet, junto con la unción y majestad de los Crisóstomos y Basilios; habló siempre el lenguaje de la fe, proclamó muy alto, con su palabra inspirada y ardiente de profeta, las grandes verdades del Cristianismo en las más grandes asambleas de su pueblo; abrió camino a la verdad católica en la mente, en el corazón y en la conciencia de sus conciudadanos; triunfó de las preocupaciones, errores y doctrinas malsanas que estaban encarnadas en la mente y las costumbres de una nación que había vivido más de cuarenta años en la revolución y la anarquía, a las que desenmascara con frase luminosa, hiere de muerte y pulveriza con su dialéctica formidable, y les lanza al ros-

tro el rayo del anatema con su apóstrofe lapidaria: "Monstruo! en vano pretendo arrancarte de mi memoria... Veo los niños, los ancianos, las mujeres, caer hacinados bajo tu hacha desoladora, bajo tu espantosa podadera!... ¡Maldición eterna sobre tí!!!..."

Jamás había subido a tanta altura la elocuencia humana, al menos en América, como la que brotaba a torrentes de los labios del joven orador, que contaba apenas 27 años de edad y nunca había pisado los umbrales de las Universidades y Centros científicos de las grandes ciudades, en donde se aprende la ciencia humana y se cultiva el arte del buen decir.

Como era de esperarse, su voz tuvo vibraciones de clarín, y su fama de orador clásico repercutió en todo el Continente Americano, y los aplausos resonaron en todos los centros culturales de la República; y los honores y las dignidades se disputaron el derecho de ceñir su frente pensadora con los laureles del triunfo y la mitra de los Pastores..

Pero él, humilde, modesto, de alma grande y de corazón magnánimo, co-

mo era, no solo declina los honores que se le tributan, y huye a los aplausos, y renuncia el ofrecimiento que se le hace de mandarlo a perfeccionar sus estudios en una Universidad de Europa, sinó que, justamente alarmado por tanto aplauso, como los apóstoles ante los listrianos que pretendían tributarles adoración y ofrecerles sacrificios como a dioses (Act. XIV, 14), hace enmudecer su lengua, renuncia al don más grande que Dios le había otorgado en el orden de la naturaleza, la elocuencia, huye a la soledad, y se expatria voluntariamente, y se sepulta vivo en las selvas solitarias de Tarija, y se convierte, por un milagro de humildad, en el sencillo misionero de los chiriguanos y matacos, en los bosques insalubres de Bolivia . .

Si esto no es un acto heróico de virtud, de la más pura humildad cristiana y de la más acendrada caridad apostólica, no sabemos a qué actos humanos puedan aplicarse con propiedad esos nombres! Como virtudes, en efecto, y no vulgares, sino heroicas y sublimes, los ha juzgado ya la historia, y ha pronunciado su justiciero veredic-

to el criterio ilustrado y concienzudo de todos los hombres de pensamiento y de corazón recto, y hasta el pueblo sencillo, que no discurre pero que sabe sentir y valorar las grandes virtudes de los varones justos, ha repetido sin cesar, haciendo suya, la frase feliz del Dr. Pedro Goyena: "el P. Esquiú es el más parecido a los santos que haya nacido en la República Argentina".

***

Pero sigamos nuestro relato histórico. Corría el año 53. El pueblo Argentino, después de una tiranía ignominiosa y una guerra civil, horrorosa y sangrienta, que duró cerca de treinta años, había conseguido, al fín, derribar de su trono terrorista y despótico al monstruo de la tiranía; y pacificados los pueblos en el terreno de las armas, no obstante que persistía aún en los espíritus la zozobra y el pesimismo, se daba una Constitución y se disponía a constituir un gobierno de orden, de paz y de progreso, como hacía tanto tiempo lo anhelaban todos los hombres honrados y cultos del país. La ley que imponía el orden estaba dada; pero la

revolución, a que se habían acostumbrado los pueblos, permanecía aun arraigada fuertemente en los espíritus, y apenas sancionada la nueva Constitución, ya se dejaba sentir altanera y arrogante en todas partes la protesta, y aun se preparaba ya en algunas provincias la resistencia armada, dispuesta a estallar a la menor señal y en cualquier momento, y lo que es más grave todavía, se explotaba en el pueblo el sentimiento religioso, bajo pretexto de que la nueva Constitución era "liberal", y no obstante que proclamaba la Religión Católica como "Religión del Estado", autorizaba la "libertad de Cultos".

En medio de esa zozobra se sancionó la nueva Constitución, y se trataba ahora de llevar a los espíritus la convicción de que, a pesar de los defectos señalados, debía ser aceptada por las Provincias, so pena de volver al desorden, a la revolución y a la anrquía.

Cada Provincia, al promulgarla, procura prestigiarla con la palabra autorizada de un orador de nota. El Gobierno de Catamarca vuelve sus ojos al Convento de S. Francisco y los fija en

la persona del P. Esquiú, que, no obstante ser demasiado joven, gozaba ya de mucho prestigio como orador inteligente, piadoso e ilustrado. El se resiste, renuncia por dos veces al honroso encargo de predicar sobre asunto tan importante y tan vidrioso; pero tuvo que ceder, al fín, acosado por las reiteradas instancias del Gobierno y sus amigos.

Llega, por fín, el 9 de Julio de 1853, y ante las autoridades todas de la Provincia, y ante un público desbordante, sube a la Cátedra sagrada el joven orador y comienza su sermón tomando por tema las palabras gratulatorias con que los hijos de Israel saludaban a los poderosos y triunfantes guerreros de Esparta: *Laetamur de Gloria vestra*... Y sobre el texto, ya de suyo sugerente, abre su grandioso exordio, el más grande y solemne que registran los anales de la oratoria americana: "El carácter prominente del universo es revelar su Autor y sus infinitas perfecciones..." Al finalizar su imponente y magestuoso exordio, en que ha pintado con pincelada magistral, la importancia de la Patria y su destino

trascendental de marchar siempre unida en el mundo con la Religión, y la solemnidad excepcional con que surgía a la vida orgánica la Nación Argentina, dice: "La Religión os felicita, y como Ministro suyo, os vengo a saludar en el día más grande y célebre. con el doble grandor de lo pasado y de lo presente... Con sus felicitaciones, os traigo también sus verdades..."

Y entrando luego en materia, asienta sobre las grandes verdades del Catolicismo, como sobre base granítica, el concepto amplio y elevado de la patria, y lo que significa y exige del pueblo el cuerpo de leyes que contiene la Carta Magna de la Constitución, destinada a dar vida y movimiento a la sociedad, "porque la ley — dice — es propiamente lo que da vida a las naciones, la que acuerda los derechos y sanciona los deberes, impone el sacrificio y defiende la libertad. Esas leyes, para ser tales, deben ser fijas y estables, ya que la ley es en el orden social lo que el axioma en orden científico. Pero si no le prestais obediencia, ¿de qué sirve la ley? ¿Invocais la libertad? No hay más libertad que la

que existe según la ley... ¿Y la Religión — me decís?... En nombre de esa religión sublime y eterna, os digo católicos: Obedeced, sometéos, dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. El poder civil protegía la Religión, impedía la enseñanza del error, alejaba con su vibrante espada al incircunciso profanador... ¿Niega ahora su decidida protección, deja al descubierto las avenidas del error, guarda su espada? Dejadle, someteos: *Omnis anima subdita sit sublimioribus potestatibus, non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam.* Roma era pagana, era cruel: mataba a los cristianos sin más delito que ser discípulos de Jesús!... y con todo eso el Apóstol San Pablo, decía: *Civis Romanus sum!* y los cristianos eran los soldados más valientes, más fieles al imperio: los cristianos obedecían, respetaban y defendían las leyes de esa patria; y su corazón eternamente ligado con Dios, era un perpétuo juramento de cumplir esos deberes. La Religión quiere que obedezcais: jamás ha explotado en favor suyo la rebelión ni la anarquía... ¡Obe-

deced! Sin sumisión no hay ley; sin leyes no hay patria, no hay verdadera libertad. Existen solo pasiones, desorden, anarquía, disolución, guerra y males de que Dios libre eternamente a la República Argentina..."

Y todo ese cúmulo de verdades, de sentencias y de razones tan luminosas, dichas en forma tan nueva y original, con tanta elocuencia y convicción, y probado y justificado todo ello con abundancia de textos sagrados, con razonamientos filosóficos de evidencia meridiana, con la historia de la humanidad y hasta con el relato patético de nuestros propios desastres; rebatidas luego las objeciones que flotaban en el ambiente y se oponían a la sanción de la nueva Constitución, con razones tan recias y contundentes, que no dejaba puerta abierta al error, a la pasión, a las preocupaciones del momento...: tal fué, en síntesis, el célebre discurso del 53, que ha quedado eternamente grabado en la mente y en la conciencia de todos los argentinos.

Ese sermón contiene tantas verdades, enseñazas tan luminosas, y un cuerpo de doctrina jurídica y sociológica

gica tan sólida, que muy bien pueden formarse de él y del otro discurso que pronunció el año siguiente — que es su complemento, — con motivo de la instalación de las Autoridades Nacionales, todo un tratado de sociología cristiana y hasta de historia política de la República Argentina.

***

No hay para qué decir la honda y gratísima impresión que causó entre el elemento intelectual de Catamarca, ese sermón: baste saber que, después de expresivas y reiteradas felicitaciones al orador, el Gobierno de la Provincia se lo pidió con instancia para darlo a la publicidad y distribuirlo profusamente en toda la República: instancias a que hubo de rendirse la humildad del P. Esquiú, después de una porfiada resistencia.

Con todo, ese primer sermón patrio, llamado a tener tan honda repercusión en los centros intelectuales de la República entera y hasta en la marcha política de las Provincias Unidas, por cuanto contribuyó poderosamente a formar la conciencia pública con su

doctrina luminosa y pacifista, no fue universalmente conocido en todo el país, sinó un año más tarde, cuando el Poder Ejecutivo dió su célebre Decreto del 2 de Mayo de 1854, — Decreto que fué, al decir del Dr. Nicolás Avellaneda, la pila bautismal de la gloria del gran orador catamarqueño.

Por ese Decreto el Gobierno Nacional, después de hacer el más alto elogio de los dos discursos patrios que se refieren a la Constitución e instalación de las Autoridades Nacionales (9 de Julio del 53 y 28 de Marzo del 54, respectivamente), diciendo de ellos "que estaban marcados por la magestad del lenguaje y la gravedad del pensamiento de Bossuet y la filosofía y los encantos oratorios de Lacordaire", manda que se haga, por cuenta de la Nación, una impresión esmerada de ambos, precedida de una noticia biográfica del autor — biografía que fué escrita en forma suscinta, a pedido del Gobierno, por los PP. Wenceslao Achával y Eulogio Pezado, beneméritos e ilustrados religiosos del Convento Franciscano de Catamarca, — y que se distribuya en todos los centros intelec-

tuales, políticos y sociales de la República.

Esa edición oficial, prestigiada por el Decreto altamente honroso y laudatorio del gobierno nacional, fué el clarín de la fama que llevó por toda América el nombre y la extrordinaria elocuencia del ilustre orador catamarqueño.

La prensa nacional y extranjera le tributó los más altos elogiös e hizo de ellos largos y oportunos comentarios, y los hombres más ilustres y pensadores del país, tales como Vélez Sársfield, Navarro Viola, Goyena, Pizarro, Estrada, Rawson y muchos otros representantes del pensamiento y de la cultura nacional saludaron en el P. Esquiú al más grande orador de la raza latina. Ese aplauso fué unánime de parte de la prensa nacional y extranjera, y solo el Dr. Miguel Navarro Viola, autoridad muy respetable, por ser todo un escritor, un talento distinguido y hasta un orador de nota, después de tributarle los más altos y cumplidos elogios, señaló en el primer sermón una ligera deficiencia de forma: el ser sobradamente breve la perora-

ción, dejando como trunco su grandioso sermón del 53.

Respetando y apreciando en lo que vale la autoridad del distinguido crítico, séanos permitido emitir modestamente nuestra opinión al respecto, diciendo: 1o. Es que el P. Esquiú en ningún momento ha sido un orador retórico, vaciado en los viejos moldes de la oratoria preceptista: su oratoria podemos decir, es nueva y original, y ese es su mérito principal. "Sus sermones, como dijo muy bien el Dr. Pedro Goyena, que es también una autoridad tan respetable o más que el anterior, no subían penosamente por los andamios de la retórica; cerníanse en las alturas, movidos por alas poderosas. Su palabra fulguraba en la región de los astros y campeaba, para expresar las expresiones que el orador aplica a la religión, en el horizonte mismo del infinito". 2o. El genio que rompe los estrechos moldes del formulismo de las escuelas y se levanta a la región serena y luminosa de los principios y las causalidades, dominando las ciencias y los acontecimientos humanos, no necesita sujetarse servilmente a los precep-

tos directivos de la retórica para brillar ventajosamente con su luz propia e imponerse a las mentes y las conciencias de la multitud, como no podrán hacerlo nunca las medianías, por más que sus producciones estén marcadas con el sello formulista de las escuelas. 3o. La peroración es siempre el golpe magistral del orador, encaminado a mover en forma decisiva la voluntad del auditorio, para que abrace y ponga en práctica las máximas esparcidas y magistralmente eslabonadas en el cuerpo del discurso: cosa que no necesitan los sermones del P. Esquiú, puesto que, — y esto lo confiesan todos — desde el principio al fín, se impone en forma avasalladora y decisiva a la conciencia del auditorio, que es, al fín de cuentas, quién pronuncia la última palabra del sermón. Esa misma brevedad pasmosa que deja en suspenso al auditorio, es como el punto suspensivo en los golpes oratorios: el silencio, en este caso, dice más y mejor que una brillante amplificación. Hace más de setenta años que ese sermón fué pronunciado, y aún está vibrando en todas las conciencias!—He ahí su mejor,

su insuperable peroración...

***

Consecuencia de la gratísima impresión que produjeron en todo el país esos sermones, y de la creciente fama de orador que con ellos adquirió en poco tiempo el P. Esquiú, — sermones que lo revelaron como una inteligencia privilegiada y un genio superior, máxime si se tiene en cuenta, como realmente se tuvo, la corta edad del orador y la deficiente escuela en que se había formado, — fué la resolución adoptada, poco después, por el Gobierno de la Provincia de Catamarca, de enviarlo a París a completar sus estudios en una de las Universidades más famosas de Europa; pero todos esos generosos empeños hubieron de estrellarse ante la irreductible negativa del agraciado, que desde ese momento, se mostró más esquivo y meticuloso a los aplausos, y como alarmado de su creciente fama de orador y de los honores y distinciones de que por ello se le hacía objeto, solo pensó en ocultarse, imponiéndose voluntariamente, heroicamente, los dos sacrificios más gran-

des que podía hacer un joven de sus condiciones y en las excepcionales circunstancias en que él se encontraba, en orden a adquirir fama, dignidades y renombre universal.

Esos sacrificios fueron: 1o. renunciar, como lo hizo, a la oratoria rumorosa y grandilocuente, en que con tanta felicidad y acierto se había iniciado, podando desde entonces, cual nuevo Jerónimo, su literatura clásica, y apagando, en cuanto le era dado, los rayos luminosos de su genio y la riqueza de su imaginación brillante, por los peligros que entraña en orden a la santificación propia, y se convierte en el orador popular y evangélico, puesto al alcance de los ignorantes y sencillos; y 2o. alejarse de su patria y de sus parientes, huir con santa timidez del ruido de la sociedad y de los aplausos, y sepultarse en la soledad, donde pudiera, sin peligro de envanecerse y sin los rumorosos aparatos de una oratoria clásica y deslumbrante, entregarse de lleno a la santificación de su alma, a la práctica de las virtudes religiosas, que es siempre lo primero y más importante en la vida claustral, y lue-

go, en cumplimiento de su misión sacerdotal, dedicarse a la conversión de los infieles, como misionero apostólico, a que se sentía claramente llamado por Dios, como lo dice él mismo repetidamente en diversas cartas familiares.

Todo eso lo realizó ausentándose de su patria y afiliándose a las misiones franciscanas de Tarija, como veremos más adelante.

CAPITULO VIII.

Sacrificio heroico. — Se desvanece una opinión. — Verdaderas causas de su incorporación a las misiones de Tarija. — Por qué retardó el cumplimiento de su resolución.

Nos hemos detenido en el comentario de los dos sermones más celebrados del P. Esquiú, y especialmente en el primero, acaso más de lo que podía la índole de este trabajo, destinado a ser lo más breve posible, por la importancia capital que tienen en la biografía de su autor, más que como obras literarias de mérito indiscutible, como piedra de toque para apreciar en su

justo valor la humildad y demás virtudes religiosas del siervo de Dios.

Hemos querido con ello dejar constancia de la brillante carrera literaria que comenzaba con tan felices augurios y le abría la puerta a un porvenir por demás halagador, que ya palpaba con sus manos y que lo llevaría, sin duda, de triunfo en triunfo, hasta la más alta cumbre de la grandeza humana y de la celebridad, tanto más cuanto que se encontraba en la flor de la juventud, irradiando en su frente los destellos de una inteligencia superior, aplaudido por la prensa nacional y estranjera y hasta favorecido y estimulado por las primeras autoridades públicas de todo el país; tenía, por otra parte, tan pocos o ningunos competidores, especialmente en la difícil carrera del púlpito, en la que, apenas iniciado, brillaba ya como un astro único y luminoso en todo el clero nacional. Y no obstante eso, y precisamente por eso mismo, él corta de un solo golpe, con su voluntaria expatriación, el brillante porvenir que se le abre, y, ahogando en su corazón sus más nobles aspiraciones de hom-

bre, puesta la mira en "lo único necesario" que llama el Evangelio, la santificación de su alma, renuncia a toda ventaja temporal, a todo interés terrenal: patria, familia, porvenir, gloria humana, celebridad: todo lo pospone, y toma en sus manos el bordón del peregrino y la cruz del misionero, atraviesa el desierto y se sepulta vivo en la obscura misión de Tarija!

Se pensó por algún tiempo, mientras permanecían en el misterio los móviles que lo impulsaron a tomar tan peregrina resolución, que la marcha sombría, incierta y revoltosa de los acontecimientos políticos de la República, o bien algunas decepciones o contrariedades que hubiese sufrido por este tiempo en el seno de su Convento, habrían motivado acaso su voluntaria expatriación. Conceptuamos, sencillamente, una puerilidad atribuir a causas tan baladíes una decisión tan radical y heroica en un hombre de la talla moral del P. Esquiú, aun en el supuesto de que nos fueran desconocidos esos motivos. Nadie hasta lo presente ha podido presentar un documento, una referencia o algo semejante

que demuestre, pero ni siquiera que haga sospechar la existencia de tales causas; y los hechos públicos y notorios que precedieron, acompañaron y siguieron a su alejamiento voluntario del seno de su país, donde fué aplaudido y celebrado como no lo ha sido nadie, antes ni después, prueban todo lo contrario.

Pero es el caso que conocemos esos motivos y tenemos documentos auténticos e irrefragables que los manifiestan claramente: motivos que son bien distintos y muy superiores a los mencionados. Estos motivos han sido principalmente dos, y ambos muy dignos de la grandeza de la resolución tomada y muy conformes con la virtud y modo de ser y de obrar del siervo de Dios.

1o. El primero y principal motivo fué la falta de "vida común" en los Conventos de la Provincia franciscana a que pertenecía, lo que importaba, sin duda, un estado irregular en la vida religiosa y dificultaba la práctica y observancia estricta de la pobreza seráfica, como lo manda formalmente la Regla minorítica que había profesado (Caps. IV y VI).

El había formado, desde sus primeros años de religioso, la resolución bien definida e inquebrantable de santificarse, siguiendo en un todo las máximas y ejemplos de su seráfico Padre S. Francisco, mediante la observancia completa y escrupulosa de su Regla; y como quiera que, en la Orden Franciscana, la pobreza seráfica sea el punto capital de la observancia y vida regular, la que, en su Provincia, era por entonces deficiente; de acuerdo con el mandato expreso de su Regla (Cap. X), que dice: *Et ubicumque sunt Fratres, qui scirent et cognoscerent se non posse Regulam spiritualiter observare, ad suos Ministros debeant et possint recurrere,* resolvió, después de consultarlo y meditarlo mucho, solicitar su incorporación al Colegio Misionero de Tarija, que tenía fama de ser un Convento silencioso, de la más pura y estricta observancia regular que existía en América, por esos tiempos, y al cual habían acudido ya, en busca de recogimiento, de observancia y de perfección, otros santos religiosos de su misma Provincia y especialmente del Convento de Catamarca, ta-

les como el P. Antonio Aráoz, el Hno. lego Fr. Manuel Medina, primero, y el P. Eliseo Molina, después, todos los cuales dejaron asentada la fama de religiosidad de nuestro Convento Franciscano de Catamarca.

Tenemos en confirmación de nuestro aserto, los siguientes documentos, de autoridad irrefragable y decisiva: a) Una carta del mismo P. Esquiú, dirigida desde Tarija a su hermano D. Odorico Esquiú, con fecha 26 de Noviembre de 1874, en que le dice: "Me hablas en tu última de que yo vuelva a mi Convento de Catamarca (hacían 12 años y 9 meses que había salido): que este sería el viaje más agradable de mi vida, tú lo comprenderás desde luego; pero en lo presente y aun en la parte de vida, que el Señor me quiera conceder, me retrae y me retraerá siempre la falta de vida común: *esta fué la causa de mi venida a estos países,* en que después de doce años soy siempre un pobre peregrino. Cuando alguna vez hables con nuestros Padres, trata este punto, el cual se reduce a que los débiles y flacos en el cumplimiento de nuestro deber no tengamos ocasión de

quebrantarlo, estando en las manos del solo padre de familias la administración de todo lo que es necesario para el vestido y sustento de los hijos; si aquél querido Convento adoptase la vida común, pienso que no solo yo, sinó el P. Aráoz y el P. Eliseo iríamos a dejar nuestros restos mortales a la sagrada sombra del Santuario de Nuestra Señora del Valle''.

b) Que esta resolución era, en el P. Esquiú, un pensamiento antiguo que venía trabajando su espíritu, desde que era corista, lo asegura el P. Corrado, antiguo y meritísimo misionero de Tarija [1], por estas formales palabras. ''Desde los primeros años de su vida religiosa, aun antes de recibir la unción sacerdotal, las miradas de Fray Mamerto habíanse dirigido a este Colegio de Tarija; pues bien sabía que sus tostadas paredes de barro habían acogido hombres apostólicos, que llevaron la antorcha del Evangelio a naciones bárbaras, y regaron una gran porción de

---

(1) Oración fúnebre del Ilmo, Obispo de Córdoba, Fray Mamerto Esquiú, 15 de Febrero de 1883.

territorio sudamericano con sus sudores apostólicos. Aun corista en Catamarca, enviaba sus cartas a este Colegio solicitando afiliación en él..." Luego no hubo en la, al parecer, extraña resolución del P. Esquiú, otra razón suficiente que la satisfacción y cumplimiento de un voto o anhelo antiguo de santificarse ante todo y sobre todo, eligiendo como el medio más adecuado y eficaz para ello, el imponerse ese sacrificio de romper todos los vínculos de carne y sangre, de amistades y de ventajas terrenales, expatriándose voluntariamente, para consagrarse al retiro y la oración en el Colegio misionero de Tarija, hacia el cual se sentía llamado por Dios, "Con una voz que nada ni nadie podía acallar", como dice él mismo en carta que escribía, desde su soledad de Tarija, a un pariente suyo; y los "sufrimientos" de que habla con frecuencia, por este tiempo, se refieren visiblemente a las dificultades que le impedían el cumplimiento de sus virtuosos anhelos y a la violencia que tuvo que imponerse a sí mismo para romper de un golpe todo ese cúmulo de compromisos, de re-

laciones sociales, de vínculos de carne y sangre, en una palabra, que le había creado su misma brillante actuación en el seno de su patria y de su Provincia natal.

c) Esto mismo lo dice el P. Esquiú, con bastante claridad, a su amigo el Pbro. Dn. Rizzerio Molina, en carta que le escribía desde Catamarca, con fecha 26 de Junio de 1858: "No escribí la carta que le dije, porque desde esa fecha he pensado en Tarija, y quizás cuando ud. reciba ésta, su pobre amigo no vea ya este suelo querido de su nacimiento, ni el cementerio que guarda los huesos de mis padres, ni mis pobres hermanas, ni mis numerosos bienhechores, ni tantos objetos de mi especial amor; acaso esté ya de viaje..."

2o. El segundo motivo, o sea, la razón estimulante y decisiva de su resolución heroica, fueron sus mismos triunfos oratorios, que lo arrancaban cada día más del silencio y recogimiento espiritual que tanto anhelaba y "lo alejaban, como él decía, del puerto de la salvación, precipitándolo en un irremediable naufragio" (la excesiva delicadeza de su conciencia timorata le

hacía expresarse así). Véase, si no, lo que escribe desde Tarija a su tío político, Dn. Bernabé Aráoz, con fecha 27 de Junio de 1862, pocos meses después de su salida de Catamarca, contestando a las reiteradas instancias que le hacían, de que volviese a Catamarca, el Gobernador de la Provincia, sus amigos, las damas catamarqueñas que levantaron firmas para pedirle que desistiera de su viaje, y muchas otras personas distinguidas de la sociedad, que lamentaban su incomprensible alejamiento de su querida patria, en los precisos momentos en que todo le sonreía y donde podía, a juicio de éllas, realizar tanto bien, valiéndose de ese mismo ascendiente que le daba su brillante actuación: "Comprendo — le dice — que para demostrar cuanta es mi gratitud al pueblo de Catamarca, a los señores Gobernadores (entraute y saliente), Dn. José Luis Lobo y Dn. Moisés Omill, que sucesivamente me han acreditado su bondad e inestimable amistad, llamándome, y a las señoras que tantas diligencias, tantos oficios maternales han hecho en mi favor, mi deber era volver a mi querida Patria

y consagrar a su servicio el resto de mi vida, por más que estoy persuadido, a la luz de una terrible verdad, que siento, que eran mayores los perjuicios que los bienes que tengo hechos y que pudiera hacer; este deber de gratitud lo conozco, lo amo y lo hubira cumplido con el placer que se siente en cumplir una obligación, que es al mismo tiempo la aspiración más viva y el bien más precioso que tenemos los hombres en el mundo.

"¿Cree, mi tío, que por grande que sea el sentimiento que algunas personas, excesivamente buenas conmigo, han tenido por mi separación, hayan padecido y sufrido más que yo? Si son tan generosas que estimasen un bien mi permanencia, ellas han perdido un bien, a su juicio; pero yo he perdido todos los que tenía en este mundo, reales o ilusorios: Patria, familia, amistades, relaciones, el incomparable gozo de aspirar el aire del cielo natal, de ver las montañas...

"¿Cómo no me hubiera sido gratísimo el volver a la posesión de estos bienes, si me hubiera sido posible?

"¿Y por qué no fué posible? (*Aquí*

descubre la razón fundamental y decisiva de su voluntaria expatriación) Porque he estado persuadido de que Dios quería este sacrificio (*la voz de Dios que lo llama*); porque he creído necesario que para la salvación de mi alma era menester volver sobre mí mismo, de un modo de vivir que, insensiblemente, me arrastró a una disipación que Dios conoce cuan horrible es (*he ahí la voz de su conciencia delicada y timorata*); porque, últimamente, Vd. mismo conoce que es imposible desempeñar debidamente las augustas funciones del sacerdocio sin que estemos preparados de la ciencia verdadera, del oro, y no del oropel, de la virtud (*apela a la conciencia pública*); y virtud y ciencia le juro que me faltaban (*afirma la verdad y sinceridad de las causales que expone*). Había ya arribado a mis 36 años sin estas prevenciones, y cada día las pruebas eran más fuertes (*alude visiblemente a sus triunfos oratorios con su necesario cortejo de aplausos que mortificaban su humildad, y a ese cúmulo de asuntos políticos en que se vió mezclado muy a pesar suyo — asuntos que trataban de*

sacarlo del claustro y dificultarle la realización de sus propósitos de perfección y de recogimiento espiritual, que anhelaba), la vida se agotaba, la eternidad, el gran día del Señor, que juzga en rectitud y justicia, se acercaba; mientras que yo era cada día más débil, más tibio, y amontonaba culpas en vez de expiarlas; cada día más disipado, menos capaz para cualquier bien (*es el reproche característico de todas las almas justas*); en esta amarga y dolorosísima situación ¿quién es el que no busca consuelo, un medio de esperanza, un puerto de salvación a su inminente e irremediable naufragio? Tan real y justa ha sido mi persuasión de la necesidad que tenía de este retiro, que, aun sintiendo el peso doloroso de la ausencia de tantos bienes que tenía en Catamarca, devorado a veces por amargas y melancólicas tristezas, aun así, no dejo de conocer que era preciso este sacrificio, y, todavía aquí, recién lo conozco, así como solo aquí sentí todo lo que he perdido de bienes presentes (*por conseguir los bienes eternos" quiere decir*), dejando a Catamarca. Dios se ha valido de más in-

dustria, créamelo, para hacerme aceptar y llevar a cabo este sacrificio, que la que un padre suele emplear con un hijo de recia condición para que haga una cosa que le repugna: terror, halagos, azotes, astucia, todo lo emplea, y, quiera que no el muchacho, el buen Padre llenó las aspiraciones de su nobilísimo corazón!

"Cuando una persona de clase halla que sus negocios no van bien, y que es imposible sostener con dignidad su puesto y el rango que tiene en la sociedad (*siempre tratando de humillarse, supone aquí que se encontraba representando un papel imposible de sostener, por cuanto se lo creía más y mejor de lo que era en realidad*), se retira de la escena y busca, en la vida retirada, el equilibrio de sus gastos con sus rentas para conservar la paz doméstica. Pues, yo estaba en manifiesta quiebra con mis obligaciones, y he buscado en este santo retiro el medio de saldar mis cuentas y habilitarme para ser útil a mis semejantes, que es mi deber y mi aspiración. ¿Llegaré a serlo? ¿Podré volver algún día a Catamarca, mejor dispuesto para vi-

vir como debo, y mostrar cuanto amo a ese pueblo, tan digno de mejor estima, tan culto en proporción con sus medios (*nótese qué conceptos tan delicados!*), tan lleno de nobleza y de disposición para el bien? ¿Se cumplirá la más bella ilusión que yo pueda imaginarme? Esto corre de cuenta de Dios y del uso que yo haga de sus gracias en esta casa. Ud. es cristiano y no rehusará encargarse de rogar a Dios por que yo cumpla su santísima voluntad, y no reciba inútilmente sus dones..."

Esta carta es notable por más de un concepto: es un desahogo natural y sincero, hecho ante un amigo y pariente que le inspira toda confianza, es la respuesta a todas las quejas y cargos de sus amigos por su, para ellos, inexplicable alejamiento de su patria, es la manifestación y fiel revelación de todos los sentimientos, grandes, puros y santos, que agitan su noble y religioso corazón; es, en fín, el gemido de un alma que sufre, pero es también el grito de triunfo que lanza el corazón, cuando se siente libre de los lazos que lo tienen prisionero y abatido...

Por este mismo tiempo enviaba tam-

bién a su querido discípulo y amigo, el P. Reinoso, un cuaderno en que se ven anotadas algunas resoluciones y programas de vida espiritual y le expresa este mismo pensamiento con parecidas palabras. Es sobrado extenso este documento para citarlo íntegro, pero no podemos resistir al deseo de transcribir algunos conceptos bellísimos y por demás elocuentes: "Paso ya de los 35 años — dice — y me hallo aún por comenzar la carrera de la virtud y de la ciencia! — Debo mucho a mi pueblo y conozco que debía pagarle sus finezas, consagrándome a hacerle bien, pero conozco igualmente que *por ahora no puedo volver a él y salvar mi alma.*

La soledad de mi vida me hace ver en mi pasado solo remordimientos y en lo porvenir solo temores!!!—*¡¡¡Quid enim mihi est in celo, et a te quid volui super terram?... Defecit caro mea et cor meum, Deus cordis mei et pars mea, Deus in aeternum!!!...*"

¿Podrá dudarse aún, después de una declaración tan clara y explícita, que está respirando sinceridad en cada frase, sobre los motivos impulsivos, determinantes y altamente espirituales, pro-

pios de un varón justo que todo lo pospone al gran negocio de su propia santificación, que lo decidieron a imponerse voluntariamente ese sacrificio heroico, cuyo dolor se siente en toda su intensidad en esas amistosas confidencias, como se palpa la firmeza del corazón en la resolución tomada, junto con la convicción de su alma profundamente religiosa y delicada?...

CAPITULO IX.

Una nueva etapa. — "Diario de Recuerdos". — Una bella página. — Corrigiendo el pasado. — Escritura y Ascética. — Ejercitándose en la virtud:— oración y mortificación.— La humildad, su virtud favorita — Renuncia a la oratoria clásica y se hace "predicador" del Evangelio. — Un sueño misterioso lo decide. — La primera Cuaresma. — Nuevos triunfos en la cátedra sagrada.

Una nueva etapa, por demás sublime y edificante, se abre en la vida portentosa y admirable del P. Esquiú, con su incorporación a las Misiones de Ta-

rija. Esa vida retirada y abstraida de la tierra, por la que había suspirado tanto tiempo y la había soñado desde que era corista en Catamarca, absorbe enteramente sus potencias y sentidos, lo sepulta vivo en la soledad de su retiro e imprime en su alma la fisonomía austera del cenobita y el sello reflexivo y profundo del hombre sabio.

Desligado completamente de todo vínculo social, desconocido del mundo que le rodea y consagrado únicamente a la perfección de su espíritu, en la doble faz de la virtud y de la ciencia, se impone un nuevo método de vida, traza su programa diario de trabajo, de oración y de estudio, dispuesto a cumplirlo escrupulosamente en todas sus partes, y cueste lo que cueste.

El mismo nos ha dejado escrito de su puño y letra ese nuevo plan de vida, en diversos cuadernos de carácter íntimo y reservado, que constituyen el mejor y más valioso testimonio de la grandeza y santidad de su alma profundamente religiosa, y que no dudamos ha de servir no solo de edificación y estímulo a cuantos tengan la fortuna de leerlos, sinó también y principal-

mente de providencial termómetro para conocer con certeza el grado de virtud a que llegó este varón admirable, en el proceso incoado de su canonización. Esos cuadernos, escritos más bien con gemidos del alma que con rasgos de la pluma, son algo así como el autoretrato de su conciencia delicada de asceta o la auto-biografía de su conquista espiritual del Reino de los Cielos y el proceso edificante de su virtud y ciencia superior.

Cuidadosamente recopilados y prolijamente compaginados y ordenados por el trabajo paciente y esmerado del R. P. Mamerto González, que había consagrado su vida entera, su talento y energías a la búsqueda de noticias y manuscritos del siervo de Dios —, esos "Apuntes" o "Memorias" encuéntranse publicados en un libro de 900 y tantas páginas, al cual nos remitimos muy particularmente al hablar de las virtudes y de la ciencia, y sobre todo, de los combates espirituales, sublimes y heroicos, que tuvo que librar el siervo de Dios en la difícil conquista de la virtud y en la destrucción del funesto *yo,* del orgullo natural — triste heren-

cia de la viciada naturaleza y el más terrible y formidable enemigo del hombre sabio — hasta adquirir el dominio absoluto sobre sí mismo y dar a su personalidad moral esa serenidad de conciencia y ese raro temple de alma, que imprime en su frente el sello de la verdadera santidad y lo hace una encarnación viviente de todas las virtudes, especialmente cuando se lo estudia en su vida abnegada y edificante de Pastor.

***

Para que mejor pueda apreciarse el valor de esos "Apuntes", que él titula "Diario de Recuerdos y Memorias", léase la dedicatoria que de su primer cuaderno hace al R. P. Juan B. Reinoso, su querido discípulo e íntimo amigo: es una página hermosa, enternecedora y llena de religiosa unción, en que se refleja toda la belleza exquisita de su conciencia delicada y los nobles anhelos de su corazón magnánimo. Dice así:

"Marzo de 1862. — Memoria dedicada al R. P. Fr. Juan Bautista Rei-

noso. — La fecha que hace el título de este cuaderno es en la que dejé Catamarca, emprendiendo mi viaje para incorporarme al Colegio de Tarija. V. R. Comprende lo notable que en este suceso hay para uno que deja lo que más ama en este mundo, y toma una senda que, aunque amable por tantos motivos, las pasiones, el orgullo y la sensualidad principalmente, se la hacen áspera y difícil; debe sufrir, debe pelear: cuántos cambios, cuántas batallas, cuántas tristezas y consuelos, cuántos recuerdos y deseos, cuántas esperanzas contrarias en sí mismas, se agolquisiera que el orgullo tenga parte en pan en un espíritu agostado por el amor de este mundo, pero solicitado victoriosamente por el deseo de la eterna salud. ¿Qué parte tiene el hombre, y cual es la de Dios en esa lucha? ¿Cómo sirven los sucesos al triunfo del mal o del bien? ¿Cuál es el éxito?... "La revelación de la parte de estos secretos, que están en nuestra conciencia, se debe a la amistad, al mismo tiempo que se da un consuelo al espíritu solitario. También puede servir siquiera para escarmiento de otros. No

estas "Memorias": Dios las purifique, y así limpias de todo fín mezquino, dígnese ud. aceptarlas como expresión de mi amistad y gratitud, permitiéndome este consuelo de confiar a su corazón las penas y las esperanzas que visitan al mío, y los sucesos que se enlazasen con mi breve y triste peregrinación en este mundo..."

Con fecha 28 de Julio del mismo año, escribe: "Ningún día pasa sin acordarme de mi proyecto (parece que antes se lo había comunicado y prometido al P. Reinoso) de la crónica desde mi salida de Catamarca, mi viaje a Tarija y permanencia en este Colegio; pero siempre tiemblo de retratarme... Pero el tiempo marcha, la verdad de la vida se descorre con demasiada elocuencia; en el silencio hieren muy vivos los avisos que Dios me envía: a tristezas sin fundamentos suceden los verdaderos motivos de estar triste!... No queda a mi alma otra cosa que la esperanza en la infinita misericordia!..."

Léase una y otra vez esa página sublime, de incomparable belleza, toda espiritual, y dígase si hay allí no digo

el más mínimo asomo de jactancia, pero ni siquiera una palabra tendiente a justificarse ante los hombres, que lo juzgaron con sobrada ligereza, sobre las causas y motivos de su resolución inquebrantable de alejarse de su patria y labrar, a base de sufrimientos y dolores, de amarguras y penitencias, la joya inapreciable de su propia santificación.

Y si se meditan con atención esas páginas de oro, en que se respira todo el perfume de la virtud, se verá que todo termina en el reconocimiento compungido de sus defectos propios, en el reproche constante a su falta de virtud, de humildad, de celo y de ciencia suficiente. Pero esa misma confesión de sus propias debilidades y defectos, acompañada siempre de sus contínuas protestas de amor a Dios y propósitos de enmienda, son la prueba más palmaria y convincente de su virtud y humildad profunda, conforme a la sentencia de la Sabiduría: *Justus prior accusator sui est in principio sermonis* ("El justo es el primer acusador de sí mismo al principiar su exposición").

***

"Vida de ignorancia y de perdición" llama este santo varón a la vida que ha llevado anteriormente. "Paso ya de los treinta y seis años — dice — y *me hallo aún por comenzar la carrera de la virtud y de la ciencia*... Yo no alabara a Dios como debo, si no confesara que su misericordia me ha hecho manifiesta violencia en *los caminos de perdición* por donde he corrido, y estaría aún corriendo, si Dios no me hubiera arrancado de éllos, tomándome del brazo y empujándome por fuerza en las vías de la salud..." Y sin embargo, ya entonces y de mucho antes, había asombrado al mundo americano con sus sermones monumentales y se había atraído a sí los ojos y el corazón de todos sus conciudadanos, mediante el esplendor de su virtud y modestia religiosa!...

¿Es que reprobaba su pasado? Hasta cierto punto, sí, en cuanto lo menos perfecto debe dejarse por lo más perfecto, marchando siempre adelante, en progresión ascendente: es el *evacuavi quae erant parvuli* del Apóstol S. Pablo (I. Cor. 13, 11), que es la ley inquebrantable de todo perfeccio-

namiento humano. Por eso el P. Esquiú, descontento siempre de sí mismo como todos los santos, que miran, no lo que son, sino lo que deben ser, según el modelo divino, se reprochaba su negligencia, su descuido en santificarse a sí mismo y en aprender la ciencia que debía enseñar con las palabras y el ejemplo, a los fieles, como sacerdote de Jesucristo.

De este conocimiento de sí mismo y de este constante anhelo de buscar lo más perfecto, nació la resolución de pasar a las Misiones Franciscanas de Tarija. Y ya en posesión del lugar que había elegido para ser el taller de su santificación, se reconcentra de nuevo, se examina escrupulosamente y se encuentra falto de ciencia y de virtud. "He pasado mi juventud — dice melancólicamente — y voy pasando la virilidad, sin que haya ejercitado debidamente mi memoria y menos el entendimiento, de donde me viene el que no retenga lo que leo, y menos el que pueda profundizar y formar convicciones claras y estables...". Luego, hablando de los grados de virtud que describe el angélico Doctor, aplicándose siem-

pre a sí mismo la doctrina, dice: "me he buscado en estos grados, y mi conciencia lo dice terriblemente que en toda mi vida no he salido de este último grado, en que ni aún la coacción nos determina a consagrarnos al servicio de Dios...". Esto lo decía poco tiem po después de su llegada a Tarija.

Para reparar esos "males", que él pondera y lamenta con toda la sinceridad de su alma timorata y humildísima, y que otros menos perfectos habrían seguramente envidiado, se impone una nueva norma de vida, más seria, más reflexiva, más austera, y sobre todo, más metódica y ordenada
1°—En orden al estudio: "Me propuse — dice —, a los pocos días de llegar a este Colegio, estudiar la Sagrada Escritura — estudio que siempre deseé, pero mis disipaciones lo impidieron, y he comenzado por las Epístolas de S. Pablo y los Comentarios que de éllas hizo S. Juan Crisóstomo y Santo Tomás de Aquino... Comenzaba mis estudios a la edad de 36 años..".

2°—En lo que mira a la virtud: después de ponderar su "increible relajación" y "su incorregible incons-

tancia" en los reiterados propósitos de enmienda, "que corren parejas — dice — con las tinieblas que envuelven su entendimiento, se pregunta: "¿qué hacer para curar esta veleidad del corazón y las tinieblas del entendimiento? — Y responde él mismo aplicando el remedio: "*Oración y Mortificación.* Ambas cosas — dice — se pueden recoger a manos llenas en esta santa casa... *Quiero* dejarme llevar de la mano de Dios, y le pido que su bondad no permita que yo reciba en vano esta gracia de vivir en el puerto de salud..."

3º—A la oración y mortificación, interna y externa, agrega el ejercicio constante de la humildad, que fué, en todo tiempo, su virtud favorita, a la vez que declara una guerra a muerte al orgullo que es el escollo más formidable de la ciencia y de la virtud. Véase lo que dice del orgullo y cómo lo combate: "Una cosa siento que es mala, y sin embargo no la remedio, pero puedo hacerlo con la ayuda de la gracia, y es este orgullo que en todo se muestra en la pintura de este abominable *yo* y en el esmero que a toda luz se

ve que pongo en mis menguados pensamientos". He ahí el combate espiritual, recio y sin cuartel, que libra con el más terrible enemigo, que pretende derribarlo sin conseguirlo nunca; permaneciendo él siempre firme, inconmovible, sobre la roca inquebrantable de su humildad, que fué en todo tiempo su escudo y su defensa contra los halagos del mundo y contra el poder fascinador de los aplausos.

Luego continúa: "¡ay! el orgullo es un monstruo que impide el progreso, es tiniebla que, como las palpables de Egipto, trae la noche en medio del día, es incendio que seca y quema lo que vive, es hielo que mata, es un alejamiento siempre mayor de aquélla fuente de vida en que tenemos la luz verdadera, la vida bienaventurada, la paz, el amor y la sabiduría. — ¡Jesús, Hijo de Dios Vivo, humillado más que todos los hombres, concededme la abnegación de mí mismo, para que unido a Vos en verdad, participe de los bienes de la gracia y de la gloria, que nos habeis traído!!!..."

Estos propósitos de ejercitarse en la virtud y particularmente en la humil-

dad, constituyen el punto principal de meditación de cada día, su exámen diario de conciencia y la renovación de sus promesas a Dios, reprochándose siempre sus defectos e ingratitudes para con el Señor, su negligencia y desmedro en el camino de la virtud. Y es digno de notarse el hecho de que, en todo lo que lee, aunque solo sea por vía de estudio, ya se trate de la Escritura Sagrada, o bien de los autores ascéticos o de los Santos Padres, siempre termina por aplicarse a sí mismo la doctrina y reprocharse sus defectos e imperfecciones. Esta particularidad del P. Esquiú en todo su pensar y obrar, nos revela y muestra al varón espiritual, que todo lo hace a gloria de Dios y marcha siempre en su divina presencia, a la vez que nos dá la explicación de las altas virtudes religiosas y morales que todos admiran en su vida ejemplar, y es como el sello divino que garantiza la solidez y autenticidad de su santidad y virtud.—Es mi convicción de que jamás perdió la gracia bautismal.

4º—También comprendió allí, y ya varios años antes lo había entrevisto, que la

predicación que hacía y que tanto renombre de orador clásico y elevado le había grangeado entre el mundo intelectual de América, no era, con todo, la predicación sencilla, doctrinaria y evangélica, tan recomendada por el Apóstol S. Pablo y mandada por S. Francisco, en su Regla: esa predicación del Evangelio que se funda *non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, (no en las galas del lenguaje ni en las razones filosóficas del orador), sed in spiritu et virtute Dei* ("sino en el espíritu y virtud de Dios"), y a la cual está vinculada la conversión de las almas, según la promesa divina. Y en su dolor, hubo de llamar "perdido" el tiempo mejor de su juventud consagrada a cultivar ese género de oratoria, que solo supo conquistarle aplausos que mortificaban su humildad.

En consecuencia, abandona los libros literarios y los maestros de elocuencia profana y los reemplaza, nuevo Jerónimo, por el estudio serio y metódico de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de los Maestros de la vida ascética.

Repetidamente y con amargura de

su alma, se reprocha a cada paso su "oratoria hueca" y "declamatoria", su "vana hojarasca", "hija de la ignorancia" — dice —, y formula el propósito de dedicarse, en adelante, a la "predicación sencilla y evangélica, que es — agrega — más que todo, doctrina, luz suave y viva, que no tanto entusiasma, cuanto penetra hasta la división del alma y del espíritu, y que, sin arrancar aplausos vanos, produce, callada y poderosamente, sólidas conversiones". (Tomen nota los oradores, que en sus sermones y conferencias científicas y atildadas, buscan antes deslumbrar al auditorio que convertir las almas y mejorarlas). "De este efecto — termina diciendo — algo me sentía (porque nunca se entregó totalmente a él, y si *algo* se dejó contagiar de ese vicio, que era común en su tiempo, lo fué más bien inconsciente que deliberadamente) y era muy natural que lo conociera perfectamente, si el orgullo me hubiera permitido reconocer mi falta de verdadera instrucción y de recogimiento interior. La santa compañía en que vivo, el silencio que se observa en este Colegio y la abundancia

de excelentes libros, me abren camino para salir de este atolondramiento y vaciedad en que vive mi espíritu".

Y podemos agregar que le ocurrió con su predicación clásica y grandilocuente, que cultivó en su primera juventud, algo semejante a la misteriosa azotaína que recibió en sueños, aunque muy real y verdadera, S. Jerónimo por el pecadillo de cultivar la oratoria ciceroniana y descuidar la del Evangelio. Pues, tratando siempre él de ridiculizarse en su "hueca y amanerada" oratoria anterior, refiere graciosamente un sueño que tuvo cierta noche, en que le parecía estar haciendo el panegírico del Patriarca S. José, en su acostumbrada forma declamatoria y verbosa, terminando el sermón con un vibrante y estentóreo ¡bravo S. José!, sin percatarse de que el auditorio se le había esfumado completamente, marchándose unos después de otros, hasta dejarlo solo al orador y al Obispo que pontificaba, y que lo era Mons. Gabriel Segura (que lo tuvo, el año antes, a él de Secretario), quien lo reconvino seriamente por causa de su elogio descomunal y disparatado del Santo Pa-

triarca. Y agrega que, al día siguiente, preocupado por lo misterioso y raro de este sueño, lo comunicó al P. Antonio Araoz (religioso de mucha virtud y catamarqueño, como él, que también fué a Tarija, algunos años antes, en busca de retiro y vida más perfecta), quién le manifestó, a su vez, que también él había tenido esa noche el mismo sueño, con la sola diferencia de que no recordaba quién fué el predicador, que ciertamente estuvo bravo y terrible, aun después que quedó solo en el púlpito, no acabando de comprender como hubiese tanto entusiasmo en un orador sin oyentes; terminando por decirle: "que no se debe creer mucho en los sueños, pero que conviene guardarse y era de parecer que convendría cambiase el tema y modificase la forma".

El epílogo fué una formal resolución que hizo de dedicarse, en lo sucesivo, a la predicación sencilla del Evangelio y de las grandes verdades de nuestra santa religión, intercalando siempre alguno sobre la misericordia de Dios.

Con esto queda suficientemente ex-

plicada la visible transformación que se operó en su clásica oratoria, y que muchos, sin conocer la causa a que obedecía, atribuyeron a cierta "decadencia literaria" del gran orador argentino, el cambio brusco de su oratoria grandilocuente de otrora.

***

Ejercitándose por primera vez en este nuevo género de predicación adoptado, predica, en Tarija, la Cuaresma del año 1863, que con anticipación de varios meses habíale encomendado el P. Guardián del Colegio de Misiones. El mismo pondera las inmensas dificultades que tuvo que vencer, haciendo y deshaciendo planes y borradores, estudiando, orando y meditando, hasta amoldar su estilo a este para él nuevo género de predicación, "a causa — dice — de no haberse ejercitado nunca y por falta de sólida instrucción". Y tanto trabajo le costó la preparación de esa serie de sermones, que confiesa él mismo que, de no habérselo encomendado el Prelado, cuya voluntad era siempre para él un verdadero mandamiento, los habría renunciado "Lar

go tiempo estuve vacilando — dice — sobre el tema que debía desarrollar, oré, consulté con varones doctos, hice una Novena al Patriarca S. José (aquí fué lo del sueño), me encomendé al Arcángel S. Miguel y a mi Padre S. Francisco, y sobre todo, a mi Abogada la Sma. Vírgen". Estudió para ello los Comentarios de S. Juan Crisóstomo, de Sto. Tomás de Aquino, de S. Agustín y de S. Bernardo, y además las "Instrucciones para el púlpito" del P. Luis de Granada.

Que la predicación saliera buena o mala, él no lo dice; pero sabemos por testimonios de otros que, desde el día que se lo escuchó en los púlpitos de Tarija, y más tarde en La Paz, en Sucre, en Potosí y en las principales ciudades de Bolivia, el entusiasmo de los oyentes, corriendo parejas con la compunción del auditorio, fué siempre *in crescendo* hasta adquirir, en muy corto tiempo, el renombre de "famoso predicador del Evangelio".

"Durante cinco Cuaresmas — dice uno de sus biógrafos — la República de Bolivia pudo apreciar en el P. Esquiú al verdadero "misionero" de la

palabra evangélica, no menos que al erudito y profundo expositor de la Santa Escritura... Hubo sermones que fueron un verdadero acontecimiento social" (Fr. M. A. González). Y el Dr. Mariano Baptista, literato y hombre de letras de Sucre, haciendo elogio de los sermones del P. Esquiú, decía, por este tiempo, estas formales palabras: "Tenemos en América un orador de más talla y más ciencia que el P. Jacinto (Loyson), a quién he escuchado varias veces en París. En el P. Esquiú hay más doctrina, más fondo, más reflejo de la verdad que enseña... Me felicito — concluye diciendo — por el señalado favor que hace a los bolivianos, residiendo en este país y edificándonos con sus luces y sus virtudes".

CAPITULO X

Continúa la materia del Capítulo anterior — Práctica de virtudes. — Humildad. Mortificación. Oración. — Estudiando y meditando. — Enseñando Teología. — En el Seminario de Sucre. — "El Cruzado".

Hemos visto en el Capítulo anterior

las resoluciones tomadas por el P. Esquiú, de ejercitarse decididamente en la virtud y de dedicarse de lleno al estudio de la Sagrada Escritura y ciencias eclesiásticas: veremos en este cómo cumplió sus propósitos. Para proceder con más claridad, trataremos primero del ejercicio de las virtudes particulares que comprendía ese su primer programa de perfección, que eran: *la oración, la mortificación y ejercicio de la humildad*, junto con una guerra a muerte que declaró al orgullo, que fué para él el *angelus satanae* de que habla el Apóstol S. Pablo, y por eso mismo al que más combatió y resistió hasta dejarlo aniquilado.

En seguida veremos los estudios a que se dedicó durante los primeros años de su permanencia en Tarija, que fueron años de silencio y meditación, sí, pero tan fecundos en virtud y en el estudio de las ciencias, que de allí salió dispuesto y en condiciones de ser el verdadero maestro del Evangelio, la sal de la tierra y la luz del mundo, iluminando y edificando a todos con su virtud y ciencia.

Trataremos de comprobar el ejerci-

cio de sus virtudes especialmente, con palabras y testimonios tomados de su "Diario de Memorias", ya por ser el documento más autorizado y auténtico de cuantos pudiéramos aducir, ya porque en él se nos muestra, como en fiel espejo, el estado progresivo de su alma en la conquista espiritual de la santidad, que fué siempre el ideal de toda su vida y el norte fijo de todas sus acciones y pensamientos.

***

Propósitos y ejercicios de Humildad: En Septiembre del 62 escribe en su "Diario": "Copié el examen particular sobre la virtud de la humildad con ánimo de ejercitarme en él; pero he conocido que el exceso de un vicio, de una pasión, cuando rebosa en las palabras, obras y pensamientos, hace casi imposible su exámen particular, a lo menos así me ha sucedido: la misma muchedumbre de faltas hace muy difícil su conocimiento, y si esto es en sí tan grave como el conocerse a sí mismo, resulta que uno debe buscar otro camino, desenmarañar esta horrible

madeja de una vida de pecados, de disipación y de contínuas traiciones al Señor, de una vida en que, más que en la de ningún otro, se ha verificado aquélla sentencia del Espíritu Santo: *Vir duplex animo, inconstans est in omnibus viis suis.*

"¿Qué hacer, pues, para curar esta veleidad del corazón y tinieblas del entendimiento? *Oración y mortificación.* Ambas cosas se pueden recoger a manos llenas en esta santa casa; pero es menester *querer y amar* el ejercicio de estas virtudes, y este amor se conocerá que hay cuando no solo se aceptan con buena voluntad las mortificaciones y oraciones comunes, sinó que se añaden algunas otras, especialmente la mortificación de la propia voluntad y la contradicción de los sentidos en algunas vagatelas, que en mí tienen y han tenido siempre un poder increible: el deseo de pitar, de tomar mate, es tan poderoso por lo imbécil y sensual de mi espíritu, que da al traste con los ejercicios espirituales más provechosos, por no decir, con obligaciones muy sagradas.

"Para poder llegar al fundamento

de la humildad, debo abrirme siquiera una senda, ejercitándome en debastar algo de esta vida animal y amor propio que han reinado en mí, sin hacerles nunca una contradicción seria... Dios, a cuya gracia debemos este buen deseo, perfeccionará también su obra de infinita misericordia. Alabado sea por todos los siglos!''.

Al fin del año 1862, que es en el que principió verdaderamente a ser todo un "religioso de espíritu", tiene esta nota: "El año que ha pasado es el exponente de un tristísimo vacío de buenas obras; pero me consuelo diciendo al Señor: *Melior est misericordia tua super vitas*".

Noviembre de 1863.—"Domingo primero de Adviento. La Santa Iglesia convida a todos sus hijos a preparar los caminos del Señor que viene. Alma mía, prepara al suavísimo Señor un pesebre en que no haya las asperezas de la destemplanza, las durezas del orgullo y los desafueros de conversaciones y pensamientos terrenos. — Mortificación, humildad y silencio: pidiendo al Señor estas tres virtudes, que lo aficionen a la pobre morada de mi corazón,

propóngome asistir a la Santa Misa todos los días del Adviento, devoción en que he sido muy remiso. Jesús, José y María, el corazón os doy y el alma mía''. Hed ahí cómo se prepara a celebrar el Adviento en espera del gran misterio del Nacimiento del Hijo de Dios.

El 6 de Enero de 1864, en el examen que hace, trae esta nota: "Hoy no oí misa. Cuanto más beneficiado, más ingrato!" — Hacía tiempo que sufría desvanecimientos de cabeza, a causa — a lo que creemos — de los contínuos ayunos y exceso de trabajo, como lo insinúa en otro lugar; — lo que no obsta para que él se enrostre esa falta como una monstruosa ingratitud para con Dios, en vista de que, con algún sacrificio, pudo hacerlo.

Preparándose, en otro lugar, al estudio de las Santas Escrituras, cita a S. Agustín, que dice: "Tres cosas se necesitan para estudiar con provecho las Sagradas Escrituras: *Humildad, humildad y humildad''*, él toma nota de esa máxima y la pone por lema y por base de sus estudios.

***

Mortificación: Examen y propósitos. "Me mortificaré — dice en su "Diario" — Septiembre de 1862 — en las cosas y ocasiones que se me ofrecen sin andarlas yo a buscar, ora vengan de parte de Dios, o por medio de nuestros prójimos y hermanos, o por cualquier otra vía, procurando llevarlas bien y aprovecharme de ellas. De parte de Dios: enfermedades, tentaciones, trabajos, repartimiento desigual de dones, ya naturales, ya sobrenaturales, luchas de mi malicia contra los beneficios divinos, cuando no son conformes a mi gusto. De parte de la obediencia: cuando me parece que a mí me mandan lo más trabajoso, cuando en el oficio hay algo que da particular trabajo y mortificación, la comida, el vestido, el aposento. De parte de los hermanos y prójimos: cualquier encargo de éllos, sus desestimaciones, sin culpa o con culpa. Las impertinencias, ignorancias y torpezas llevarlas con dulzura, principalmente en el confesonario. La modestia en los ojos y en la lengua, no hablando sin ser preguntado, o sin alguna razón de caridad o justicia".

Véase ahora cómo pone en práctica

esos propósitos de mortificación: es un caso bien sencillo, entre muchos que pudiéramos citar. Dice en su "Diario" "Septiembre 7.—Hoy, a las 10 de la mañana, recibí cartas de Salta, la letra es de mi hermano Odorico... Pensaba llevar adelante mi resolución de cortar toda relación epistolar que el deber no exigía. Si este mi bienhechor, mi mejor amigo, el más excelente hermano, no me hubiera escrito, me era más fácil mantener mi triste silencio; pero repitiéndome su reclamo, como creo que hará en esta, *del cabal derecho que tiene a mis palabras,* ¿qué haré yo?... ¡Madre mía, hoy y mañana, día de tu venturoso Nacimiento, estará en tu presencia esa querida carta! Inspiradme lo que deba hacer, y purificadas mis penas de todo defecto y sabor terreno, ofrecedlas a tu Hijo Santísimo, mi Señor y mi Dios". — Al día tercero: — "9, Martes. A mi Madre Santa Ana creo deber el gran beneficio de haber venido a esta Casa. En reverencia de ella y como un pobre parabién del nacimiento de su Hija, la Madre de Dios, pongo en su presencia la carta de mi hermano". Al día

siguiente, 4º ya del en que ha recibido la carta: "Miércoles 10. Hoy está ante el acatamiento de mi abogado el Patriarca S. José, la carta de mi hermano". Pasa otro día: "11, Jueves. Abrí la carta de Odorico, y encontré cartas de Rosa, de Justa, de Marcelina (sus hermanas). Con la lectura, mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Las contestaré? — En este correo, nó; ¿después,— Lo pensaré".

Nos hemos detenido en transcribir íntegro este pasaje que parecerá un detalle insignificante a los ojos humanos, pero que, en realidad y verdad, es un hilo. sutil pero muy valioso, de los que forman la dorada trama de la vida espiritual y mortificada de un varón santo: es el *quotidie morior* de la perpetua inmolación por Jesucristo. Esto tiene mucho de semejante con lo que se cuenta en la vida de los santos, que hacían actos de mortificación hasta en las cosas más inocentes, como un S. Andrés Avelino que al comer un huevo, hizo hasta siete actos de mortificación.

Más adelante nos refiere el mismo P. Esquiú, cómo el P. Comisario hubo de imponerle el precepto de obediencia

para que escribiera a su hermano Odorico, quién, habiéndole escrito repetidas cartas y no hubiese obtenido contestación alguna, se dirigió, justamente alarmado, al P. Comisario, preguntándole si se encontraba enfermo su querido Mamerto, pues su silencio le hacía suponer que algo grave le ocurriese y no se lo quería comunicar. Y ese "algo grave" era, sin duda, la recia batalla en que se hallaba empeñado contra toda afición terrena, conforme a la aspiración del Salmista, que había colocado, a guisa de lema, al frente de su "Diario de Memorias": *Quid enim mihi est in coelo, et a te quid volui super terram? Defecit caro mea et cor meum, Deus cordis mei, et pars mea, Deus in aeternum!* — "¿Que hay para mí en el cielo? ¿Y fuera de Tí, qué he amado sobre la tierra? Desfalleció mi carne y mi corazón; y mi herencia única y para siempre es Dios" — Sal. 75, vv. 25 y 26).

Y si de este procedimiento usaba en la comunicación con sus hermanos, añadiendo tan prolijas mortificaciones a su deseo natural, ensanchado y estimulado por la ausencia, de leer y

devorar sus cartas, ¿qué decir de otra clase de comunicaciones, y qué diversos géneros de mortificación se impondría diariamente en su vida de contínua inmolación? Sin embargo, no hemos encontrado constancia de que hiciera grandes y extraordinarias penitencias, tales como disciplinas sangrientas, cilicios continuados u otra clase de maceraciones exteriores. Muy creible es que, en ciertos casos especialmente, pusiera en práctica ese género de penitencias, pero es muy probable que no fueran de práctica diaria, limitándose a ese otro género de mortificación, consistente en contrariar toda inclinación natural o afecto terreno: mortificación esta, tanto más meritoria cuanto menos ruidosa, y tanto más difícil cuanto más prolija y continuada. Por otra parte, el cumplimiento exacto y ejemplar de su Regla, Constituciones y disciplina diaria de Comunidad, con todos sus contínuos ejercicios de mortificación y penitencia, son ya, según doctrina corriente, título y razón suficientes para canonizar a un santo. Y si a esto se agregan todas las mortificaciones y sacrificios

que se impondría en sus contínuas giras apostólicas de misiones y catequización de infieles, en el oficio que periódicamente y con sobrada frecuencia le tocaba de pasar meses enteros aislado en el Lazareto que atendían los Misioneros de Tarija como Capellanes; se comprenderá que nunca le faltaron motivos ni oportunidad de ejercitarse en la mortificación y penitencia, aun suponiendo que él, por sí mismo, no practicase actos extraordinarios de maceración corporal: — lo que es una simple suposición, que no pasa de una hipótesis.

***

Ejercicios de Oraciones y prácticas piadosas. Como en todos los santos y varones espirituales, fué la oración en el P. Esquiú la piedra de toque de su virtud, el "pan de cada día" que alimentó siempre su piedad, su consuelo, su fortaleza y su vida, la que le abrió las puertas de la ciencia y fué el arma poderosa que le dió el triunfo sobre sus pasiones y le conquistó las grandes virtudes religiosas, que siempre se vie-

ron como encarnadas en él, pero muy particularmente la virtud de la humildad, que fué la virtud característica de su vida.

Si quería estudiar, su libro principal era la oración; si tenía que predicar, su preparación primera y última era la oración, su recurso a Dios, a la Sma. Virgen, a la que llama siempre "su Abogada", a S. José, a S. Francisco, etc. Desconfiadísimo de sí mismo, toda su confianza la pone en Dios y en la intercesión de María Sma. y de los santos, sus bondadosos medianeros. En todos los trabajos, vacilaciones y aflicciones especialmente, redoblaba sus oraciones, hacía novenas, largas meditaciones sobre las ordinarias y obligatorias, pedía oraciones a otros religiosos y almas espirituales y practicaba casi diariamente el Via-Crucis y otras devociones que diremos luego.

Fué, verdaderamente, un "hombre de oración", que siempre la practicó con el espíritu y diligencia de un religioso espiritual, con la piadosa devoción de los varones justos y perfectos. Es testimonio unánime de todos los religiosos que han vivido con él, que "era

diligentísimo, devotísimo, piadosísimo en la oración"; que, además de la común a que asistía la Comunidad, practicaba muchas otras devociones: visitas diarias al Smo. Sacramento, Corte de María, Novenarios a la Sma. Virgen, y S. José y a muchos otros santos de su particular devoción, devociones a las que agregaba siempre largas meditaciones y actos de humildad y de mortificación. Y todo esto se halla en perfecto acuerdo con las anotaciones que trae en su "Diario", especialmente cuando hace los exámenes de conciencia y se enrostra su inconstancia, su tibieza y su ingratitud para con Dios, por tales y cuales faltas en la oración y devociones diarias que practicaba.

Cada mes elegía un Patrón especial, y lo eran, generalmente: La Sma. Virgen, bajo diversas advocaciones, el Patriarca S. José, el Arcángel S. Miguel, el Angel de la Guarda, S. Francisco, S. Antonio, S. Buenaventura, Sto. Domingo, Sto. Tomás de Aquino, Santa Clara, Santa Teresa de Jesús y algunos otros; y luego una consagración, oración y algún acto de mortificación

especial dedicado al santo cuya fiesta se celebraba ese día.

El *Piíssima*, o sea el Manual de alabanzas y oraciones en honor de la Madre de Dios, no se le caía de las manos, y se había impuesto la obligación de rezarla todos los días al igual que el rezo del Oficio Divino, y se acusa como un "ingrato" y un "hombre tibio y relajado" por haber omitido un día esa obligación puramente superorogatoria, que lo era generalmente cuando se encontraba dando misiones o tenía exceso de trabajo.

Otra devoción voluntariamente tomada y practicada, los domingos, era el rezo de las tres partes del Rosario, y se acusa de ser demasiado tibio y negligente cuando alguna vez lo omite.

Al fín de cada mes hacía siempre su "balance espiritual" o examen general de conciencia, seguido de la confesión dolorosa de sus culpas y propósitos de enmienda. Tomamos de su "Diario" lo siguiente: "31 de Mayo de 1866. "El santo mes de Mayo, en que me propuse la observancia de mis antiguos propósitos, ha pasado lleno de muchas faltas que aquí las confieso·

1º apenas he hecho alguna vez y no siempre la lectura espiritual; 2a las tres partes del Rosario en los domingos no sé si alguna vez he rezado; 3a. cinco o seis veces he faltado al *Piissima*, una a la devoción de S. José y más de dos o tres a la visita del Smo." (otra de sus devociones diarias). El exámen es, pues, una verdadera confesión de sus culpas, acompañada del dolor y el propósito de enmienda: es, por tanto, el mejor termómetro para conocer la conciencia y el alma del P. Esquiú. Nótese que en este tiempo vivía en el Seminario Arzobispal de Sucre con la licencia de sus Superiores, y por quedar muy lejos el Convento de Padres Recoletos Franciscanos. Dictaba varias cátedras en el Seminario y trabajaba mucho en el púlpito, confesonario y en predicar ejercicios a diversas casas religiosas, por pedido del Sr. Arzobispo, al que ayudaba también, y no poco, en el despacho de asuntos eclesiásticos, como consultor y consejero de su entera confianza; y hasta en gestiones importantes que tuvo que hacer, por ese tiempo, ante el Gobierno de la Nación, allá fué el P. Esquiú, que tenía

fama de saberse abrir todas las puertas.

El 31 de Octubre tiene esta nota: "Este mes principió regularmente y acabó con mucha tibieza". Esta es una de las notas menos humillantes que ha dejado escritas en su "Diario", que es una especie de confesión pública de sus culpas, con intento de confundirse y humillarse más.

Dejando día por medio se confesaba generalmente, y a veces con más frecuencia, según el caso. Mientras vivió en Tierra Santa se confesaba, de ordinario, todos los días.

***

Con respecto al estudio de las ciencias, que inició con todo empeño, diligencia y método, desde el día en que llegó al Colegio de Tarija, diremos, siguiendo sus huellas a través de su "Diario de Memorias", que tan pronto como pudo tener acceso a la Biblioteca del Colegio, que estaba provista de muy buenos libros, especialmente en materia de Escrituras Sagradas y ciencias eclesiásticas, como lo testifica

el mismo P. Esquiú, se entregó al estudio con unas santas ansias de aprender y profundizar esas ciencias, que toda ponderación es poca. Pesaroso del tiempo "pasado en la vaciedad de una vida de holganza y disipación", como él dice, y avaro del tiempo presente, "que marcha con rapidez vertiginosa", según su expresión, penetra en la Biblioteca conventual, abre los grandes enfolios de la Biblia, los Comentarios de S. Juan Crisóstomo, de S. Gregorio, de S. Agustín, de Sto. Tomás, de Cornelio Alápide, del P. Luis de Granada, del P. Ráulica, de Sto. Tomás de Villanueva, etc., etc. Más que leer, los devora, los medita y compara, toma apuntes, hace observaciones y comentarios. . . ; y de todos ellos, con ese su talento prodigioso, extraordinario, extrae, como la paciente abeja, lo mejor y más profundo de las verdades, enseñanzas y doctrina que contienen las Divinas Escrituras y los Santos Padres, para formar de todos ellos el abundoso y riquísimo panal de su ciencia y erudición, admirables y sorprendentes, de las Santas Escrituras y Patrología, que muy pronto lo mos-

traron al mundo como la preparación más sólida y más vasta que ha florecido en América, en materia de ciencias teológicas y eclesiásticas, durante el siglo XIX.

Por este tiempo estudiaba también, aunque ya lo hiciera antes en Catamarca, a S. Ligorio y a Scavini, en materia de Moral, al P. Alonso Rodriguez, a S. Buenaventura y la Imitación de Cristo (a esta se la aprendió de memoria), para penetrarse más en la Mística Teología. A. S. Agustín, en su libro incomparable *De Cathechizandis rudibus,* al P. Ventura Ráulica, en sus "Sermones y Homilías", a S. Juan Crisóstomo, al que dice va a imitar para hacerse "predicador", al P. Luis de Granada, al que llama "su Maestro de oratoria": a todos estos autores estudiaba y algunos otros, para prepararse — según decía — convenientemente a la predicación.

De todo toma nota y compara autores y confronta opiniones, y hace comentarios: *comentarios que no siempre deben tomarse como su opinión propia y decisiva,* pues en muchos pasajes de sus "Memorias", encontra-

mos rectificaciones hechas por él mismo sobre diversas opiniones y comentarios apuntados anteriormente, con lo cual se demuestra que esos "Apuntes", lejos de formar un tratado completo, no pasan de la categoría de "simples anotaciones" tomadas a la ligera y para su uso particular sobre lo que iba estudiando y leyendo, y que, de habérsele ocurrido que esas "Memorias" podrían, alguna vez, darse a la imprenta, las habría, sin duda, corregido y escrito de nuevo, o quizás, con más seguridad, entregado a las llamas.

Con todo, y a pesar de esos defectos apuntados, hemos de convenir en que ellos constituyen un tesoro inapreciable, en cuanto nos muestran el camino que hubo de recorrer con tesonero afán, para llegar a ser lo que fué en materia de estudios y de ciencia, esto es, un verdadero sabio; y pensamos que no de otra manera es cómo se debe estudiar y luchar, si se aspira a ser algo más que una vulgaridad o medianía en materia de ciencias. Esos apuntes, más que todo, nos dan un "método" de estudiar con provecho para adquirir co-

nocimientos sólidos sobre cualquier ciencia, a la evz que nos explican el "modo" y "manera", prolijos y laboriosos, cómo el P. Esquiú llegó a ser toda una autoridad científica.

Y como al estudio acompañó siempre la oración y la humildad, no es de extrañar que Dios, que es "el Señor de las ciencias" — como lo llaman los Libros Santos — y se complace en comunicarla a los humildes, al decir del Evangelio, haya acrecentado la luz de su inteligencia, que ya naturalmente era mucha, y le haya infundido, en parte, la ciencia que brilla con fulgores de astro en sus sermones y pastorales de valor inapreciable.

Pondremos fín a este Capítulo, que ya va resultando largo y acaso algo pesado, aunque muy sabroso, por efecto de las transcripciones que hemos debido hacer, agregando la resolución, especie de *Programa*, que trae el mismo P. Esquiú, en Abril de 1863. Dice así: "Estudio y Lectura: el Evangelio de N. S. Jesucristo según S. Mateo. — Método: tomo de memoria Capítulo por Capítulo, y sobre cada uno, leo a Alápide, Sto. Tamás y S. Juan Crisósto-

mo; consultaré a S. Agustín: — Fin: emplear bien el tiempo y consagrar a Jesucristo los restos tristes de las potencias que su Bondad me dió y que las he consumido en la vanidad y disipación". (Nótese la *humildad* de esa confesión postrera). "A estos estudios añadiré la lectura de las obras de S. Buenaventura, y en los domingos, los Sermones de *Témpore* de Fr. Luis de Granada y las *Homilías* del P. Ráulica. *De Imitatione Christi* un Capítulo por la mañana y otro, a la suerte, por la tarde. Pido a mi Señor Jesucristo que por la intercesión de María Santísima y de San José, me dé gracias para cumplir este propósito, que su infinita misericordia me lo ha inspirado".

***

Año de 1863. — Julio 16. — Comienza a dictar las Cátedras de Teología Dogmática y Moral, en el Colegio de Tarija, a los Hnos. teólogos. Cuando se le propuso, trató de escusarse alegando ignorancia e incapacidad (de Catamarca llevaba ya el título de Lector en Sda. Teología); pero como el Pre-

lado le manifestase que esa era su voluntad, al punto aceptó el nombramiento y se entregó de nuevo al estudio de la Teología Dogmática y Moral, tomando por texto de la primera a Perrone y por libro de consultas a Melcher Cano, y de la Moral a Scavini, y libro de consultas a S. Alfonso de Ligorio. También dictó Derecho Canónico por Vecchiotti.

1864. Mayo. — Por pedido del Sr. Arzobispo de La Plata, Mons Puch y con permiso de sus Prelados, pasa a Sucre a enseñar Teología en el Seminario Metropolitano, donde permaneció por espacio de ocho años, hospedándose a veces en el Convento de Padres Recoletos y por tiempos, especialmente en verano, en el Seminario, con licencia de sus Superiores y en vista de las dificultades que ofrecía el alojamiento en el Convento, por estar muy distante del Seminario, al otro extremo de la ciudad.

1868. Septiembre 15. Funda en Sucre "El Cruzado", primer periódico católico de Bolivia, cuya acción respondía verdaderamente al nombre; pues realizó una "cruzada" por de-

más eficaz y benéfica, en defensa de la fe de Jesucristo, defendió con denuedo los derechos del Pontífice en la cuestión romana y estimuló entre los fieles la obra piadosa del óbolo de S. Pedro, destinado a aliviar la situación penosa en que quedó el Romano Pontífice, a raiz de la "Unidad Italiana" y la invasión garibaldina. Pío IX le envió un *Breve* muy elogioso y la Bendición Apostólica por la obra tan piadosa y cristiana que realizaba.

CAPITULO XI

Su patria no pierde de vista al peregrino. — Es elegido Arzobispo de Buenos Aires. — Renuncia y fuga. — Espíritu y causas que la motivaron. — Enseñanzas saludables. — Se le acepta la renuncia y se elige Arzobispo a Mons. Aneiros. — Años más tarde.

La vida retirada y oculta que, con toda satisfacción de su alma humilde, llevaba el P. Esquiú en el Colegio de

Tarija, no podía durar mucho tiempo; pues sus mismas aptitudes y dotes extraordinarias de virtud y ciencia lo llamaban doquiera o acupar un puesto elevado y culminante entre las personalidades más distinguidas y destacadas del Clero. Así fué que, primero en el Seminario Metropolitano de Sucre, luego en la fundación y dirección de "El Cruzado" y siempre en la cátedra sagrada, su personalidad se destacaba cada día con nuevos y más perfilados relieves, hasta llenar bien pronto, con la fama de su nombre, toda la América del Sud.

La República Argentina, que aún lloraba su alejamiento incomprensible e inexplicable para la vulgaridad, lo seguía con los ojos fijos en él, a través de su obscuro peregrinaje por las soledades de Tarija, y luego saltó de gozo cuando lo vió resurgir de la soledad de su escondite y derramar de nuevo los fulgores de su vasta inteligencia, enriquecida con nuevos tesoros de ciencia y de virtud, desde los primeros púlpitos de la República boliviana.

Junto con el orador resurgió el ave-

zado periodista católico, que desde las columnas de "El Cruzado", lanzaba al mundo este grito ardiente de fe: "Sucumbir, después de haber pronunciado el nombre adorable de Jesucristo, es ya la más noble corona a que puede aspirarse!..."

***

Por fallecimiento del Arzobispo Escalada, que murió en Roma el 28 de Julio del año 1870, y dejó vacante la silla arzobispal de Buenos Aires, diversos nombres de sacerdotes y prelados distinguidos se barajaron en las columnas de la prensa bonaerense y se prestigiaron sus candidaturas, con el interés y el entusiasmo que la importancia de tan alto cargo inspiraba. Pero, a pesar de los méritos indiscutibles de los candidatos que desfilaron por las columnas del periodismo y se prestigiaron en los círculos sociales de la gran Capital porteña, hubo un nombre que surgió sin ruido y sin más recomendación que el de sus altas e indiscutibles virtudes: nombre que, al decir de uno de sus biógrafos, se pre-

nunció por alguno de los concurrentes en los funerales mismos del Arzobispo Escalada: fué el nombre del P. Esquiú, ausente de su patria desde hacía diez años. Y este nombre, pronunciado al principio con cierta timidez, fué desalojando a todos los candidatos restantes, hasta encarnarse de lleno en la conciencia de todos los argentinos. Así fué que el Senado de la Nación, reunido en sesión el día 22 de Agosto del año 1872, elegía como primer término de la terna para llenar la vacante arzobispal, al P. Esquiú, siendo el 2º Mons. Federico Aneiros.

El 27 del mismo mes el P. Ejecutivo Nacional, que lo desempeñaba D. Domingo F. Sarmiento, firma el Decreto que manda sea presentado el P. Esquiú al Romano Pontífice en solicitud de su canónica investidura. El 28 de Agosto, el Ministro de Culto, que lo era el Dr. Nicolás Avellaneda, gran admirador de la ciencia y virtud del P. Esquiú, le comunica la designación y felicita por élla. El día 30 le envía su saludo y felicitación el Obispo Aneiros, que era Vicario Capitular y Gobernador de la Arquidiócesis, en Sede

Vacante. Esta fué la felicitación "oficial" eclesiástica de la Iglesia Metropolitana.

El 4 de Septiembre le trasmite sus votos de felicidad y congratulación el Presidente Sarmiento, agregando que "era un gran admirador de sus virtudes y ciencia": fué la felicitación oficial del Gobierno civil. Y luego de todas las Provincias Argentinas, y en particular de Catamarca, le llovieron felicitaciones y parabienes por su honrosa y justiciera designación, a la vez que el Obispo de Cuyo, Mons. Achával, "su querido Maestro y padre" — como él se complacía en llamarle — junto con enviarle sus más cordiales felicitaciones, se ofrecía a ser su consagrante e imponerle el Palio de su dignidad. A esas felicitaciones tan espontáneas como sinceras se unió también la Comunidad franciscana de Tarija, que se honraba de contarle como suyo, en atención a su incorporación de misionero, la de Catamarca que lo formó y las de los Conventos restantes de la República Argentina, que lo consideraban como el hijo más prestigioso y digno de la Provincia franciscana del

Río de la Plata. También el Sr. Arzobispo y el Clero de Bolivia le expresaron, en forma elocuente y muy honrosa, sus votos de congratulación, al mismo tiempo que lamentaban la separación definitiva del "varón justo y sabio, que con su virtud y ciencia había avivado la antorcha de la fe y estimulado con sus ejemplos la caridad y la acción católica"

Pocas candidaturas habrán despertado un interés más universal y producido un movimiento de opinión más espontáneo, como lo fué la del P. Esquiú, en quién todos reconocían cualidades superiores de ciencia y de virtud verdaderamente excepcionales, que lo hacían merecedor de la alta dignidad a que lo llamaban sus conciudadanos, no obstante el movimiento de emulación que surgió luego en un reducido círculo del Clero porteño, en favor de la presentación de Mons. Aneiros, y que fué una de las causas que lo decidieron a renunciar y eliminarse totalmente de su candidatura, como veremos luego.

***

En Sucre se encontraba a la sazón el P. Esquiú, dictando sus cátedras en el Seminario Arzobispal y dirigiendo, a la vez, la publicación de "El Cruzado", que lo constituyó en apóstol periodista, sufriendo por esta causa los ataques violentos e injustificados del periódico liberal y anticristiano "El Tren", cuando lo sorprende la llegada del inesperado decreto del Ejecutivo Nacional argentino, que le comunicaba su designación para desempeñar la dignidad de Arzobispo de Buenos Aires y pedía su aceptación para dar trámite a las negociaciones de práctica ante la Santa Sede, al efecto de obtener la investidura canónica correspondiente.

Lleno de temor y temblor en presencia de tan alta dignidad, su conciencia timorata se conturba, y su alma tan humilde se llena de pavor y espanto, mientras su mente ilustrada y luminosa le hace ver y medir el inmenso peso de las grandes responsabilidades que trae consigo tan elevado cargo: gime, llora, hace oración y toma consejos, y trata de ganar tiempo para meditarlo con madurez antes de decidirse a tomar una resolución, que pudiera gra-

var su conciencia o perjudicar los altos intereses católicos, que estaban vinculados a su aceptación o renuncia. Pero como la respuesta urgía y había que contestar algo de inmediato, se limita, en el primer momento a acusar recibo de la nota y decreto, añadiendo que, como se trataba de un asunto tan grave y trascendental, tenía necesidad de meditarlo bien y consultar el caso antes de decidirse. Esto ocurría a mediados de Octubre del año 72.

Luego, con fecha 12 de Diciembre del mismo año, envía al Presidente argentino, por medio del Ministro de Culto, su contestación definitiva, haciendo en ella "formal, deliberada e irrevocable renuncia de la dignidad arzobispal, que tan benóvolamente y sin mérito alguno de su parte — dice — se le ofrecía", agregando que había tomado esa resolución "por el amor a mi Patria bien entendido y por mis deberes con Dios y su Iglesia": y termina diciendo que, con esa fecha, se retiraba de Bolivia a un país lejano, con el visible propósito de que no se insistiese. Ni aún los empeños interpuestos por el Arzobispo de La Plata

y de otras personalidades, cuya influencia se había oportunamente solicitado en el sentido de hacerlo aceptar la dignidad, fueron parte a hacerlo desistir de la resolución tomada.

Parece que la demora en contestar (cerca de dos meses), más que a vacilaciones de su parte obedecía al pensamiento que tuvo desde un principio, de alejarse de Bolivia a fín de evitar nuevas instancias, a la espera de las licencias que había solicitado de sus Prelados para emprender viaje de incógnito hacia otros países, que no quería se supiese cuales fuesen, ni aún el itinerario que pensaba seguir...

¡Oh gran Esquiú! ¡qué ejemplo de humildad nos dejas en tu renuncia y fuga a los honores que reporta una dignidad tan grande y divina! ¡Tu conducta edificante involuntariamente nos traslada a los tiempos apostólicos y a los siglos de oro de la fe, en que los varones santos iban huyendo de las dignidades por considerarse indignos de llevar sobre su frente una corona tan sublime y divina! ¡Esa lección tan bella de humildad habla tan alto a la conciencia cristiana más y mejor aún

que los raudales luminosos de su prodigiosa elocuencia de orador! ..

La renuncia del P. Esquiú fué comentada largo tiempo y en diversos tonos por la prensa argentina y por los hombres políticos e intelectuales de Buenos Aires; pero todos reconocían en el distinguido renunciante un gran fondo de humildad, teniendo en cuenta los antecedentes que lo acreditaban como tal, si bien no acertaban a dar con la "razón suficiente" de tal decisión. Quizá el Dr. Rawson se acercó más a la verdad cuando, al leer y meditar esa renuncia, dijo: "que era necesario leerla, volverla a leer, y guardarla en seguida para tenerla presente en algunas ocasiones de la vida". Y ¿qué extraño que causara admiración y sensacional extrañeza, cuando aún hoy día, después de más de cincuenta años, se la comenta, se la admira y se la exhibe como el modelo más elocuencia de humildad, de prudencia y de cristiana discreción?....

Pero lo que entonces no se comprendió suficientemente, el tiempo, gran revelador de los misterios de la vida, ha venido a descorrer el velo y darnos a

conocer las verdaderas causas que motivaron esa renuncia: causas todas que comprueban una vez más y ponen de relieve las grandes y sólidas virtudes de humildad y prudencia que decidieron esa actitud en este varón justo y admirable por tantos conceptos, a la vez que vienen a demostrarnos que la humildad — hoy tan desconocida y despreciada — tiene siempre, en su base, un gran fondo de razón y justicia, que no todos alcanzan.

Esas causas fueron dos, y son las que expone el mismo P. Esquiú, en la carta íntima que escribía, desde Tupiza, con fecha 4 de Enero de 1873, a "su antiguo Maestro y Padre", el Ilmo. Obispo de Cuyo, Mons. Achával, que se le ofrecía para consagrarlo Arzobispo e imponerle el Palio,—carta en que le decía, hablándole de las causas que lo impulsaron a elevar su renuncia: "Abrumado de pecados e ingratitudes contra Dios, tiemblo y me estremezco a la consideración de la cuenta que me pedirá el Señor de mi ministerio sacerdotal, tantas veces profanado; y si después de esto, aceptase un ministerio todavía más sublime y divino que

aquél, el fruto de la aceptación sería le desesperación, en cierto modo, de mi salud eterna".

Este reconocimiento de su indignidad para el cargo y el no sentirse llamado por Dios, después de la oración que hizo y de pensarlo bien, es precisamente la esencia misma de la humildad y de la obediencia incondicional que debemos a Dios. Se dirá: ¿pero es que Dios no lo llamaba? Así debemos creerlo, cuando vemos que él, después de largas y continuas oraciones, encaminadas a interrogar la voluntad del Señor, sacó en conclusión que "no era llamado por Dios a desempeñar ese cargo divino; que lejos de sentirse llamado a él, se sentía rechazado *por faltarle la irreprensibilidad* que requiere el Apóstol para ascender al Episcopado, y que, sin ser llamado por Dios. esa aceptación importaría una abierta rebelión a la voluntad divina...: todo lo cual expresa admirablemente en su nota-renuncia, que eleva al Exmo Gobierno de la Nación.

Esto mismo se confirma todavía más por el hecho posterior, cuando fué designado para la Silla Episcopal de

Córdoba, que también renunció — lo que viene igualmente a confirmar su humildad y su no aspiración a ocupar puestos encumbrados —, pero que, habiéndosele manifestado por el Nuncio Apostólico que "era la voluntad del Santo Padre que aceptase esa dignidad y fuese Obispo de Córdoba", respondió sin titubear: " Si el Santo Padre lo quiere, Dios lo quiere: hágase su santa volntad".

¡Oh, si siempre, para aceptar las prelacías eclesiásticas, sobre todo, se consultase la voluntad de Dios en el retiro de la oración, como lo hizo el P. Esquiú, con la santa indiferencia de los varones perfectos, no tendríamos que lamentar tantos males y defecciones en la Iglesia!

El *spiritus Dei, ubi vult, spirat* ("el espíritu de Dios sopla donde le place") del Evangelio se cumple en tales casos, y es un hecho que no siempre llama Dios para los altos cargos de su Iglesia a los más virtuosos y santos, sinó al que le place, según sus designios soberanos, como llamó a S. Pablo para ser su Apóstol cuando era todavía su más encarnizado enemigo. Y volvien-

do a nuestro caso, creemos realmente que Dios tenía reservado al P. Esquiú para dar al mundo, cuando lo necesitaba tanto, un ejemplo bien elocuente de humildad y sumisión a sus designios inescrutables: ejemplo que sería de más provecho para la Iglesia que el mismo ejercicio de su autoridad como Pastor, por lo mismo que en nuestros tiempos van faltando ya y haciéndose tan raros esos ejemplos sublimes de abnegación y desprendimiento, tan dignos de imitarse y que hablan tan alto a los espíritus, que no es posible contemplarlos sin emoción, ni meditarlos sin santa emulación.

"La segunda causa de la renuncia, ciertamente menos grave pero demasiado bastante, — dice — es la disposición del Clero y pueblo de Buenos Aires en orden a mi nombramiento. V. S. sabe muy bien cuanta es la necesidad del *bonum testimonium habere ab iis qui foris sunt,* para no venir a ser el juguete del enemigo común, que aún según los principios del honor humano, villana cosa sería aceptar un ministerio del pueblo, cuando el pueblo mismo lo rechaza: sería esto, además

un acto de suma crueldad contra sí mismo... El voto del Senado y el Decreto del Señor Presidente son de suma honra, pero no sostienen en el cargo de Obispo sinó el voto del Clero y el del pueblo de la misma Diócesis..."

Todo esto se funda en un hecho rigurosamente cierto cual fué la presentación que hizo parte del Clero y sociedad de Buenos Aires ante el Excmo. Gobierno de Sarmiento, poco después de haberse publicado la terna oficial, pidiendo se presentase a la Santa Sede, para la provisión del cargo de Arzobispo, al Ilmo. Sr. Aneiros, cuyos méritos, virtudes y prudencia en el gobierno de la Arquidiócesis (era Vicario Capitular) eran de todos conocidos, y no al P. Esquiú, que, aunque era el primero de la terna y, seguramente, muy meritorio y digno, no era bastante conocido en Buenos Aires ni pertenecía al Clero metropolitano...: petición que fué por entonces, desestimada por el Gobierno, pero que, más tarde, al tenerse la renuncia "irrevocable" del P. Esquiú, se la tuvo en cuenta y llevó a ejecución.

Después de lo cual debemos decir

que, así como en la razón primera (la única que alega en su renuncia oficial, callando la otra por delicadeza) resalta su humildad, en esta segunda, aunque secundaria y menos principal, como lo hace notar él mismo, se ponen de manifiesto su prudencia y discreción, a la vez que el espíritu de desprendimiento y hasta de santa indiferencia con que mira una dignidad tan encumbrada, pero que tiene rivales que se la disputan, conforme a la máxima del Evangelio: "Al que te disputa la capa, ofrécele también el sayo".

Y nosotros, sin echar de esto la culpa a nadie, solo vemos en este hecho la traza providencial de que Dios se valió para cumplir sus santos e inescrutables designios con este su fiel siervo, que no se movía a obrar sin antes consultar su santísima voluntad: es el cumplimiento de aquel extraño vaticinio que se pronunció por un varón justo, el día mismo de su nacimiento y de su bautismo: *"Ya no será Arzobispo!..."*

❁❁❁

Desde Tarija se dirigió, luego de en-

viar su renuncia en forma irrevocable del cargo arzobispal, a Tupiza donde habló con su Prelado y le pidió, lo que ya lo había hecho antes por nota, sus credenciales y venia para alejarse del país, donde no pudiera alcanzarlo una segunda instancia de parte del gobierno argentino. De allí salió de riguroso incógnito, sin manifestar a nadie el punto a que se dirigía, que lo fue, en primer término, el Puerto de Cobija, desde donde se encaminó por agua al Callao, siguiendo luego hasta el Ecuador. En Guayaquil se detuvo el tiempo que fué necesario hasta recibir la esperada y harto ansiada comunicación sobre el resultado de su renuncia, en carta que debía escribirle, según convenio reservado, el P. Rafael Girardengo, que viajó con él desde Tupiza hasta Cobija, dirigiéndose luego a la República Argentina, de paso para Europa.

El periódico católico "El Cruzado", que le debía su fundación y su vida, le dedicó una despedida muy sentida y elogiosa, en que, después de referir el hecho de la elección de Arzobispo y decir que "no pudo ser más acertada,

desde que el P. Esquiú reunía todas las cualidades que el Apóstol requiere para el ministerio episcopal, y de enumerar los grandes servicios que ha prestado a la Iglesia boliviana, iluminando al pueblo con su ciencia y edificando a todos con su virtud, termina de ese modo: "La Redacción de "El Cruzado" encontrará un hueco siempre vacío. Sentirá un dolor que no se mitigará jamás. Pero id, id Padre Esquiú; acaso otras playas serán más fecundas con vuestros sudores. Bien sabemos que no buscais el reposo, bien sabemos que la vida del hombre es milicia sobre la tierra; pero acaso no recojais abrojos, acaso no recibireis injurias. (Alude visiblemente a la campaña inculta, grosera y hasta blasfema, que hizo el periódico liberal "El Tren", contra el P. Esquiú y el P. Murga por la única razón de defender la causa y los derechos de Dios y de la Iglesia, desde las columnas de "El Cruzado"). A todas partes os seguirá el recuerdo, la gratitud y la bendición de un pueblo!"

En Guayaquil estuvo desde el 24 de Febrero de 1863, en que llegó, hasta el

31 de Marzo, fecha en que recibió la suspirada carta del P. Girardengo, que, desde S. Felipe de los Andes (Chile), le escribía avisándole que su renuncia había sido aceptada con fecha 31 de Enero de ese año. Al recibir esa gratísima noticia recién pudo respirar a satisfacción; y en los transportes de su alegría y porque no se interpretase en mal sentido su harto misterioso viaje y permanencia en Guayaquil, hubo de enseñar esa carta al P. Guardián de aquel Convento y hacerle conocer recién, después de un mes y algo más, el verdadero motivo de su viaje.

Allí permaneció todavía algún tiempo, predicando y edificando a todos con su ejemplo, según consta del testimonio que dá de él el P. Guardián de aquel Convento, Fr. Bernardino González: "Edificó a la Comunidad por su humildad y asistencia a los actos comunes, dejando en todas partes esparcido el buen olor de sus virtudes".

El 6 de Mayo emprende viaje de regreso, deteniéndose algún tiempo en el Convento de Padres descalzos de Líma, donde debía visitar los sepulcros

de S. Francisco Solano, de Santa Rosa, de Sto. Toribio, del B. Martin y del B. Juan Masías, en cuplimiento de un voto que hiciera anteriormente, "pidiéndole que lo librasen — dice — de la terrible prueba que creí pesar sobre mí para mi perdición".

Regresó a su querido Colegio de Tarija el 3 de Noviembre del 73. Casi un año entero anduvo peregrinando por países extraños, huyendo a los honores y cargas del Arzobispado!

***

Entre tanto esto ocurría al ilustre peregrino, se nombra y consagra, en Buenos Aires, a Monseñor Federico Aneiros para llenar la vacante dejada por el Arzobispo Escalada, y renunciada, en forma tan discreta y edificante, por el humilde hijo de S. Francisco, Fr. Mamerto Esquiú.

Años más tarde, en 1876, mientras el P. Esquiú llegaba al Rosario de Santa Fé, de paso para Tierra Santa, el Arzobispo Aneiros, que se hallaba, a la sazón, en S. Nicolás de los Arroyos dando una misión, sabedor del arribo

del P. Esquiú, le escribe una carta muy afectuosa, invitándole, después del saludo, a pasar a Buenos Aires y hospedarse en su palacio hasta que llegase el día del embarque. El P. Esquiú, en sus "Memorias", de donde tomamos estos datos, nos ofrece esta nota, reveladora del respeto y del cariño que le inspiraba la persona venerable del Sr. Arzobispo Aneiros:. "Este Prelado, — dice — ilustre por las calumnias y odio de la prensa impía, — había sido despiadadamente injuriado y calumniado por la prensa anticristiana, hacía poco tiempo — me favoreció escribiéndome e invitándome a que pasara a Buenos Aires, donde estaría alojado en su mismo Palacio hasta el día de mi embarco. Le contesté dándole las gracias y escusándome de ir a Buenos Aires por respeto a su sagrada persona y por no dar ocasión a algún nuevo insulto".

No conocemos en concreto los cargos que hiciera la mala prensa al Arzobispo Aneiros, pero entendemos, en atención a lo que dice el P. Esquiú y por algunas referencias, que en esos cargos iba de algún modo incluida al-

guna alusión a la renuncia anterior del virtuoso franciscano y a sus altos méritos, con motivo de su regreso al país, después de haber estado ausente 13 años y algunos meses. El rehusa llegar a Buenos Aires, no sea que de esto se tome ocasión para renovar los anteriores ataques contra la dignísima persona del Sr. Arzobispo.

En esto, como en todo, se muestra siempre edificante y discreta la humildad y prudencia del P. Esquiú!

CAPITULO XII.

Añorando la soledad. — El regreso a la patria. — Eludiendo una oración. — Orador y periodista. — Su viaje a Jerusalén. — En Roma. — En Tierra Santa. — Nuevos ejercicios de virtudes. — Una palabra sobre la virtud de la castidad. — Reanuda sus estudios. — Pensando en el establecimiento de la vida común en su Provincia.

Dos años permaneció aún en Tarija

el P. Esquiú, después de su extraño peregrinaje por las Repúblicas del Perú y Ecuador en fuga de su candidatura de Arzobispo de Buenos Aires. Este tiempo lo empleó en el estudio y la práctica de virtudes religiosas y también en algunos trabajos apostólicos, tales como dar misiones al pueblo, predicar ejercicios espirituales a casas religiosas, pláticas catequísticas y oir confesiones, etc., procurando con todo empeño evitar aplausos y demostraciones ruidosas de parte del pueblo y, sobre todo, de la prensa periodística, para alejarse de la cual hubo de separarse completamente de la dirección y redacción de "El Cruzado", a pesar de las reiteradas instancias que se le hicieron para que volviese a ocupar el puesto principal, que por derecho le correspondía en la redacción y dirección de esta importante revista, que era verdaderamente "obra suya". Ello no obstante, cuando la prensa liberal se desbordó en injurias calumniosas contra la santa memoria del Sr. Arzobispo Puch, su amigo y favorecedor de todos los momentos, y como, además, en esos ataques alevosos con-

tra la memoria de un Prelado ilustre, iban involucrados errores doctrinarios y verdaderas injurias contra la Iglesia Católica, no pudo menos que romper su silencio y lanzar a la publicidad una serie de artículos, en los cuales desenmascaró la perfidia de los detractores y los errores doctrinarios que contenían los escritos aparatosos e insolentes del Cura de Macha.

Impuso silencio a sus adversarios y se sepulta de nuevo en su retiro del Colegio de Misiones de Tarija. Temía ahora más que nunca el ruido de la publicidad y aspiraba solo a vivir oculto e ignorado del mundo.

Mal seguro en su retiro ya descubierto, fué entonces que comenzó a pensar en Jerusalén, donde deseaba ir a pasar los últimos días de su vida, recorriendo y besando amorosamente los lugares mismos que santificó y consagró con su Pasión y Muerte el Redentor del Mundo, hasta sepultarse místicamente con El en las ignominias del Pretorio y en las agonías sangrientas del Calvario.

Y como tuviera en su favor la prerrogativa acordada por la Bula Piana

a los Misioneros Franciscanos de América, de poder pasar a Tierra Santa. después de haber servido doce años en las Misiones, se acogió a ese privilegio y solicitó licencia del General de la Orden para pasar una temporada de dos años, por lo menos, en Jerusalén.

***

Entretanto le llegaban las licencias de Roma, obtuvo permiso de sus Superiores para venir a visitar su familia en Catamarca, a la que hacía ya más de 13 años que no veía.

El 1º de Mayo del 75 salió de Tarija y se encaminó a Salta; de allí pasó, después de visitar, por espacio de ocho días, a su hermano Odorico, al Convento de Tucumán, y de aquí a Catamarca, donde llegó el 22, después de una ausencia muy sentida de 13 años, 7 meses y 4 días.

Hizo el viaje en mensajería, y mientras se acercaba a Catamarca, el Gobierno de la Provincia y buena parte de la sociedad y pueblo, sabedores de su próximo regreso, quisieron hacerle una demostración de aprecio y

de cariño, saliendo a encontrarlo cerca de "El Portezuelo", distante unas cuatro leguas de la ciudad, y traerlo desde allí con todos los honores a que se había hecho acreedor por su ciencia y sus altas virtudes sacerdotales.

Más él, que tuvo siempre por guía a la humildad y esquivaba a toda costa esos honores, al tener conocimiento de esa demostración de afecto, que lo aguardaba (nunca se pudo saber quién se la comunicó, pues se procuró estudiadamente darle una sorpresa cariñosa), trata de evitarla, y de hecho la evita y deja burlados a los que querían sorprenderlo, bajándose al efecto en "El Palo Labrado" y trasladándose, de allí, por caminos escusados y escabrosos, a Piedra Blanca, donde llegó a pié, según unos, o sentado en las ancas de un caballo flaco que cabalgaba un pobre campesino, según otros, dando así una grata sorpresa a sus buenas hermanas, que no lo esperaban aun, dado que, según las noticias corrientes, debía ir primero a la ciudad con la comitiva que lo esperaba en "El Portezuelo".

Dn. Eufemio Maubecín, antiguo ami-

go del P. Esquiú, que vivía entonces en Piedra Blanca, frente a la casa de los Esquiú, refiere que lo vió llegar al Padre, a eso de las dos o tres de la tarde, y que luego pasó a saludarlo, preguntándole, con este motivo, si no tenía conocimiento de la recepción popular que se le preparaba. A lo que contestó el P. Esquiú: "He sabido, ciertamente, y por eso mismo he tomado el camino que he traído, Se me dijo que me esperaban con cerveza, con estruendos y con música: — cosa muy a propósito para recibir a un General que vuelve a los suyos, después de haber dado a la Patria el triunfo de una gran batalla contra temible enemigo; pero querer recibir de este modo a un pobre fraile peregrino, no me parece propio que el fraile lo acepte: lo que no quita que ello obligue mi eterna gratitud hacia las bondadosas personas que lo han preparado".

Y como el Sr. Maubecin le replicase que podían agraviarse autoridades y pueblo y considerarse desairados por no haberles aceptado esa demostración, el Padre contestó:

"Una vez que mis bondadosos

comprovincianos reflexionen sobre esto, se persuadirán que el fraile tuvo razón, al no aceptar una demostración que no le era debida, y que tan solo su excesiva bondad pudo inspirarles".

***

Desde el 22 de Mayo del 75 permaneció en su querido Catamarca, donde tenía tantos corazones amigos que lo estimaban, tantos admiradores de su talento y de sus virtudes y tantos parientes que lo veneraban como a padre y lo consideraban como el mejor blasón de su linaje. Allí estuvo hasta el 4 de Febrero del 76, en que salió para Jerusalén. Los 8 meses que pasó en la ciudad de Ambato, fueron meses fecundos en trabajos apostólicos que realizó con santo celo, sin que pasase día que no hubiese sido testigo de alguna de las muchas tareas que su caridad y fervor religioso le inspiraban

Entre los sermones que llamaron justamente la atención de los hombres intelectuales de Catamarca, y que predicó durante esta otra permanencia en su Provincia natal, merecen citarse: el panegírico de S. Francisco (4 de

Octubre), el de Santa Teresa de Jesús en el Colegio del Cármen (hoy del Huerto), el del 24 de Octubre en la Iglesia Matriz, con motivo de instalarse la Convención Constituyente, y que tuvo por exordio: *Omnia in Ipso constant*, figura entre los grandes sermones del P. Esquiú, y le mereció el aplauso de todos los católicos e intelectuales del país, contándose entre estos últimos el Dr. Eduardo Wilde, quién, a pesar de su espíritu liberal y ensimismado, le tributaba el homenaje de su admiración y hacía grandes elogios de ese sermón y en especial de lo grandioso y clásico del exordio: — exordio que ha pasado a formar parte de los "Trozos Escogidos de Literatura Castellana" compilados y publicados en Buenos Aires por el gran literato y poeta argentino, Dn. Calixto Oyuela.

También predicó tres sermones admirables, aunque de corte sencillo, de la Sma. Virgen, durante las clásicas fiestas de Ntra. Señora del Valle, — sermones que fueron, por largo tiempo, el tema obligado de todas las conversaciones y comentarios, en los círculos católicos y sociales de Catamarca.

Esto por lo que se refiere a sermones de circunstancia y que fueron muy aplaudidos y comentados; pues, en cuanto a pláticas doctrinales, morales y religiosas, podemos decir que las hacía diariamente, amén de los Novenarios que predicó en Piedra Blanca, S. Antonio, Valle Viejo, Ambato, etc. Todos los Curas de campaña, al igual que los Colegios de Religiosas, se disputaban el derecho de "lograrlo", como ellos decían; y él que no sabía negarse nunca, mientras se tratase de pláticas sencillas y familiares, allá iba con el inmenso acopio de doctrina, que tenía siempre a flor de labio, aunque estas se repitiesen muchas veces en el día. Cuando se trataba de panegíricos o sermones de circunstancia, era un poco reacio y no tan fácilmente se prestaba para ellos.

También se ocupó por este tiempo, en escribir para la prensa periódica, publicando varios artículos de fondo y mérito indiscutible, primero replicando al periódico local "El Andino", que hizo algunas críticas desfavorables al sermón del 24 de Octubre, lla-

mando a la doctrina expuesta y explicada por él, "ideas del P. Esquiú": —él les demostró, con toda claridad, que la expuesta en el sermón del 24 era pura y llanamente "doctrina católica" y no idea del P. Esquiú", que ellos, al hacer la crítica, usaban una táctica propia de juglares, tergiversando la doctrina y haciendo un juego de palabras, que decía muy poco en favor de la seriedad que debe caracterizar la crítica de personas que se dicen ilustradas y católicas; y terminaba aconsejándoles "estudio y buena fe" para hacer de la prensa un órgano de cultura y una cátedra de sana enseñanza para la sociedad.

Durante los meses de vacaciones escribió también una serie de artículos, que pueden formar un buen folleto, casi un libro, sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado: es un trabajo notable y de gran fondo doctrinario, que él publicó en "El Eco de Córdoba" y mereció justamente el aplauso de todos los católicos e intelectuales del país. Refiriéndose a ese trabajo, decía el P. Juan B. González: "En ese admirable folleto reveló el P. Esquiú,

profundos conocimientos jurídicos, históricos y filosóficos... Trabajo tan fundamental como este, creo que no se habrá escrito aún en todo Sud América".

***

Ansioso siempre del retiro de su celda y de hallarse cuanto antes en la soledad de Jerusalén, con que soñaba desde hacia dos años, tan luego como le llegaron de Roma las licencias pedidas, sale de Catamarca, en mensajería, el 4 de Febrero de 1876. Se detuvo en S. Lorenzo (Provincia de Santa Fé), donde deseaba tomar ocho días de Ejercicios espirituales con los PP. Misioneros, como el mejor viático de viaje y la más excelente preparación para los riesgos de la mar.

De S. Lorenzo pasó al Rosario, donde debía tomar el pasaje marítimo. No quiso entrar a Buenos Aires por evitar los comentarios de la prensa, no obstante la necesidad que tenía de pasar por allí al efecto de arreglar los pasaportes para él y un pobre niño huérfano, Luis Panicia, hijo único de una familia napolitana, que vino a la

Argentina en busca de trabajo y se encontró con la muerte, y que, abandonado, sin parientes y lejos de su patria, anhelaba volver a Nápoles donde tenía parte de familia. En el Rosario se encontró este niño, y no obstante lo escaso del dinero que llevaba, que ni siquiera para él solo le bastaba (es tradición corriente que siempre viajaba sin preocuparse del dinero, tomaba pasaje de última clase y, si ni para esto le alcanzaba, jamás faltó una alma caritativa que le facilitase el dinero necesario), se convirtió espontáneamente en protector y guía de un pobre huérfano que nada tiene: todo lo espera de la divina Providencia! No salió burlada su confianza; pues en la ciudad de Rosario se encontró con el bienhechor providencial que Dios le enviaba: era Dn. José M. Cullen, su antiguo amigo y gran admirador de sus virtudes, quien, enterado de su situación, se ofreció gentilmente a arreglarle los pasaportes en Buenos Aires y recabarle del gobierno argentino los dos pasajes que necesitaba. Y como lo prometió, así lo cumplió; pues luego de esperar unos pocos días en Montevideo,

donde vió terminado el escaso dinero que llevaba, recibió del Sr. Cullen el siguiente parte telegráfico: "Hoy le remito por Capitán del vapor Villa del Salto, pasajes, recomendaciones, transporte y encomienda ofrecida (una caja de cigarrillos). Le deseo mucha felicidad".

En Montevideo, durante los pocos días que permaneció de huésped, y a pesar de sus empeños por permanecer oculto y desconocido, recibió toda clase de atenciones y agasajos de parte del Ilmo. Sr. Obispo, del Vicario General del Clero, Comunidades religiosas y buena parte de la sociedad montevideana.

De allí pasó a Marsella, Génova y Roma. El P. Esquiú hablaba correctamente el italiano y el francés, que los había aprendido en su retiro de Tarija: — lo que no dejaba de llamar la atención de los italianos, que estaban acostumbrados a entenderse con los americanos, únicamente a señas. En Tierra Santa aprendió también el alemán y, muy probablemente, el inglés. Su cultura intelectual, aunque se formó estudiando solo — lo que

le da mayor mérito —, fué sólida y completa.

En Roma permaneció todo el mes de Mayo, visitando templos y basílicas. estuvo dos veces con Pío IX, limitándose siempre a pedir la bendición apostólica y besarle el pié, subió de rodillas la Escala Santa y visitó la Cárcel Mamertina y las Catacumbas.

Pasó el 8 de Junio a Nápoles, donde tomó pasaje para Tierra Santa, llegando a Jerusalén el 27 del mismo mes (1876).

***

Cuando se encontró en Tierra Santa, su corazón se dilató, lleno de santa alegría, considerándose el hombre más dichoso del mundo y más favorecido de Dios, — alegría que sólo se turbaba, a ratos, por la misma compunción que le producía la consideración de sus pecados e ingratitudes — como él dice — para con el Señor, que usaba con él de tanta misericordia y bondad. Allí se entregó de lleno a la práctica de todas las virtudes religiosas y morales, mejor todavía que en su soledad de Tarija, desde el momento que la predica-

ción — escollo siempre temible de su humildad — sólo accidentalmente le tocaba, y esto en forma de *fervorines* y pláticas sencillas al pueblo. Se conserva aún, entre sus escritos, una plática sublime, predicada sobre el Monte Calvario a una quincena de peregrinos españoles: es un gemido de dolor y un grito de esperanza, que se termina en una plegaria tierna y consoladora.. Aunque breve y sencilla, en la forma, es una pieza admirable, sublime y llena de encanto.

Allí, dando rienda suelta a sus fervores, pudo en poco tiempo llegar hasta tocar los ápices de la perfección y contemplación. Y a propósito de este ejercicio cotidiano y completo de virtudes, a que se entregó el P. Esquiú, mientras permaneció en Tierra Santa, y que queda anotado en su "Diario", en forma de exámenes de conciencia, balances mensuales y reproches diarios que a sí mismo se hace, de andar demasiado despacio y remiso en todo, hemos juzgado conveniente y necesario agregar una palabra relativa a la virtud de la castidad, que es como el aroma divino de todas las virtu-

des religiosas y morales y el sello supremo que caracteriza las obras del varón virtuoso y santo. Al estudiar la vida del P. Esquiú, nos ha llamado justamente la atención el no encontrar en los apuntes de su "Diario" y en los exámenes de conciencia allí consignados, entre los reproches que se hace por causa de sus defectos e imperfecciones, ninguna alusión ni menos acusación contra defectos que hubiera cometido en contra de esta virtud angelical de la santa pureza, o simplemente, de la castidad. Por otra parte, jamás se lo ha tildado de ser siquiera descuidado en evitar las ocasiones, tales como trato frecuente con mujeres, familiaridades con niños, etc. Por el contrario, todos sus contemporáneos han reconocido siempre en la conducta del P. Esquiú, una cautela suma, una fuga constante del trato con mujeres, una delicadeza candorosa y ejemplar en todo momento, aun en el trato con los niños: jamás se permitió una palabra de doble sentido ni un chiste capaz de ofender los oídos delicados de una persona casta y espiritual. El P. Arcángel Barrionuevo, su condiscípulo y

gran admirador de sus virtudes, le llama "joven angelical" y agrega, en elogio suyo, estas formales palabras: "La humildad, la caridad, la obediencia y la *pureza* le dan realce (durante su vida de novicio y de estudiante), levantándolo en el respeto de sus condiscípulos y en la consideración de sus superiores". Se asegura, además y es voz corriente, que, al verificar la autopsia de su cadáver, después de su muerte, los médicos constataron la virginidad del P. Esquiú; y aunque este testimonio, que no le damos sino un valor relativo y muy secundario, solo demostraría una integridad física y nó propiamente la virtud sobrenatural, de que aquí tratamos, sin embargo corrobora los testimonios anteriores y es como una demostración *a posteriori*, que nos revela uno de los efectos naturales y directos, por decirlo así, de una virtud sobrenatural, que residía en la precisa conjunción del alma y del cuerpo.

De todo lo cual deducimos como muy probable, por lo menos, que el P. Esquiú, por una gracia especial de Dios, no sintió, o las sintió en forma

tan tenue que no consiguieron siquiera conturbarlo, las rebeldías de la carne y las tentaciones de la concupiscencia, tan temibles a todas las almas que se consagran a Dios.

Con respecto al ejercicio y práctica de las virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad, así como de las cardinales y morales, no hay para que insistir, pues todos los actos de su vida como sus escritos son el testimonio más elocuente de que las practicó, no de cualquier modo, sino en forma ejemplar, en grado heroico, haciendo de éllas norma de vida, regla de sus acciones y centro único de sus pensamientos y aspiraciones. A más de que, al estudiar su vida de Obispo y de Pastor, tendremos ocasión de contemplarlas en toda la belleza que ofrecen, puéstas en acción, en una vida que fué verdaderamente apostólica y ejemplar.

Todos o casi todos los días se confesaba antes de celebrar la santa misa, que la celebraba de ordinario en la Capilla de Getsemaní, quedándose luego una hora entera, por lo menos, en oración de acción de gracias. En la tarde hacía siempre el ejercicio del Via-Cru-

cis, que se había impuesto como una obligación, de suerte que, cuando durante el día no había tenido tiempo de practicarlo, lo suplía el día siguiente.

En varias partes de su "Diario", hace mención de ser "muy propenso a llorar" y de que padecía de "cierta fluxión a los ojos": nosotros creemos que ello era efecto del "don de lágrimas" con que Dios había premiado sus fervorosas ternuras, mientras vivió dulcemente sepultado en los santuarios y las grutas de Jerusalén.

Cada día, al recogerse por la noche, después de terminar todas sus oraciones y devociones, que eran mucho mayores y más numerosas que en Tarija, anotaba en su "Diario", todo lo hecho u omitido durante el día. Leyendo ese "Diario", que nos refiere la parte más hermosa de su vida de varón espiritual, es como se puede uno formar idea completa de la virtud y espíritu religioso de este varón extraordinario. Lo recomendamos especialmente en la parte que nos refiere y narra los consuelos espirituales que recibió y los ejercicios religiosos que practicó, durante el tiempo por demás feliz que permaneció co

mo peregrino en Tierra Santa.

Allí continuó también sus estudios hermenéuticos y expositivos sobre la Sagrada Escritura y los Santos Padres, que antes había comenzado ya y adelantado no poco en el Colegio de Tarija. Sus libros favoritos, durante este tiempo, fueron: Sto. Tomás, S. Juan Crisóstomo, el P. Curci, al que corrige y rectifica no pocas veces, S. Ligorio, Cornelio Alápide, S. Buenaventura, especialmente el *Stimulus*, M. Guerin: "Descripción de la Judea", en el texto francés, la *Imitación de Cristo,* que jamás se le cayó de las manos, el *Saetti di fuoco y Via della salute* de S. Alfonso de Ligorio y muchos otros.

Las horas más felices de su existencia las pasó, sin duda, en Tierra Santa el P. Esquiú, y también los días más fecundos en obras espirituales dedicadas a su propia santificación, que fué siempre el anhelo de toda su vida y el fundamento sepiritual de su apostolado.

***

Allí en Jerusalén, tierra fecunda en recuerdos y misterios, santificada con

la vida, pasión y muerte del Redentor del mundo, ansiaba el P. Esquiú quedarse para siempre; y se habría quedado sin duda, pues ya el P. Custodia de Tierra Santa le había prometido "recibirlo e incorporarlo "con mucho gusto" (*volentieri*), a no habérselo impedido el mismo P. General de la Orden, que tenía determinado de antemano encomendarle una misión de mucha importancia para el bien espiritual de su Provincia, cual era el restablecimiento canónico de la "vida común": — asunto este que había preocupado, durante toda su vida, al P. Esquiú, y que, ya antes de marcharse a Jerusalén, había tratado y conferido con los religiosos principales de su Convento de Catamarca, y en especial con los PP. Juan B. Reinoso y Francisco J. Machado, religiosos ambos muy austeros y observantes, que lo secundaban decididamente y alentaban en esa religiosa empresa, que tantos bienes espirituales debía producir más tarde en toda la Provincia.

En su paso por Roma había tratado largamente el asunto con el General de la Orden y hasta le había hecho en-

trega de un "Memorial" — escrito por él mismo y firmado por los Religiosos del Convento de Catamarca y algunos otros de la Provincia, en que pedían la "introducción" de la vida común en los Conventos de la Provincia del Río de La Plata".

El Rmo. habíale manifestado su contento y expresado el deseo de que él mismo, a su regreso de Jerusalén, trabajase por establecerla definitivamente en todos los Conventos Franciscanos de la Argentina. Sin embargo de esto, y a instancias del P. Esquiú, el P. General se dirigió por nota al Provincial del Río de La Plata, manifestándole su deseo de que la Provincia entrara en la observancia de la vida común y exhortándolo a trabajar por su restablecimiento en los Conventos de la Provincia.

Este pensamiento del restablecimiento de la vida común en su Provincia, lo tuvo siempre clavado en su corazón y en su mente el P. Esquiú, mientras permaneció en Jerusalén: era una especie de obsesión que no lo dejaba un instante. Diariamente ofrecía a Dios sus ora-

ciones y penitencias, y muchas veces el santo Sacrificio de la Misa, implorando la gracia de ver establecida en los Conventos de su Provincia, y especialmente en el de Catamarca, la vida común, que es — decía — la única garantía y segura defensa de la "pobreza seráfica".

Véase, si no, esta nota que trae en su "Diario", y se repite constantemente: "Octubre 5. Jueves: (1876) Celebré en el altar de la Anunciación *pro Patribus et Fratribus Provinciae Fluminis Platensis, máxime pro iis qui vitam communem efflagitaverunt a Rmo. Ministro Generali.* Otra, tomada al azar: "Abril 17 (1877) — Martes: Celebré en Getsemaní misa votiva del Santuario *Pro Fratribus Conventus de Catamarca, pro illis praecipue qui vitam communem exoptant, ac speciali pro Patribus Machado et Joanne B. Reinoso* — Item, el mismo mes y año: "20 Viernes: Celebré en Getsemaní misa votiva del Santuario, aplicándola en honor del Sacratísimo Corazón de Jesús *por el bien de la Provincia Franciscana del Río de la Plata, en particular por los Religiosos de ella,*

que desean la vida común".

Y a este tenor se encuentran notas a cada paso, en su "Diario", notas en que dice haber aplicado la Misa y pedido a Dios en la oración, *por esta necesidad de su querida Provincia.*

De manera que podemos decir con toda verdad y justicia, teniendo en cuenta lo dicho y algo más que diremos luego, que a las oraciones y trabajos del P. Esquiú debe nuestra Provincia, después de Dios, el restablecimiento de la vida común y la observancia regular del voto de pobreza, y con éllo el reflorecimiento de las virtudes religiosas y del espíritu seráfico entre nosotros.

CAPITULO XIII.

La orden de regreso. — En Roma. — Muerte del Rey Víctor Manuel y de Pío IX. — Elección de León XIII. — En Buenos Aires: saludo de la prensa. — Llegada a Catamarca. — Nuevas tareas apostólicas.—La Constitución de la Provincia. — Se establece la "vida común" en el Convento Franciscano de Catamarca. — El

Nunc Dimittis.

Mientras el P. Esquiú, asegurado ya de la óptima disposición del Custodio de Tierra Santa para incorporarlo definitivamente a la Custodia, daba los primeros pasos para recabar del Rmo. P. Ministro General y de su Provincia, la incorporación solicitada, he aquí que, el 13 de Noviembre de 1877, recibe una carta del Secretario General de la Orden, en la que se le manda volver a Roma, donde recibirá órdenes de parte del Rmo. P. General.

Aunque con ello veía frustrados sus religiosos anhelos de quedarse en Jerusalén por todo el resto de su vida, como lo había solicitado, tuvo que inclinar su frente como buen obediente y disponerse de inmediato para emprender el viaje de regreso que se le ordenaba. Arreglado todo lo conveniente para el viaje y entregados todos los asuntos. que había puesto en sus manos la obediencia, entre ellos el arreglo de la Biblioteca del Convento, salió de Tierra Santa el 9 de Diciembre de 1877, después de haber permanecido allí, con general aplauso y edificación de todos,

por espacio de un año, cinco meses y doce días.

El día 8 de Diciembre, la víspera del regreso, trae esta nota: "Sábado: Cebré en Jafa en honor de la Inmaculada Concepción, aplicando el fruto *especialísimo* en demanda de adopción y el *especial* por la Provincia de Catamarca".

El 17 de Diciembre desembarcó en el puerto de Nápoles y permaneció allí hasta el 22, en que pasó a Roma. Llegó al anochecer, e inmediatamente se presentó al P. Ministro General. "Al besar la mano del Rmo. P. Ministro General — dice en su "Diario" — me dijo que reposase y que, pasadas las fiestas de Navidad, me diría lo que yo debía hacer; sin duda que proseguir mi viaje a mi Colegio de Tarija. (Ese era su deseo, pues temía volver a la Argentina, donde se veía abrumado siempre de honores y perseguido por las dignidades). Hágase en todo la santísima voluntad de Dios".

El General lo había llamado precisamente para encomendarle la misión de establecer la "vida común" en la Provincia Franciscana del Río de La Plata. Era una misión árdua, induda-

blemente, y para el P. Esquiú mucho más, ya por no tener ni haber tenido nunca, representación de autoridad en su Provincia, de la que había estado ausente tantos años, ya también por la circunstancia de haber sido él precisamente el iniciador de esa reforma, que debía tener, y de hecho tuvo, mucho elemento de oposición. El P. Esquiú sabía perfectamente todo eso, amén de que era naturalmente tímido para desempeñar puestos que significasen autoridad, y por eso trató de eludir por todos los medios lícitos el desempeño de esa misión, como veremos luego.

***

El Rmo. debía llamarlo después de las Pascuas de Navidad y de Reyes, como lo había insinuado el día de su llegada; pero vinieron a retardar ese llamado, dos acontecimientos notables que conmovieron hondamente a toda Italia y aun al mundo entero: fueron la muerte del Rey Víctor Manuel y la del gran Pontífice Pío IX, que durante 20 años y más, concentraron alrededor de sus personas las miradas y los

intereses encontrados de todo el mundo.

Con difirencia de un mes cabal murieron, en la propia Roma y a muy corta distancia uno de otro, estos dos Jefes de dos distintas y encontradas falanges, que durante un cuarto de siglo se disputaron el dominio de Roma. Víctor Manuel triunfó, ciertamente, en lo material y asentó su trono sobre los despojos arrebatados al Pontífice. Pio IX dejó, efectivamente, de ser Rey temporal de Roma, pero su reino espiritual se consolidó más fuertemente que nunca, como cantó el peota:

"Al borrarse su reino del mapa,
Más impreso en las almas quedó..."

Víctor Manuel le precedió, muriendo el 7 de Enero del 78; y aunque se dijo, y lo hace notar el P. Esquiú, que a última hora su Capellán le administró los Sacramentos y le llevó *ocultamente* el santo Viático, su muerte fué por demás desconsoladora y triste, como lo ha sido siempre la muerte de los perseguidores de la Iglesia.

Pío IX, no obstante su ancianidad, le sobrevivió un mes, muriendo piadosamente, sentido y llorado por los ca-

tólicos del mundo entero, el día 7 de Febrero del mismo año, como para demostrar que Dios velaba sobre los destinos de su Iglesia y consolaba, aun en el tiempo, a su Vacario, haciendo ver cuan efímero era el triunfo de sus enemigos, como lo es siempre el de los hombres cuando solo se funda en la fuerza prepotente de las armas.

Trece días más tarde, el 20 de Febrero, se elegía nuevo Papa, que lo fué el Cardenal Joaquín Pecci, que tomó el nombre de León XIII, y venía providencialmente a consolar a la cristiandad y dar al mundo el espectáculo más hermoso que han visto los siglso, el de una lumbrera, que, desde la más alta cátedra de la verdad, ilumina, con la doble antorcha de la ciencia y de la fé, todos los horizontes humanos y se impone al universo entero como el más alto exponente de la autoridad moral y el cerebro más poderoso de su siglo.

El P. Esquiú, después de lamentar la muerte de Pio IX, tuvo el consuelo de saludar, en el advenimiento de León XIII, la aurora de una nueva era que se levantaba como una- esperanza halagadora sobre el negro hori-

zonte de la Europa, azotada y abatida por tantos males. Tuvo la fortuna de besar el pie y recibir la bendición apostólica del nuevo Papa.

***

Cuando terminaron estos acontecimientos y todo quedó tranquilo, en la seguridad de que Dios intervenía directamente en todo esto y enviaba a su Iglesia el Pontífice que necesitaba, llama nuevamente el General al P. Esquiú y le manifiesta su deseo de encomendarle la importante misión de establecer en su Provincia de la Argentina, la vida común, solicitada y pedida reiteradamente por los buenos Religiosos de la misma y en especial por los del Convento de Catamarca. El P. Esquiú, no obstante los deseos que tenía de ver establecida en su Provincia la vida común, ya que él mismo había sido el iniciador de ese movimiento religioso, hizo presente al Rmo. las dificultades que ofrecía esa misión y lo estéril que podrían resultar esos anhelos, si no iban dirigidos por el órgano propio y natural de la institución,

que lo era el Provincial con su Definitorio, a cuyas órdenes se pondría él incondicionalmente, dispuesto a secundarlos en todo lo que juzgasen necesario o conveniente, no obstante su deseo de continuar en el Colegio de Tarija como misionero.

Aceptó el General el temperamento indicado por la discreción del P. Esquiú, dejando establecido que la comisión oficial se encargaría al Provincial de la Argentina. Después de lo cual, lo detuvo aun algunos meses hasta obtener la respuesta del Provincial. Luego que esta llegó en sentido afirmativo, el P. General llamó nuevamente al P. Esquiú y le dijo que podía regresar a América, pero no al Colegio de Tarija, con lo cual quería indicarle su voluntad de que fuese a radicarse en su Provincia de la Argentina, de la cual estaba desincorporado hacía 18 años. El P. Esquiú agrega esta nota, en su cuaderno de Apuntes: "Comprendiendo su voluntad, le contesté que iría a mi Provincia".

De Roma pasó con licencia del General y antes de emprender su viaje a la Argentina, a visitar los Santuarios

franciscanos de Asís y Monte Alvernia. Terminado este piadoso peregrinaje, se despidió de Europa para no volver.

Llegó al puerto de Buenos Aires el 28 de Mayo de 1878; y mientras desembarcaba recibió una rechifla de insultos y groserías, que él soportó con paciencia y serenidad por demás edificantes, sin querer que la policía, que luego intervino, molestase en lo más mínimo a los causantes, pero ni siquiera que se mencionase el hecho, que, muy lejos de agraviarlo, pareció más bien regocijarlo. Bien se veía que el digno hijo de S. Francisco había aprendido muy bien la lección sobre la "verdadera alegría" del fraile menor, tan encarecidamente recomendada por su santo Patriarca!

Nos apresuramos a decir, sin embargo, que la tal manifestación de hostilidad y de incultura, llevada a cabo por gente ruin y desalmada, no iba dirigida contra la persona del P. Esquiú, por ser él, sinó contra un sacerdote, un "fraile desconocido", que llegaba al puerto y desembarcaba, como cualquier peregrino en medio de la turba deso-

cupada y maleante que se estaciona siempre junto al muelle, en todos los grandes puertos.

La prensa nacional, en cambio, se hizo lenguas para saludarlo y elogiar su talento, su elocuencia de orador y su humildad de franciscano, recordando, con este motivo, su anterior renuncia de Arzobispo de Buenos Aires. "La Prensa", después de referir los detalles y circunstancias de su llegada, decía: "Regresa de su viaje a Jerusalén y pisó, sin bulla y con modestia, la ciudad que lo tuvo por candidato para Arzobispo. Saludámosle, dedeseándole felices días en el seno de su patria".

En los pocos días que permaneció en Buenos Aires, encerrado siempre en su Convento, fué muy visitado por altas personalidades eclesiásticas, políticas, sociales y del foro porteño, todos los cuales se apresuraban a saludar y contemplar, con visible interés, mezcla de curiosidad y de veneración, al varón extraordinario, al sabio y santo Esquiú, cuya frente iluminaba una doble aureola: la ciencia y la humildad!

***

En Buenos Aires permaneció muy pocos días, nada más que los indispensables para arreglar los pocos asuntos que traía, sobre todo, lo referente al establecimiento de la vida común en la Provincia.

De Buenos Aires pasó a Catamarca, que fué el lugar que le señaló la obediencia de sus Prelados. Llegó allí, como otras veces, en el mayor silencio; pero no obstante las precauciones tomadas para evitar demostraciones, las recibió, y muy elocuentes y sinceras de parte de la sociedad y pueblo de Catamarca, que le profesaban un cariño singular y una veneración profunda, que ha sobrevivido a la ausencia y a la muerte. Entonces fué cuando hubo llegado a su apogeo la fama de sabio y de santo del P. Esquiú: ¡lástima que duró tan poco su permanencia en la afortunada ciudad del Valle!

Este último año y medio escaso que vivió en Catamarca hasta su consagración de Obispo de Córdoba, está señalado con los siguientes hechos:

1878 — Julio 4 — De vuelta de Jerusalén, llega al Convento de S. Francisco, después de haber estado algunos

días en La Puerta, donde se dirigió primero con el visible propósito de evitar manifestaciones del pueblo y sociedad.

Julio 12 — Ocho días después de su llegada, en la elección de Convencionales que se hizo para reformar la Constitución de la Provincia, es elegido el P. Esquiú para representar los Departamentos de Santa María y Valle Viejo; y el 20 del mismo mes es nombrado en comisión, con los señores Convencionales Dr. Francisco C. Figueroa, Dr. Máximo Cubas, D. Fidel Barrionuevo y Dn. José M. Figueroa, para presentar un proyecto de Constitución de la Provincia. Aceptó igualmente, en el deseo de hacer un bien a su Provincia, dándole una Constitución que fuese una garantía de derechos y una defensa cierta de la Religión Católica. El mismo presentó luego un proyecto de Constitución, que es un trabajo completo y notable por más de un concepto: sin embargo no fué aceptado por la única razón — según se dijo — de ser demasiado católico! Esto motivó la renuncia inmediata de su cargo de Convencional. Con esto dió por termi-

nada su carrera política, si vale la frase, no queriendo mezclarse más en esos asuntos, desde el momento que comprendió que poco o nada podía hacer en bien de los intereses bien entendidos de la Religión y de la Patria.

En Septiembre del mismo año, la prensa local levanta el nombre del P. Esquiú como candidato a Diputado a la Legislatura Provincial; mas él renuncia a esa candidatura.

El 21 del mismo mes y año, el Senado argentino lo pone en el primer término de la terna para Obispo de Córdoba. Se le comunica, y el 4 de Octubre hace renuncia de su candidatura de Obispo, ante el Ministro de Culto de la Nación. No se le acepta, porque ya se había pedido al Romano Pontífice la investidura canónica. Entonces la eleva al mismo Pontífice de Roma: es un documento verdaderamente notable, tanto y más, si se quiere, que la renuncia de Arzobispo.

Durante el año y medio que aún permaneció en Catamarca, trabajó incansablemente en el ministerio sacerdotal, predicando sermones, novenarios y pláticas al pueblo. También dictó, por al-

guros meses, la Cátedra de Teología a los estudiantes del Convento.

***

Establécese la vida común en el Convento de Catamarca. Encargado por el Ministro Provincial, a insinuación del General de la Orden, desde su llegada a Catamarca el P. Esquiú trabajó, con un celo y prudencia verdaderamente edificantes, por persuadir a todos los religiosos del Convento a que abrazasen cuanto antes la "vida común". Cuando todo estuvo listo y arreglado, se retiró por espacio de ocho días a la Chacarita de los Padres, donde preparó las pláticas de ejercicios espirituales que debía predicar a la Comunidad, como la inmediata y mejor preparación que podían hacer para comenzar, en nombre de Dios, la nueva forma de vida religiosa.

Demás está decir que allí, en la predicación de esos ejercicios a la Comunidad, vació todo el fervor de su espíritu y ponderó las inmensas ventajas que traería para todos y cada uno de los religiosos, en particular, y para la Provincia, en general, la observancia

regular y estricta del voto de pobreza. en la forma de vida común que iba a adoptarse: — lo que colocaría a todos dentro de la Regla profesada y les acarrearía las bendiciones y promesas que tiene en su favor la Religión Seráfica.

Terminados los Santos Ejercicios, y siendo el primer Viernes de Julio (4) de 1879, previa la Consagración de la Comunidad al Sdo. Corazón de Jesús, se leyó en forma solemne y repitió por todos y cada uno el Acta del establecimiento de vida común, escrita de puño y letra del P. Esquiú y firmada por todos los sacerdotes, coristas y legos, que formaban la Comunidad conventual. Fué el Convento de Catamarca el segundo que adoptó la vida común en la Provincia (el de Bs. As. fué el 1°); pero había sido el primero en solicitarla del Rmo. Definitorio General de Roma, y todo ello por iniciativa y gestiones incesantes del P. Esquiú.

Con este acto tan culminante y trascendental en la vida religiosa del Convento de Catamarca, el P. Esquiú vió cumplidos los anhelos y votos de toda su vida; y como el anciano Simeón,

que entonaba, satisfecho de ver nacido y tener en sus brazos al Redentor del mundo, el *Nunc dimittis* de acción de gracias, él estampó con toda su alma, en su "Diario de Memorias", este grito de satisfacción: "*Benedictus Deus, Pater misericordiarum*!.."

Con esto creyó, sin duda, que podía asentarse definitivamente, tranquilamente, en su querido Convento de Catamarca y trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas, sin poner en peligro la suya propia... ¡No contaba con la nueva prueba — la última y la más recia — que lo esperaba ya a las puertas mismas de su celda de franciscano!

Esto lo veremos en el Capítulo siguiente.

— —

CAPITULO XIV.

Reaparece el Obispado de Córdoba. — No se le acepta la renuncia. — Gestiones del Gobierno argentino ante la Santa Sede.—El Nuncio le intima aceptar. — La profesión de fe. — Llega a Córdoba y pasa de largo. — Un episodio. — Da la razón de no haber entrado a Córdoba. — Conceptos edificantes. — Desea la muerte. — Vuelve a Catamarca. — En Salta. — El último adiós a la Ciudad del Valle. — La preconización. — Cartas edificantes a los Prelados de la Orden.

Cuando el P. Esquiú, después de haber elevado su renuncia indeclinable del Obispado de Córdoba y visto correr el tiempo de casi un año, sin que se hablase más, al menos en forma oficial, del asunto, ya se creía en pacífica posesión de su tranquilidad de franciscano en su querido Convento de Catamarca; cuando satisfecho de ver introducida la vida común en la Comunidad, se prometía pasar tranquilo los días postreros de su existencia.

trabajando silenciosamente, como simple obrero, en la viña del Señor; he aquí que de repente reaparece la tan temible carga del Obispado de Córdoba, que venía ahora a posarse como una cruz sobre sus espaldas, en forma segura e inevitable.

Por gestiones entabladas oficialmente ante la Santa Sede por el Gobierno argentino, que lo desempeñaba el Dr. Nicolás Avellaneda — gran admirador de las virtudes y de la ciencia del P. Esquiú —, se había acordado que la Santa Sede, haciendo caso omiso de la renuncia presentada por el P. Esquiú, y que todos lamentaban, "le impusiese" la aceptación, pues se comprobó, según afirmación categórica del representante argentino ante el Vaticano, que "únicamente por razones de humildad" había renunciado, tanto su candidatura de Arzobispo cómo la de Obispo de Córdoba", — lo cual, en el concepto de todos, era un nuevo título para hacerlo merecedor de esa dignidad. Accediendo a los deseos y gestiones del Gobierno Argentino, el Santo Padre da sus instrucciones al Delegado Apostólico, que lo era, a la sazón,

Mons. Di Pietro, para que expresase al P. Esquiú que "era su voluntad de que aceptase el Obispado".

Con fecha 27 de Diciembre del 79, mientras terminaba de predicar un Novenario de rogaciones, pidiendo la lluvia, en la Matriz de Catamarca, y terminaba enfermo, con ronquera y una hinchazón a la cara, recibe un telegrama del Delegado Apostólico, por el cual lo llamaba a Buenos Aires, sin decir por qué ni para qué.

Enfermo y todo, atada la cara con un gran pañuelo, como estaba, salió esa misma tarde, por la mensajería que iba a la estación de S. Pedro, donde debía tomar el tren para Buenos Aires.

***

El 3 de Enero del 80 llega a Buenos Aires, a las 9 de la mañana, y a las 10 pasa al Palacio Arzobispal y se presenta al Delegado Apostólico. El mismo nos refiere esta primera entrevista con el Delegado de S. Santidad. Dice así, en su "Diario": "Después de recibirme con caridad verdaderamente apostólica y haber quedado solos, me dijo: *"El Santo Padre quiere que*

usted sea Obispo de Córdoba". Creí un deber — agrega — rendirme a esta voluntad en cuya expresión sentía yo la de Dios, y en seguida me dió las siguientes instrucciones: 1a. la de presentarme al Sr. Ministro de Culto y, si fuera posible, al Sr. Presidente (lo era ya el General Roca), y darle cuenta de lo ocurrido. Cumplí esto la misma tarde. 2a. Conservación del Sr. Castellano en la Vicaría General. 3a. Promover el óbolo de S. Pedro. Al hacerme este encargo, me recordó mi antigua tarea de "El Cruzado". (Cuando dirigía "El Cruzado" en Sucre, se tomó por iniciativa propia, con aprobación del Excmo. Sr. Arzobispo y con espléndidos resultados, la honrosísima tarea de recolectar entre los fieles el Obolo de S. Pedro, que fué acaso el primero que fué desde América a aliviar la situación precaria del Padre común, Pio IX, en su destierro de Gaeta, después de haber sido despojado de sus Estados Pontificios). 4a. La preferente atención al Seminario y el dar impulso en él al estudio de la Filosofía Escolástica. Por último me señalo el lunes próximo (era sábado) para

hacer la profesión de fe, con que se encabeza el expediente canónico, que sería formado por su Auditor, según los datos y documentos que ya poseía".

Tal es el relato autógrafo que se registra en su "Diario de Recuerdos", escrito por el mismo Padre; sin embargo no nos da las palabras textuales con que él expresó al Delegado apostólico la aceptación del Obispado y su sumisión incondicional a la voluntad del Santo Padre: — palabras que nos ha trasmitido la tradición y las consignan como auténticas sus biógrafos, y que fueron estas, según se afirma: "*Si el Santo Padre quiere, Dios lo quiere: cúmplase su voluntad*" -- lo cual no contradice, sinó más bien confirma su relato.

¡Qué enseñanzas tan saludables y edificantes se desprenden de este hecho tan sencillo como grandioso! El sacerdote más virtuoso y sabio, "el más parecido a los santos, que haya nacido en tierra argentina", al decir de uno de sus más grandes admiradores, se considera indigno, y renuncia, y huye de las dignidades eclesiásticas, que otros, menos dignos, buscan con tanto

afán, y solo las acepta cuando a ello le obliga la voluntad expresa del Pontífice de Roma!... En lo uno como en lo otro se muestra, realmente, el más parecido a los santos, que haya nacido en tierra argentina!... Y aquí es precisamente donde más nos afirmamos en la creencia de que Dios lo tenía reservado para ejemplo de sacerdotes, de Obispos y Pastores, dejando a todos una lección tan sublime como elocuente, que ni el tiempo tiene poder bastante para borrarla; y en este sentido suscribimos gustosos al concepto del Dr. Joaquín V. González, aunque dándole más amplitud, de que el P. Esquiú es, en la Argentina, el tipo-modelo de sacerdotes y Pastores, como Mitre lo es — dice — del gobernante y Alberdi del estadista".

***

Tres días después — 5 de Enero — hizo la "profesión de fe" en la Capilla del Palacio Arzobispal, en presencia del Delegado Apostólico, del Auditor y de algunos sacerdotes más. El día 8 salió de Buenos Aires en vapor, y al día siguiente desembarcó en el Rosario. De allí salió, en tren, con dirección a

S. Pedro, sin detenerse en Córdoba ni dar aviso a nadie, pues ni quería se supiese que él pasaba por allí.

En este viaje, mientras se detenía en una de las estaciones próximas a Córdoba, a la espera del tren que debía tomar para el norte, un sacerdote de campaña, sin conocerlo, se le acerca y le pide que le cuide el caballo, mientras él iba a despachar algunos asuntos: el Padre accedió gustoso y le prestó con toda humildad y contento ese servicio. Y como alguien que lo conocía, hiciese notar a dicho sacerdote que era el Obispo electo aquel religioso de apariencia tan humilde y pobre, que fué tomado por un hermano lego, vino el sacerdote lleno de confusión a pedirle mil perdones; mientras él, con marcada bondad, y discreción, le decía: "No hay necesidad de perdón donde no hay ofensa; al contrario, soy yo quien debe agradecer a Ud. la confianza que ha depositado en mí, proporcionándome con ello el placer de prestarle este insignificante servicio".

***

El Provincial de la Orden, que lo era entonces el que más tarde debía sucederle en el Obispado, Fr. Juan C. Tissera, le escribió una cartita amistosa, que recibió en S. Pedro, en la cual le manifestaba su sentimiento de que no hubiese bajado en Córdoba, donde había tantos que lo estimaban y estaban a la espera de su regreso de Buenos Aires para saludarle y hacerle una manifestación de simpatía y de contento por su candidatura de Obispo. El P. Esquiú contestó, desde S. Pedro, con fecha 14 de Enero del mismo año, dando de ello las siguientes razones, que son la revelación más elocuente de su profundísima humildad: "Yo retiré mi renuncia al nombramiento — dice — cuando el Sr. Delegado Apostólico me dijo que el Santo Padre quería que yo fuese Obispo de Córdoba: en esa voluntad creí ver la de Dios. Pero esto no quita que, no habiendo otro título que el de mi aceptación, sin institución canónica, mi presencia en Córdoba fuese una desvergüenza en mí, y un acto de crueldad el de agregar un dolor gratuito al fatal y necesario de sufrir después a un indigno, si el Señor no lo re-

media, aunque sea con una muerte prematura, si me halla en gracia y misericordia".

Esto que dice aquí sobre su muerte prematura, junto con otras manifestaciones posteriores que hizo a diferentes personas, nos revelan la súplica constante que hizo a Dios, por este tiempo y acaso posteriormente, de que le enviase la muerte, si lo encontraba en su gracia, antes que someterlo a la gran prueba de ser Obispo, de que se sentía completamente indigno. ¡Qué misterio tan profundo de humildad envuelve la grandeza moral de este varón tan justo!

***

Del mismo modo que en Córdoba había pasado silenciosamente y como oculto, con el propósito bien definido de evitar cualquier manifestación ruidosa, así también llega a Catamarca, en silencio y al anochecer, después de haber desviado intencionalmente el camino que traía, pasando sierras escarpadas desde Amadores a La Puerta, temeroso, sin duda, de que sus amables comprovincianos le preparasen alguna demos-

tración estrepitosa, como la que le habían preparado a su regreso de Tarija; y ahora tanto más justa, cuanto que el motivo era doblemente superior y capaz de provocar, por sí solo, una ovación grandiosa, ya que su designación de Obispo, por la forma en que se produjo, significaba el reconocimiento oficial de su virtud y el triunfo más espléndido de su rara humildad, no obstante que él sólo encontraba en ello nuevos motivos para humillarse y confundirse más.

Desde fines de Febrero hasta principio de Abril permaneció en Catamarca arreglando los pocos asuntos que tenía entre manos, y salió para Salta el 5 de este mes, con el objeto de visitarlo y enterarlo de todo a su incomparable hermano Odorico, que para él era juntamente, hermano, padre, confidente y bienhechor de todo momento. Las incomodidades del viaje, y acaso más todavía la impresión de abatimiento que le producía la idea de su consagración de Obispo, a medida que más se aproximaba, le causaron una verdadera enfermedad que lo tuvo postrado en cama durante

una semana, en la ciudad de Salta: lo que no obstó para que fuera visitado y agasajado, cual merecía, por el Obispo Rizo, que lo quería y estimaba con singular cariño, por el Clero, Ordenes Religiosas, autoridades civiles y sociedad. Le hicieron muchos regalos: el Obispo le obsequió un anillo pastoral y un Pontifical Romano, encuadernación de lujo, en tres tomos; el Canónigo Manquiegui unas riquísimas dalmáticas blancas, delicadamente bordadas en seda carmesí, que habían pertenecido al Obispo Videla, etc.

Estuvo en Salta desde el 20 de Abril hasta el 31 de Agosto. Durante este tiempo estuvo preparándose, con nuevos estudios y actos de piedad, orando, meditando y gimiendo, a veces, con edificante resignación, para recibir "menos indignamente" — como él decía — las formidables responsabilidades que trae consigo el Episcopado. Sin embargo, acosado por las continuas instancias que se le hacían, predicó un sermón notable y lleno de santa unción en la Capilla de Jesús — Colegio del Huerto —, el 4 de Julio, y el 16 del mismo mes comenzó, en la Capilla Episco-

pal, una serie de pláticas, durante la Novena del Sdo. Corazón de Jesús. En esas pláticas admirables derramó todas las ternuras de su alma y los sántos ardores de su piedad, hablando de los grandes misterios del amor del hombre-Dios hacia la humanidad: pláticas que conmovieron hondamente a cuantos las escucharon, y el Obispo Rizo, justamente emocionado, las indulgenció y mandó imprimir, como puntos de meditación y agregar a la Novena, que — según se afirma, — escribió también el P. Esquiú, en esta ocasión, en honor del mismo Sacratísimo Corazón de Jesús; todo ello como un testimonio de respeto y admiración hacia la persona del autor, y más aún por las enseñanzas tan hermosas y edificantes que contiene. De esta Novena y pláticas se han hecho varias ediciones posteriores, y últimamente, en 1912, el R. P. Fr. Pedro C. Miranda las hizo reimprimir e indulgenciar, con nuevas gracias, por el Ilmo. Obispo de Santa Fé. Mons. Juan Agustín Boneo.

***

El 1° de Octubre estuvo nuevamente

en Catamarca, y fué esta su última visita a su querida ciudad de la Virgen del Valle. Llegó, como de costumbre, sin previo aviso, cuando nadie lo esperaba. Rezábase en el Convento la Novena de S. Francisco y se hacían ya los preparativos para la gran fiesta patronal, que debía celebrarse, como siempre, el día 4 de Octubre. El sermon del santo Fundador se había encomendado, con la debida anticipación, a un sacerdote del clero secular, quien, al ver llegar al P. Esquiú y sentir, además, algunas conversaciones poco discretas de ciertas personas, que decían debía cederse el púlpito al Crisóstomo argentino, se negó a predicar, diciendo que era ciertamente una falta de respeto y una temeridad el predicar en presencia del P. Esquiú, que era a quien de derecho le tocaba, como el último sermón de despedida. El epílogo fué que el Santo se quedó sin sermón, pues el P. Esquiú, que jamás quiso suplantar a nadie, discretamente desapareció de la ciudad sin que se lo pudiese encontrar el día de la fiesta. Recién el 10 de Octubre regresó al Convento: desde el 3 había estado oculto en Las Chacras,

en casa de un pariente suyo.

El 20 del mismo mes y año (1880), habiendo cantado por la mañana la misa, en el altar mayor de la Virgen del Valle (Matriz), "encomendándele — dice — mi viaje, mi vida y muerte y las de los míos", en la tarde del mismo día toma la mensajería y sale de Catamarca para no volver más.

La despedida fué triste, como lo son siempre los hondos pesares: salió en silencio, pidiendo a sus amigos y hermanos lo encomendasen a Dios y lo tuvieran siempre presente en sús oraciones. Pero, a pesar de sus esfuerzos por evitar toda demostración, hubo de verse rodeado del cariño, de la simpatía, de los votos y aún de la presencia de numerosos amigos, que, consternados y llorosos, veían alejarse para siempre al virtuoso sacerdote, al amigo de los pobres, al orador incomparable y al Padre común de todos. Fué esta una reproducción de la despedida tierna y emocionante de S. Pablo ante los sacerdotes y ancianos de Efeso, para marcharse a Roma, con anuncio de nunca más volver...

Entonces fué cuando, consternado él

mismo en presencia de sus hermanos y amigos que lloraban su ausencia y le pedían que no los abandonase, pronunció estas palabras repletas de ternura, que han venido a ser un verdadero vaticinio, que se cumplió al pie de la letra: "Mi cuerpo estará ciertamente en Córdoba, pero mi corazón en Catamarca". Si esas palabras arrancadas a la ternura del cariño, fueron una verdad en vida, mucho más lo fueron después de su muerte; pues, sin que este dicho influyera para nada ni siquiera se lo recordase en el momento, cuando murió y su cuerpo fué embalsamado, se lo colocó con gran solemnidad y veneración en la Iglesia Catedral de Córdoba, mientras su Corazón, que en el primer momento se lo había destinado a un museo, fué recogido luego por su hermano, Dn. Odorico y traído al Convento de Catamarca, sin intención de dejarlo allí; pero instado por los Padres Franciscanos y persuadido, mediante un sueño que tuvo de noche, de que allí, en aquel Convento que tanto amó el P. Esquiú, debía guardarse y quedar para siempre su Corazón, lo entregó al Guardián, previa una de-

claración de la autenticidad indubitable de aquella preciosa reliquia. Y allí se conserva y se guarda, con cuidado y veneración, junto a la Sacristía de la Iglesia, en una urna de cristal; y puede verse aún, como se ve diariamente por numerosas personas piadosas que vienen de todas partes a visitarlo, quedando todos admirados de lo fresco y rubicundo que se encuentra, con su color y tamaño natural, después de cuarenta y más años que allí se guarda. Allá por el año 1900 se observó que el corazón mostraba una pequeña grieta, y de ella manaba una especie de sangría, que luego se coagulaba en gotitas blanquecinas alrededor de esa grieta, que dejaba ver la carne interior, cual si fuese una víscera fresca y recién guardada. Nosotros mismos lo hemos visto y lamentamos el que no se haya practicado un examen detenido por personas competentes y levantado de ello una acta que conserve la memoria de ese fenómeno por demás extraño y peregrino, dado que hacía ya cerca de 20 años que sufría el hielo de la muerte.

***

Pero sigamos adelante, y perdónesenos la disgresión y el habernos adelantado a los acontecimientos, haciendo una visita a su venerable Corazón, que, si no es el corazón de un santo, por cuanto la Iglesia no ha pronunciado aún su juicio, es seguramente el corazón de un justo.

En el Consistorio celebrado en Roma el 26 de Febrero de 1880, el Pontífice León XIII hace creación de Obispos para proveer a varias Diócesis vacantes, y entre los nuevos mitrados aparece también el nombre del R. P. franciscano Fray Mamerto Esquiú, como Obispo Diocesano de Córdoba (Rep. Argentina).

El 11 de Marzo, cuando tuvo ya aviso oficial de su creación y preconización de Obispo, escribe una nota de sumisión y acatamiento a su Provincial, en la que le pide licencia para aceptar la dignidad que se le impone, a la vez que le ruega lo aconseje y dirija siempre y aún lo corrija, cuando falte a sus deberes, pues quiere permanecer siempre como religioso franciscano, no obstante ser Obispo.

En igual sentido escribe al General

de la Orden, siendo ya Obispo, al comunicarle su consagración. Entre otras cosas, le dice: "Desde mi consagración no llevo otro hábito, además del sombrero, anillo y cruz episcopales, que el ceniciento de nuestro Padre S. Francisco. Y este hábito — agrega — será mi gala y mi gloria, en vida y en muerte. Y no en balde, porque a ese hábito debo todo, incluso la salud corporal, y desde mi niñez no he conocido otro vestido..."

CAPITULO XV.

Las Bulas y el EXEQUATUR. — Preparándose para la Consagración. — En Buenos Aires. — Un gran sermón.—La Consagración.—Elogios de la prensa. — Un gemido y una plegaria.

Las Bulas que lo instituían Obispo de Córdoba, llegaron a Buenos Aires a principios de Octubre de 1880, y el Decreto de EXEQUATUR se expidió por el Gobierno Nacional con fecha 2 de Noviembre del mismo año: lo cual comunicado oportunamente al P. Esquiú, lo obligó a pasar a Buenos Aires a prestar el juramento de ley y recibir la Consagración episcopal, que debía conferírsela el Exmo. Arzobispo Aneiros, el mismo que obtuvo el Palio Arzobispal por renuncia del P. Esquiú.

A su paso por Córdoba, salió a encontrarlo en la estación de Jesús María una delegación del clero y sociedad, que estaba compuesta de distinguidos sacerdotes y caballeros de la docta ciudad, Prelados de diversas Ordenes Religiosas, representación del Gobierno,

etc. Y como ya era Obispo preconizado, juzgó necesario acceder a la invitación que se le hacía de verificar una entrada, siquiera fuese breve y transitoria, a la ciudad que se felicitaba de tenerlo por Pastor. Allí estuvo pocas horas, las indispensables únicamente para recibir los saludos oficiales de las autoridades civiles y eclesiásticas; pasando esa misma tarde a la ciudad de Rosario de Santa Fé.

Del Rosario se trasladó al Colegio de Padres Misioneros Franciscanos de S. Lorenzo, donde tomó 8 días de Ejercicios Espirituales, como la mejor preparación que podía hacer para recibir la consagración episcopal, que ya no le era dado evitar.

El 28 de Noviembre llega a Buenos Aires y se hospeda, como de costumbre, en el Convento de S. Francisco, donde fué visitado y cumplimentado por todo lo que tiene de más distinguido y selecto la gran Capital porteña: altas dignidades de la Iglesia, Ministros, Legisladores, Prelados eclesiásticos, hombres de letras y del foro, periodistas y gran parte de la sociedad. En esos días, el Convento de S. Fracisco

estuvo convertido en un emporio vivo de grandezas humanas, que giraban al rededor del que era personificación viviente de la humildad seráfica.

***

Mucho debió sufrir con esto la humildad del P. Esquiú, al verse hecho objeto de tantas atenciones, en los precisos momentos en que ansiaba recogerse y meditar en las formidables responsabilidades que le aguardaban. Con todo, tuvo que resignarse a ellas y aún a predicar un sermón clásico, de carácter patriótico, en las circunstancias difíciles y por demás vidriosas en que su palabra autorizada de orador era esperada con la ansiedad con que se esperan los acontecimientos trascendentales y decisivos.

Acababa de sancionarse, después de sangrientas luchas, la ley de la Capitalización de Buenos Aires. El ambiente político estaba por demás caldeado, las pasiones enardecidas y los espíritus exaltados, en actitud de resistencia a la nueva ley. Llega en ese momento el P. Esquiú, como el angel providencial enviado por Dios para traer el olivo

simbólico de la paz a todas las conciencias, como lo hiciera 27 años antes desde la humilde Matriz de Catamarca, con su famoso sermón: *Laetamur de gloria vestra.*

Se lo invita a predicar, se le pide, se le ruega en nombre de la patria quiera acceder al voto anhelante de todo un pueblo, que espera su palabra como una sentencia de vida o muerte. No puede resistirse, acepta predicar al pueblo, al pueblo culto, patriótico y noble de Buenos Aires, como él dice, sin tener siquiera el tiempo necesario ni el preciso recogimiento para coordinar ideas y escribir un sermón, que no fuese indigno de las circunstancias y del auditorio.

Llega el día señalado (8 de Diciembre): el gentío es enorme, las ámplias naves de la Metropolitana están repletas de gente, que se desborda hasta la calle; sube el orador con dificultad al púlpito, abriendo la masa compacta que lo rodea; y allí, en presencia de lo más selecto y encumbrado de toda la nación, abre sus labios y vuelca toda su alma trasparente y luminosa, en uno de esos sermones magistrales, contun-

dentes y avasalladores, como no han vuelto a oirse iguales ni semejantes en los púlpitos argentinos!

Terminado el sermón, que fué concluyente y persuasivo, nadie se acordó más de las dificultades y objeciones que se oponían al cumplimiento de esa ley, que fué, sin duda alguna, el principio de nuestra grandeza como nación y el sepulcro de nuestras luchas anacrónicas.

Hubo, en nuestra historia, dos momentos solemnes en que fué decisiva para el bien la palabra autorizada y elocuente del P. Esquiú, para toda la Nación Argentina: la primera fué cuando predicó, desde el púlpito de la Matriz de Catamarca, la obediencia a la Constitución del 53, y la segunda, cuando aplaudió la Capitalización de Buenos Aires, como garantía de orden y fundamento de la grandeza de la patria. Bien podemos aplicarle el glorioso apóstrofe, con que el mismo P. Esquiú saludaba al General Urquiza, en su gran sermón del 53, por haber dado la paz y la Constitución al pueblo argentino: "Urquiza, ilustre ciudadano! la nación te debe la vida", nosotros, parodiando esa frase sublime, pode-

mos decir, con no menos justicia y verdad. "¡Esquiú, ilustre patricio: la nación te debe, en gran parte, su paz y su grandeza!...

***

El 12 de Diciembre se realizó, con toda solemnidad y esplendor, en el templo de S. Francisco de Buenos Aires, la consagración de Mons. Esquiú. Fué consagrante el Excmo. Sr. Arzobispo Dr. Dn. Federico Aneiros, siendo Padrinos Dn. José Portuguez y Dn. Carlos Guerrero. El primero costeó toda la fiesta, y ambos le hicieron grandes regalos, que, más tarde, fueron a parar todos en manos de los pobres. Asistieron al acto el Nuncio Apostólico, recién llegado de Roma, Mons. Luis Mattera, el Dr. Bernardo de Irigoyen, en representación del Gobierno Nacional, el Gobernador de la Provincia y su Ministro, el Dr. Clara, en representación del Cabildo eclesiástico de Córdoba, Mons. Estrázulas, en representación de la Iglesia de Montevideo, altos Prelados, Comunidades Religiosas, miembros distinguidos de la sociedad y del foro; en fín, todo lo más selecto y distinguido

de Buenos Aires y representantes de varias Provincias, especialmente de Córdoba y Catamarca.

El banquete, que revistió los contornos de un verdadero acontecimiento social, debió realizarse en el "Hotel del Aguila"; pero a instancia del Obispo se hizo en el Convento de S. Francisco, y fué amenizada por la banda de música del 5º de línea, que envió expresamente para este acto el Presidente de la República.

Se refiere que algunos días antes de la fiesta, como le hablase el Sr. Portuguez, padrino del acto, de un suntuoso banquete que deseaba hacer en el mejor hotel de Buenos Aires, donde tuvieran cabida todos los numerosos y distinguidos personajes que asistieran a la fiesta, le dijo con toda humildad y discreción el P. Esquiú: "Vea, mi buen señor y amigo: ya que ud. es tan católico, y se trata de realizar un acto tan santo y divino, cual es mi consagración episcopal, ¿no le parece que sería más conforme al espíritu del Evangelio disminuir el gasto y dejar algo para los pobres? El P. Guardián del Convento se encargará de prepa-

rar lo necesario y aumentar un plato más a las viandas ordinarias, y ud. pondría el vino y los postres... Y lo que debía entregar al hotel, lo da de limosna a los pobres, en nombre de Jesucristo. Así estaremos todos servidos, y los pobres socorridos y alimentados..."

La conclusión fué que los recursos alcanzasen para el banquete y para repartir una gruesa suma de dinero y de viandas a los pobres.

***

Toda la prensa de Buenos Aires, y aún de todo el país, se hizo lenguas para elogiar al nuevo Pastor y ensalzar sus altas y bien reconocidas virtudes sacerdotales. Por no alargar demasiado las proporciones de este trabajo, que lo queremos breve y compendioso, nos limitaremos a reproducir parte de la crónica, que hizo de la fiesta el diario "La República" de Buenos Aires. Dice así: "Con asistencia de las Comunidades religiosas, de todo el Cabildo Metropolitano, de la mayor parte de los señores Curas de las Parroquias, de un múmeroso clero nacional y extranjero,

en el que figuraban el Sr. Provisor General, Dr. Espinosa, el Secretario del Arzobispado Dn. Francisco Arache, el Presidente de los Lazaristas, Sr. Rivelieri, miembros de varias Cofradías y Congregaciones, así como un concurso numeroso de lo más distinguido, tuvo lugar el domingo el acto solemne de la Consagración del venerable y amado Fray Mamerto Esquiú, Obispo Diocesano de Córdoba''.

Hace luego la crónica de los personajes oficiales, eclesiásticos y civiles, por orden de dignidad según el lugar que ocuparon en el templo, comenzando por el Arzobispo consagrante y continuando por el Nuncio Apostólico, Ministro de Culto, etc., que quedan ya mencionados, y sigue en esta forma:

''Después de haber sido *ungido* con los Santos Oleos y revestido con los ornamentos episcopales, cantándose un solemne *Te Deum* de acción de gracias, Mons. Esquiú, de mitra y báculo en la mano, y acompañado de los asistentes consagrantes, también de mitra, recorrió la gran nave del templo, dando bendiciones al pueblo, que las recibía arro-

dillado en medio del mayor recogimiento y veneración.

"Ese momento y en el que se entonaron las *Letanías de todos los Santos*, fué solemne e imponente.

"Monseñor Esquiú, humilde, austero, modesto como es, se muestra lleno de esa magestad divina de que nos hablan las Sagradas Escrituras, al ocuparse de los elegidos del Señor. Rayos de luz celestial iluminan aquel rostro de justo, esa fisonomía dulce y evangélica.

"Las investiduras sagradas, de que se creyó siempre indigno este meritorio sacerdote de la doctrina de Jesús, levantan la personalidad sagrada, obligando a la veneración. Es la conciencia del pueblo, que, hecha al respecto, admira a tan preclaro pastor.

"A las 11.30 terminó la sagrada ceremonia, durante la cual los cantos místicos y las preces de los sacerdotes, confundidos con las armonías del órgano, le dieron un sello de majestad indecible.

"Venciendo la resistencia del humilde franciscano, obligósele a calzar zapatos (siempre descubierto el pié, usaba apenas sandalias) y a cubrir su há-

bito de los distintivos del Prelado.

"Antes de descender del presbiterio, el Sr. Nuncio Mons. Mattera se apresuró a estrecharle en sus brazos, llenándole de bendiciones y parabienes, haciendo igual manifestación de respeto Monseñor Estrázulas.

. . . .

"Hablaron en el banquete, y más tarde en el salón de descanso, los señores D. José Portuguez, Mons. Estrázulas (tres veces), el señor Dean Dillón, el Sr. Ministro Irigoyen, el Dr. D. José A. Escudero (dos veces), los señores Emilio Lamarca y Pedro Goyena, D. Santiago Estrada, los conónigos Milciades Echagüe y Emiliano Clara, el joven Lugones, el Pbro. D. Benjamín Paz y varios otros señores, cuyos nombres no recordamos.

"Todos estos discursos fueron brillantes y conmovedores, la mayor parte de ellos, tratándose de las virtudes conocidas del ejemplar franciscano, a quien se ensalzó hasta *humillarlo*, si es que se puede decir.

"Monseñor Esquiú pidió el favor del silencio, subrayando siempre sus palabras con sentimientos de exclamación y

gratitud a la civilizada, a la piadosa y generosa Buenos Aires, de la que llevaba en su corazón los más gratos recuerdos.

. . . .

"A Monseñor Esquiú no le faltaron jamás las gracias del cielo: ahora puede estar seguro de que cuenta también con el favor, los respetos y el amor del pueblo de su patria, orgullosa de tal sacerdote, honra y prez de la Iglesia nacional.

Nuestro diario saluda respetuosamente al Obispo Esquiú, pidiendo para él y para su piadosa y católica Diócesis, las felicidades más completas, el bienestar y los consuelos y bendiciones con que favorece el cielo a los pueblos, en las horas supremas de su existencia, cuando desventuras y turbulencias le aquejan.

"El Obispo Esquiú hace honor, como lo ha dicho muy bien el Ministro Irigoyen, al Episcopado del mundo. Es un Prelado que sube y asume la alta investidura sagrada con el voto del pueblo, el respeto del Gobierno y las bendiciones de la Santa Sede".

***

Anotamos, al pasar, y subrayamos de esa crónica hermosa, los conceptos siguientes: "Monseñor Esquiú, *humilde, austero, modesto como es, se muestra lleno de esa majestad divina* de que nos hablan las Sagradas Escrituras..." "*Rayos de luz celestial iluminan aquel rostro de justo, esa fisonomía dulce y evangélica*... "Las vestiduras sagradas, *de que se creyó siempre indigno este meritorio sacerdote* de la doctrina de Jesús, *levantan la personalidad sagrada, obligando a la veneración: es la conciencia del pueblo,* que *admira a tan preclaro Pastor*"... "*Obligáronle a calzar zapatos (siempre descubierto el pie, usaba apenas sandalias) y a cubrir su hábito de los distintivos del Prelado*..." "tratándose de las *virtudes conocidas* del *ejemplar franciscano,* a quien *se ensalzó hasta humillarlo*..." — "Monseñor Esquiú *pidió el favor del silencio*..." — "A Mons. Esquiú *no le faltaron jamás las gracias del cielo*..." — "*honra y prez de la Iglesia nacional*..." — "*Hace honor al Episcopado del mundo*..."—"Asume la investidura *con el voto del pueblo, el respeto del Gobierno y las bendi-*

ciones de la Santa Sede. ." — Todas esas loas y virtudes que se le atribuyen y constituyen su más alto elogio, son la expresión fiel de la conciencia de todo el pueblo argentino, el eco genuino de la opinión pública, que lo ha mirado y venerado siempre como a santo.

***

Véase, en cambio, y como formando contraste con los honrosísimos elogios que le tributan todos, el bajísimo concepto que él tenía formado de su persona: — expresión sublime y elocuente de su humildad porfunda, que es el sello inequívoco e inconfundible de la verdadera santidad:

Anota esta fecha en su "Diario de Recuerdos": "Diciembre 12 — Domingo: — Consagración episcopal del indignísimo sacerdote en la Iglesia de N. P. S. Francisco de Buenos Aires, de mano del Ilmo. y Rmo. Arzobispo Dr. Federico Aneiros, hallándose presente S. E. el Sr. Delegado Apostólico Mons. Luis Mattera, asistentes los Señores Dignidad del Cabildo de Córdoba Dr. D. Emiliano Clara y Dean del Cabildo Metropolitano Dr. Patricio Dillón, pa-

drinos Dn. José Portuguez y D. Carlos Guerrero''.

El 25 de Diciembre trae esta otra nota: ''Celebré tres misas. Primera cantada de Pontifical por este Convento''. — Se hospedaba en el Convento, y las primicias de su dignidad, por decirlo así, las ofrece a la Orden que lo ha formado, pontificando en la Iglesia de S. Francisco y aplicando la misa por la Comunidad, en gratitud a todo lo que ha hecho por él.

Luego, y a renglón seguido, como abrumado por el peso de su dignidad, que siempre rehuyó, y confundido por los honores y elogios que se le han tributado, vuelve sus ojos y su corazón al último baluarte, en que se ocultara su humildad, añorando la dulce paz que disfrutó en Jerusalén, estampa en su ''Diario'' esta nota, que es todo un lamento: ''¡Jerusalén! Por lo que se hablaba de tí, yo había entendido que tu semblante era siniestro y horrible como el del fratricida Cain... Así lo pensaba hasta que te contemplé con mis propios ojos. Centenares de veces he recorrido tus calles, desde el sitio de la antigua Elía hasta el fondo del Valle

de Josafat; te he contemplado muchas veces, desde las alturas del Monte Olivete como desde el sitio del campamento de todos tus conquistadores; he dado la vuelta a tus muros y he mirado desde lejos la cima de tus cúpulas y almenas, como he penetrado en tus lóbregas necrópolis; durante año y medio he respirado tu aire y he contemplado tus días y tus noches, tu sol abrasador y tu melancólica luna, y siempre por doquiera no he visto otra cosa que la Ciudad de Dios, oprimida por la ingratitud humana; no he sentido nunca acentos de ira, sino los gemidos de la más bella y de la más desolada de las criaturas!

"¡Jerusalén! Yo desee acabar mis días a la triste y solemne sombra de tus ruinas; pero el Señor tu Rey no lo quiso y debí volver donde era honrado sin nigún mérito. Solo pido a Dios el inestimable bien de que me haga participante de tu suerte, que es la suerte de todos los santos: ser nobles y desolados, como eres tú, oh amada Jerusalén!".

Toda esta sentida apóstrofe, arrancada del fondo de su alma como un sus-

piro profundo, tiene el sabor dulce y melancólico de una elegía, y sobre todo, el último párrafo es un gemido y una plegaria, que nos revela toda el alma y el corazón de un santo, mucho más si se considera el momento y las circunstancias en que fué escrito: pocos días después de su consagración episcopal, que fué toda una ovación y una apoteosis.

CAPITULO XVI.

Fisonomía moral del Obispo Esquiú. — Síntesis de su acción evangélica. — Comunicaciones oficiales. — Apacentando la grey de Cristo. — Sus primeras Pastorales. Ruge el everno. — El Jubileo del año santo.

Si alguna vez se ha visto claramente, entre nosotros, la vocación de Dios llamando a un hombre a ocupar y desempeñar la alta dignidad de Obispo, lo fué, sin duda, cuando la voz del Pontífice de Roma, trasmitida por el órgano de su representante y Delegado en la República Argentina, hizo saber al P. Esquiú que lo quería Obispo de Córdoba. Todos los antecedentes del agraciado: su vida intachable como religio-

so y como sacerdote, su celo y abnegación pr la causa de Dios, su virtud de todos reconocida y admirada, su humildad de franciscano, su ciencia, su mansedumbre, sus trabajos evangélicos de misionero, su prudencia y caridad: todo parecía llamarlo a ocupar el alto puesto de Pastor evangélico del rebaño espiritual de Jesucristo. El fruto estaba maduro, y el divino Sembrador se apresuraba a recogerlo para distribuirlo a sus hijos.

Y a pesar de su humildad heroica, que lo hizo huir en todo momento de las dignidades y de los aplausos, desde el punto que conoce que es voluntad de Dios que acepte el cargo pastoral que se le impone, responde sumiso y sin vacilar: *Ecce ego: mitte me!*

Pero hasta el *testimonium habere bonum ab iis qui foris sunt* (el buen concepto de los extraños) que requería el Apóstol en el que ha de desempeñar el oficio de Pastor, para que no sufra detrimento su ministerio, todo lo tiene en su favor, y en una forma tal como pocas veces se ha visto una unanimidad tan notoria y un aplauso tan general y espontáneo, cual fué el que

estalló alrededor de la candidatura y designación del P. Esquiú para Obispo de Córdoba.

Precedido de la fama de sus virtudes, aplaudido en toda la América del Sud como el más grande orador sagrado del Nuevo Mundo, y hasta su larga ausencia de la Patria, ocupado en el ejercicio más modesto y difícil del apostolado, como misionero apostólico: todo contribuía a hacer más venerable su persona y rodear su frente de una doble aureola: la ciencia y la virtud, que le daban todo el aspecto de un taumaturgo providencial y extraordinario.

Con ese rico bagaje de méritos y de prestigios inició, silenciosamente, modestamente y sin aparato alguno, el gobierno de su Diócesis: gobierno verdaderamente apostólico y ejemplar, que, si tuvo sus sinsabores, sus amarguras y sus luchas, como no pudo menos que tenerlas, le dió, en cambio, la completa posesión de los corazones de sus diocesanos: digna recompensa del que llevaba por divisa su gran corazón de apóstol, inmolado en aras de la caridad más pura! El corazón del Pastor habló al corazón de su rebaño, y este lo

entendió muy bien y respondió a su llamado...

Habló poco, aunque lo bastante para enseñar al pueblo la verdad, y disipar las tinieblas del error; pero obró mucho y derramó a manos llenas la caridad, sacrificando su sueño, su alimento, su salud y hasta su vida, en beneficio de sus hijos espirituales. Su sermón más elocuente y decisivo, cuyos ecos inextinguibles aún vibran en todas las conciencias, lo constituyen sus virtudes heroicas y su caridad sin límites.

Su mejor cátedra de enseñanza fué siempre el buen ejemplo; por eso sus enseñanzas aún perduran. Diríase que han dejado en la conciencia del pueblo un surco de fuego!

La pobreza franciscana fué siempre su divisa y su librea. No tuvo casa, ni muebles, ni cama para reposar su siempre fatigado cuerpo. Todos los emolumentos que le acordaba el presupuesto nacional, así como las limosnas que le daban los fieles, incluso el rico mobiliario de sala y dormitorio que le regalara su generoso padrino y otras personas pudientes y piadosas, todo ello fué a

parar sucesivamente a manos de los pobres; quedándose él más pobre que todos ellos!

Un diario de la Capital Federal se hacía eco de la pobreza suma en que vivía el más sabio y santo de los obispos argentinos, el P. Esquiú, llamando justamente la atención de los poderes públicos para que remediasen, en lo posible y discretamente, sus necesidades más elementales, al propio tiempo que lo mostraba al mundo como un ejemplo vivo de desprendimiento y de pobreza apostólica.

Y nosotros hemos oído referir a personas diversas y muy respetables, que, siendo niños aún, atraídos por la bondad y sencillez del señor Obispo Esquiú, que vivía en una casa pequeña y pobre, llegaron no pocas veces hasta penetrar en su dormitorio, y se quedaron pasmados y consternados al ver la pobreza suma de su cama, que no era más que un catre de tablas duras y toscas, ligeramente cubiertas por un burdo jergón de sarga criolla, que le servía de colchón y de cubierta a la vez. Y como le preguntasen, entre admirados y enternecidos, cómo podía dormir en

cama tan dura y pobre, todo un señor Obispo..., él contestaba, acariciando a los niños con amable sonrisa: "no hay cama mejor que esta para descansar: es la más sana. la más cómoda y la más económica..."

Su comida ordinaria era generalmente un solo plato; y si alguna vez, debilitado en demasía por las continuas vigilias y, sobre todo, por los trabajos excesivos, se permitía tomar algo más que lo acostumbrado, repetía el plato, pero no agregaba otra vianda. Así nos lo ha referido repetidas veces el P. Solano Cuello, que, antes de ser sacerdote, estuvo mucho tiempo con el Obispo Esquiú, fué su criado de confianza y como tal le preparaba y servía la comida y le arreglaba el escritorio.

Dos años escasos duró su apostolado, que no fué sedentario y pasivo, sino por demás activo y laborioso en grado heroico; pero en esos dos años, fecundos para el bien, consiguió abrir en el corazón del pueblo, un surco tan hondo, y grabar un recuerdo tan profundo de su apostolado, que ni el tiempo, ni las continuas irrupciones del sectarismo

impío han sido potentes para borrarlos. Cuarenta y más años han corrido sobre su tumba, y hoy día, como ayer y como cuando vivía, se lo ama, se lo recuerda con cariño y se lo venera, cual si permaneciera vivo y glorioso en medio de su grey. Es la irradiación permanente de la virtud, que lanza, a través de la tumba, resplandores vivientes de inmortalidad!...

Al tomar posesión de la Diócesis, que lo fué el 16 de Enero del año 1881, se ocupa, ante todo, de organizar la Curia y el Cabildo, nombra las autoridades curiales, toma razón de todo y los pone en posesión de sus respectivos cargos. Terminado esto, pasa las notas oficiales, primero el Ministro de Culto, después al Gobernador de Córdoba, al de La Rioja, al Sr. Arzobispo, a quién escribe una larga carta, en la que, después de comunicarle su toma de posesión de la Diócesis, le pide que lo auxilie con sus luces y oraciones y que lo corrija y reprenda cuando se desvíe o se descuide en el cumplimiento de sus obligaciones... y concluye protestando que no habrá cosa que los separe de la comunión que los úne...

Establecido ya en su sede episcopal y cuando hubo organizado y puesto en orden todas las oficinas y despachados los asuntos más urgentes, entre ellos los estudios y cátedras del Seminario, dá su primera Pastoral, con fecha 7 de Marzo del 81, dirigida al clero de su Diócesis, tomando por tema las palabras de S. Pablo: *Omnia vestra in charitate fiant.* Era la primera palabra del Pastor, y como su corazón ardía en llamas de caridad, su primera palabra de orden es un grito de caridad, una llamarada de su ardiente corazón de apóstol. Esa Pastoral es admirable por la solidez de la doctrina, por el respeto con que habla a sus hermanos en el sacerdocio, por los elogios que hace de la sublimidad y santidad del ministerio sacerdotal, que es el mismo de Jesucristo, su perpetuación y continuación en la Iglesia, y por los sabios consejos y enseñanzas que contiene. Termina por pedirles encarecidamente a todos los sacerdotes de su Diócesis y en particular a los Párrocos, su cooperación de doctrina y ejemplo en el gobierno espiritual de la grey de Cristo, que se le ha encomendado.

Esa primera Pastoral fué muy aplaudida y comentada por toda la prensa nacional, así católica como liberal, agregando esta última, a guisa de reproche a los demás Obispos, que todos los Prelados debían aprender del santo Obispo de Córdoba, la forma de hablar y gobernar. Pero que esa prensa liberal, que así aplaudía al P. Esquiú, no procedía con sinceridad, lo prueba el estudiado silencio que guardó luego, cuando, en su segunda Pastoral, que dirigió a los fieles, habló de las publicaciones impías y de las lecturas inmorales, que tanto daño acarrean a la fe de los creyentes.

Con fecha 25 de Mayo del mismo año da su segunda Pastoral, dirigida ya a todos los fieles de su Diócesis, poniendo por lema el precepto del Apóstol: *In fide stabiles*: "Estad firmes en la fe". En ella expone la necesidad de la fe para la salvación, así como el deber que tienen los católicos de practicarla y cultivarla por medio del estudio y de evitar todo lo que a ella se opone o tiende a debilitarla. Entre los obstáculos que se oponen a la fe, enumera especialmente tres: el pecado, la lectura de ma-

los libros o de publicaciones impías y sectarias, y las sociedades secretas de la masonería, a las que denuncia como una verdadera apostasía de la fe y una renuncia y negación de los principios de la misma razón natural sobre la existencia de Dios, sobre el alma humana, sobre el bien y el mal, y son — dice — como una divinización del hombre con todos sus feroces apetitos y pasiones...'

Termina su hermosísima Pastoral con esta evangélica exhortación: "Huid pues, de las sociedades que son extrañas y enemigas de la Comunión de los Santos; huid como de serpientes venenosas, de las lecturas impías; huid, sobre todo, del pecado, raiz de todas las herejías, pozo inmundísimo de donde sube el vapor de todos los errores que ennegrecen el oro de la fe".

La prensa católica aplaudió la doctrina expuesta por el santo Obispo en esta su segunda Pastoral, en que hablaba a los fieles el lenguaje de los grandes Pastores del Cristianismo; más no así la prensa liberal, que sintió algo así como el chasquido de un latigazo sobre sus espaldas, se conmovió . honda-

mente, pero se contuvo y guardó silencio. En cambio la masonería, que se vió más directamente aludida y como fulminada por un rayo, rugió de coraje como leona herida, e inmediatamente organizó una campaña de resistencia y de ataque sistemático, señalando al santo Obispo como el enemigo más temible de sus planes tenebrosos. Desde entonces no perdió oportunidad de zaherirlo con sus ataques y sus enconadas diatribas.

Esa guerra artera y solapada que le declaró la masonería fué, más tarde, lo que dió margen a la versión del supuesto envenenamiento del siervo de Dios, a raiz de su muerte tan sentida y lamentada por todos; sin embargo, nosotros no damos crédito a esa versión, por considerarla infundada y sin base histórica suficiente para sostener la afirmación categórica de un crímen tan horrendo y alevoso, como el del envenenamiento supuesto y no comprobado. Trataremos con más amplitud este punto, por demas interesante, al hablar de la muerte del santo Obispo.

***

Con fecha 2 de Julio del mismo año (1881) dá su tercera Pastoral sobre el Año Santo. Comienza en ella por dar gracias al Señor que le ha consolado en medio de su dolor: dolor que tiene dos causas — dice — que afligen y oprimen su corazón de Pastor, y son: 1º la vista de tantos males que afligen a la sociedad cristiana por causa del resfriamiento de la caridad y debilitamiento de la fe en la conciencia cristiana; y la 2ª en vista de su pequeñez e incapacidad para remediar tanto mal. Dos consideraciones — dice — que han puesto en sus labios el gemido del gran padre de los Macabeos: "*Mejor es morir que ver y no poder remediar los males de nuestro pueblo!*"

Pero que, *como un lenitivo a ese doble dolor*, ha recibido de Dios un doble consuelo, y es: 1º la publicación del Jubileo del Año Santo, en que se abren de par en par para todos los cristianos las puertas de la misericordia infinita de Dios; y el 2º lo constituye un Breve paternal que ha recibido del Vicario de Cristo, manifestándole la alegría con que ha visto su exaltación a la Silla Episcopal de Córdoba, al mismo tiempo que le en-

vía la Bendición Apostólica para él y sus diocesanos, junto con palabras alentadoras y saludables consejos, que lo confortan y estimulan en la difícil tarea de su gobierno espiritual.

Termina su hermosa Pastoral con la publicación del Breve pontificio y prometiendo dar mayores explicaciones sobre el Jubileo del Año Santo, en una segunda Pastoral, que sería continuación de esta: promesa que cumplió a su regreso de Buenos Aires donde lo llevaron asuntos importantes de su Diócesis, en particular el arreglo de ciertas dificultades surgidas a raiz de algunas proviciones de canonjías que hizo el Ejecutivo Nacional, sin la consulta previa del Diocesano. Todo lo arregló con su singular bondad, prudencia y discreción, "a la que no se podía oponer dificultad ni obstáculo, dada la forma peculiar que tenía de pedir y hacer sus reclamos el Obispo Esquiú", según testimonio de los mismos que desempeñaban los poderes públicos y tuvieron que afrontar una entrevista amistosa del humildísimo pero muy convincente Obispo de Córdoba.

Vuelto ya a su Diócesis, después de

haber arreglado satisfactoriamente los asuntos que lo llevaron a la Capital de la República, publicó, con fecha 12 de Agosto del mismo año, su nueva Pastoral sobre el Jubileo del Año Santo, como lo había prometido anteriormente, explicando a los fieles las condiciones para ganar el Jubileo y exhortándolos, con todo el celo y la unción que le eran características, a que aprovechasen las gracias e indulgencias jubilares, escuchasen con docilidad y respeto la voz paternal del Vicario de Jesucristo y entraran, en espíritu y en verdad, por los caminos de la salvación, con verdadero fervor cristiano. Al final de la Pastoral, al hablarles de los obstáculos que debían remover para dar entrada a la gracia dentro de sus corazones, les recuerda que no les es lícito comprar, ni aún recibir gratis ni retener las publicaciones y hojas volantes que reparten profusamente las sectas protestantes, mal llamadas "evangélicas", que tienden a alejarlos de la fe y a separarlos de la comunión católica, y por ende, de la gracia de Jesucristo, único Redentor y Salvador de los hombres.

CAPITULO XVII.

Programa de gobierno.—Acción y oración. — El Obispo misionero. — Testimonio del Cura de Bell-Ville. — Anécdota del Rosario.

Aunque jamás había pensado en llegar a ser Obispo el P. Esquiú, fundado en el bajísimo concepto de sí mismo que le inspiraba su humildad, haciéndolo que se considerase siempre el más indigno de todos los sacerdotes, el más incapáz e inepto para desempeñar tan alto cargo; y aunque en más de una ocasión se había visto perseguido, por decirlo así, de tan temible dignidad, él abrigaba la convicción de que Dios no le llamaba a ella ni le llamaría como él se lo pedía sin cesar, prefiriendo antes la muerte y aún deseándola y pidiéndola antes que cargar con las responsabilidades del episcopado. Confiaba también, aunque secundariamente, en el expediente de sus renuncias y en la no insistencia de los poderes públicos, confirmada por la aceptación de su anterior renuncia de Arzobispo y en el largo silencio que guardaban respecto

a la segunda. Pero cuando se le intimó, de parte del Pontífice de Roma, la aceptación del Obispado de Córdoba, tuvo que inclinarse y aceptar, y recién entonces pensó en trazarse un programa de gobierno, como que nunca le gustó la rutina y sí el orden y programa de acción, máxime tratándose de un asunto tan grave y complicado cual era el gobierno espiritual de la grey del Señor. Pero ese programa no lo formuló sino después de largo meditar a solas con Dios, en el retiro de la Oración, y muy particularmente durante los días de ejercicios espirituales que tomó, primero en S. Lorenzo con los Padres Misioneros Franciscanos, para prepararse a la consagración, y luego en el Convento de S. Francisco de Córdoba, en los ocho días que precedieron a la toma de posesión de su Diócesis. Allí, al calor de esa doble hoguera, aguzó y caldeó esa primera saeta de amor divino que lanzó, como llamarada, al corazón de su grey, en su breve pero muy elocuente discurso de toma de posesión de la Diócesis, el día 16 de Enero de 1881.

La humildad, que fué siempre su es-

cudo y su palio, es su primera palabra, y la caridad que se inmola, su postrera expresión, el lema de su acción de Obispo. El título mismo del discurso que allí pronunció, es la mejor prueba de lo que decimos. Dice así: "Primera palabra del más indigno de los Obispos, al pueblo que le ha sido encomendado. Enero 16 de 1881". El tema elegido como lema de su programa de acción, es más elocuente aún y es como la encarnación de esas dos virtudes, que nos dan la medida exacta de su grandeza: *Nos autem servos vestros per Jesum Christum*: "Soy siervo vuestro por amor a Jesucristo".

Comienza en él por ponderar su indignidad. su falta de ciencia y de virtud, que lo hacen incapaz de gobernar con acierto la grey de Cristo; pero que, a pesar de todo, es ya su Pastor, puesto por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios; que, en consecuencia, espera de Dios la suficiencia de que él carece y la gracia que necesita para sí y sus diocesanos. Dice que su único programa de gobierno lo sintetiza en la palabra del Apóstol: "ser siervo de todos por amor a Jesucris-

to". "He ahí — agrega — mi oficio, mi aspiración y todo mi honor: ser vuestro siervo en Jesús y por Jesús". Programa grandioso, que él expone en tres puntos capitales: A) "Carezco — dice — de ciencia, y mi palabra y mis modales quizá son indignos de un pueblo tan ilustrado como el vuestro. Oigo decir que algunos quisieran que se les hable siempre de la ciencia y no de la fe cristiana; sin embargo, me tendreis siempre con Jesucristo en mi boca, y con Jesucristo crucificado, hablándoos siempre que pueda de los vicios y de las virtudes, de la pena y de la gloria eterna, porque soy vuestro siervo y debo decir con el Señor: *Unxit me Deus et misit me evangelizare pauperibus*. B) Fuera de esta Diócesis hay algún lugar y personas que me son queridas (se refiere visiblemente a Catamarca); sin embargo, no habiendo causa gravísima, no me vereis que ponga el pie fuera de ella, porque Jesús me ha constituido siervo vuestro: *Nos autem servos vestros per Jesum*. C) Me gusta la soledad y una vida retirada (que harto lo había demostrado con hechos elocuentes, durante su vida);

sin embargo, mientras tenga fuerzas, me vereis siempre inquieto de una a otra parte, solícito del bien de todos, procurando hacerme todo para todos. Y para comprenderlo todo en una sola palabra, estoy obligado a amaros como una madre a su hijo, aún más, estoy obligado a dar mi vida por vosotros: *Bonus enim Pastor* — *dice* el Señor— — *animam suam dat pro ovibus suis*".

Luego agrega esta consideración que parece un nuevo dardo de amor, lanzado al corazón de todos: "Acaso yo soy despreciable para unos y aborrecible para otros; con todo eso, yo soy deudor de esa misma caridad con los que me oborrecen y desprecian. Y todo eso por Jesús. Por que Él dió su vida por todos nosotros, y nos alimenta con su propia carne y sangre, y Él es quién dijo a todos los Obispos en la persona del Apóstol S. Pedro: *Si diligis me, pasce agnos meos...*"

Como terminación de todo, declara que pone por su protectora y medianera ante Jesucristo a la Sma. Virgen, por quien nos llegan todas las gracias, y ella debe ser la escala mística que nos lleve a Jesucristo, según la expresión

de S. Bernardo: *Quaeramus gratiam, sed per Mariam quaeramus. Ad Jesum per Mariam.*

***

Y como lo prometió, así lo cumplió. Su vida entera de Pastor fué, en efecto, una lección continua de humildad y una perpetua inmolación en aras de la caridad, hasta dar literalmente la vida por sus ovejas. El primer año de su gobierno lo consagra especialmente a la organización de la Curia y Parroquias, tanto urbanas como rurales, comenzando siempre por encender, con su ejemplo y su palabra, el fuego de la caridad, afianzar la fe y estimular las obras de celo y de apostolado. A este fín iban encaminados los ejercicios y misiones al pueblo, que predicó él mismo, haciéndose ayudar siempre por celosos sacerdotes, en especial por los Padres de la Compañía de Jesús. Predicó misiones y ejercicios fructuosísimos al pueblo, en la Catedral, en la Casa de Ejercicios, en la Iglesia de Santa Teresa para señoras y niñas, en la Penitenciaría, en el Hospital... y luego sermones doctrinarios y morales en ca-

si todas las Iglesias y Capillas de Córdoba.

Aun se recuerda, con piadosa admiración, en Córdoba, el *Triduo y procesión de Rogaciones* que presidió, predicó y dirigió, en la Basílica de la Virgen del Milagro, el Obispo Esquiú, pidiendo a Dios el beneficio de la lluvia, después de nueve meses de sequía y de continuas irrupciones de langostas en toda la Provincia. El mismo Obispo predicó el triduo, y es fama que estuvo piadoso y elocuente como nunca; pero lo que más conmovió al pueblo, lo que lo enterneció hasta derramar lágrimas de compunción y arrepentimiento, lo que no ha podido olvidarlo nunca, es el *ejemplo de penitencia* que dió el Obispo, recorriendo *descalzo* las calles pedregosas de la ciudad, mientras entonaba él mismo el santo Rosario y las *Letanías de los Santos*. Apenas hubo terminado la procesión, llovió torrencialmente por espacio de tres horas, reconociendo todos que ello era efecto visible de las preces públicas, dirigidas e inspiradas por un santo. Y apenas se concibe que sucediera de otra manera: era tanta la piedad y el espíritu de pe-

nitencia que se reflejaban en el virtuoso Pastor, que no podía por menos que conmover los cielos, como había conmovido los corazones y las almas, que, compungidos y llorosos, seguían la imponente procesión de ruegos.

Organizó, además, las Cofradías y asociaciones de señoras y de caballeros, fundó la Juventud Católica de jóvenes cristianos, el Taller de la Sagrada Familia, en donde se formasen en la virtud y en las profesiones propias de su sexo las niñas pobres, huérfanas y desamparadas. Fundó también la Sociedad de Damas Católicas, fomentó la buena prensa y, sobre todo, abrió los tesoros inagotables de su caridad y celo en bien de los pobres y menesterosos, hasta el punto de convertir su casa en asilo y morada ordinaria de los huérfanos y de todos los indigentes. La casa del Obispo Esquiú se distinguía (y esa era la señal ordinaria que se daba al que preguntaba por ella), en verse siempre rodeada de una abigarrada multitud de pobres, de huérfanos y de hambrientos, que venían todos los días a tomar su parte de alimento y de vestido en la pobre pero siempre inago-

table caridad del Obispo. Y él junto con darles lo necesario para remediar sus males físicos, se complacía en conversar con ellos y darles buenos consejos, tratando de elevar sus almas a Jesucristo, Padre común de los huérfanos y de los pobres y consuelo de todos los que sufren y lloran en este valle de lágrimas.

***

Y con todo ese cúmulo de trabajos y atenciones, en que se lo veía siempre ocupado, no dejó nunca la oración, ni el estudio, ni los ejercicios de piedad, de modo que más predicaba con su ejemplo de santo que con su palabra inspirada de apóstol. El año 1881, durante su permanencia en la ciudad, tomó ejercicios espirituales por tres veces: del 10 al 15 de Enero, como preparación próxima para iniciar el gobierno de su Diócesis (ya los había tomado, antes en S. Lorenzo, hacía un poco más de un mes, para prepararse a recibir la consagración episcopal) del 11 al 20 de Julio, con una parte del Clero secular; y finalmente, del 15 al 24 de Agosto, con la Comunidad Franciscana.

Restableció las conferencias de Moral y de Rúbricas del Clero, mandando se dieran dos veces al mes las de Moral, y una o dos veces al año, acompañadas de la "Misa seca", las de Rúbricas; conferencias que, aparte de estar mandadas por los Cánones, fueron muy provechosas al Clero y dieron espléndidos resultados, continuándose casi sin interrupción hasta el día de hoy, en toda la Dióeesis.

Organizó el archivo y todas las oficinas de la Curia, dedicando su preferente atención al despacho de expedientes sobre asuntos matrimoniales, que tan frecuentes eran en esa época. El mismo los atendía personalmente, siempre que sus tareas se lo permitían, y era pasmosa la rapidez, como lo eran la destreza y acierto, con que se expedía en los más difíciles y complicados asuntos. Una palabra dirigida como saeta al corazón de sus diocesanos, bastaba generalmente para componer y arreglar pacíficamente una querella, o bien un rosario rezado en común era suficiente para restablecer la paz en matrimonios malavenidos u hogares en

discordia. Tenía para esto un tacto especial y un don extraordinario, acompañado de una como sobrenatural intuición, que le hacía acertar siempre con el mal y su remedio, en forma tan dulce y discreta a la vez, que todos los que entraban con el alma lacerada y el corazón sangrando por el odio y el despecho, salían de su presencia con el perdón en los labios y la alegría en el pecho, derramando dulces lágrimas de compunción y bendiciendo a Dios por haberles traído a los brazos cariñosos del "santo Obispo", como le llamaban todos. Y estos hechos, repetidos cien veces en la ciudad y campaña, se recuerdan todavía con gratitud y ternura por los mismos favorecidos sobrevivientes, quienes, al referirlos, estallan en un mar de lágrimas, al propio tiempo que exclaman: "Oh, era todo un santo el Obispo Esquiú!"...

***

El primer año de gobierno, que fué de organización y de ejemplar actividad, lo pasó en la ciudad, fuera de alguna que otra salida que hizo, urgido por asuntos de la Diócesis (dos giras

por el norte: Avellaneda y Tulumba, y un viaje a Buenos Aires para arreglar con el Gobierno Nacional algunos asuntos de canongías); y ese año está marcado por trabajos y actos de gobierno tan importantes y trascendentales que no se puede uno dar cuenta cabal de cómo pudo, en tan corto espacio de tiempo, hacer y realizar tantas obras importantes, cuya sola enumeración bastaría a ocupar varios capítulos de esta obra, que la queremos breve y compendiosa, como lo dijimos en otro lugar.

Ese mismo año restableció los estudios teológicos en la Universidad, teniendo que afrontar para ello serias dificultades que se le oponían, de parte de profesores y estudiantes y aun de los poderes públicos; celebró solemnes funerales por sus predecesores en el episcopado de Córdoba, en especial por los Ilmos. Obispos Alvarez y Trejo, siendo notable la oración fúnebre que pronunció en los funerales de este último, concurriendo a ella todo el claustro de Profesores de la Universidad, como que se trataba de honrar la memoria de su fundador. Redimió Cape-

llanías, reorganizó los Estudios en el Seminario y estimuló en todas partes, con su palabra y con su ejemplo, la acción social cristiana y las obras de caridad y beneficencia.

***

El segundo año de gobierno lo dedicó a la campaña, llevando una vida verdaderamente apostólica y misionera a todos los Curatos y centros de población, edificando a todos con su ejemplo y haciendo surgir, a su paso, asilos, Iglesias, hospitales e instituciones sociales de caridad y beneficencia, que aún pregonan el celo y caridad del más virtuoso y santo de los Obispos argentinos.

Tenemos en nuestro poder una relación informativa, inédita, que hizo de los trabajos apostólicos del Ilmo. Obispo Esquiú, el virtuoso Cura Párroco de Bell-Ville, Mons. Eduardo R. Ferreyra, fallecido hace un año a pedido de Mons. Bustos, quién nos la ha cedido gentilmente para utilizar los preciosos datos que contiene, en el modesto trabajo que vamos realizando en homenaje a las virtudes del siervo de

Dios. Y aunque es un tanto extensa, como toda ella es tan interesante como tomada del natural, y está escrita con tal unción y sinceridad, reflejando en cada frase el sello de veracidad y frescura, propias del testigo ocular y del hombre de conciencia, y hasta pensamos que fuera algo así como una profanación el mutilarla, hemos optado por agregarla íntegra a este capítulo, aunque por ello tengamos que alargarnos más de lo que habríamos deseado, seguros de que con ello nuestro trabajo va a ganar en mérito y en información auténtica. Dice así:

"Córdoba, Octubre 21 de 1921. Ilmo. y Rmo. Señor Obispo Diocesano. — Cumpliendo el deseo de V. S. I. de darle alguna noticia de la misión que predicó el Ilmo. y Rmo. Señor Obispo Esquiú, en Bell-Ville, el año 1882, siendo yo Cura, indico lo siguiente:

"El Ilmo. Señor Obispo, de santa memoria, estaba persuadido de que en aquel inmenso curato, que ahora está dividido en diez, se había perdido la fe; y por esto, y por su inmensa caridad con el Cura, que recién había ordenado y nombrado, dió allí una misión que

duró tres meses, visitando todas las Iglesias y todos lo centros de población donde no había iglesia y misionando en ellos, aunque fueran pequeños; pero la fama de santidad que le seguía, hacía que estos pequeños centros se convirtieran en lugares de gran concurrencia, asistiendo las gentes de grandes distancias y siguiéndole muchos de un punto a otro, no pudiendo hartarse de su doctrina y del brillo de sus virtudes.

"Predicó siempre el CREDO, mañana y tarde, en todas partes. Muchos caudillos, apartados de la religión, convertidos ya, seguían la misión y hacían oficio de comisarios, buscando a las gentes de mal vivir y consiguiendo, por la influencia que tenían sobre ellos, que se acercasen a la misión y se convirtiesen.

"En la Parroquia duró la misión 17 días: asistía a todas sus pláticas toda la gente principal y todos los comerciantes incrédulos y ateos; era viva la atención; pero si veía que dos personas hablaban entre sí, en el acto cortaba su discurso, diciendo: *No sois de Dios, por eso no escucháis la palabra de Dios, y*

se bajaba del púlpito. Esta terrible lección hizo que en los 24 años que serví aquél Curato, viviese siempre admirado de la atención y gusto que manifestó siempre el pueblo para escuchar los sermones y el sumo respeto y compostura en la Iglesia. Dejó bien sembrada la semilla, que los actuales diez virtuosos Curas hacen producir: de modo que aquellos Curatos, actualmente, no son menos piadosos que los que antes eran reputados como mejores.

"El Obispo Esquiú era absolutamente pobre: repartiendo siempre entre los pobres toda su renta.

"Lo siguiente dará alguna idea del amor y veneración que inspiró en aquel Curato el Obispo Esquiú. A su muerte, llorada allí por el Cura y sus feligreses como la del más tierno padre, fué tal la cantidad de misas que me encargaron por el Obispo, unos por sufragios y otros por votos, creyendo haber obtenido, o esperando obtener favores por su intercesión, que durante un año, mandando mucha cantidad de estas misas a la ciudad, el Cura, fuera de las pocas misas obligadas por su ministerio, todas las libres fueron aplicadas por el

finado Obispo.

"La siguiente anécdota, que paso a referir, dará una idea de cuanto fué allí venerado el Obispo. Seis años después de su muerte, galopaba yo para auxiliar un enfermo, que estaba muy lejos de la Parroquia; y preguntando al que me conducía, quien era el enfermo, me contestó: "Es mi mujer, señor Ud. la conoce mucho y a mí también.

—"No recuerdo: ¿cómo se llama usted?

—N. N. Nosotros somos un matrimonio que le dimos mucho trabajo: vivíamos en contínua guerra e íbamos, cada semana, a que nos separase.

—¿Y cómo es, entonces, que ahora viven en paz?

—Señor: cuando la mision del santo Obispo Esquiú en Ballesteros, fuimos a ud., ya resueltos a no juntarnos más, por ningún motivo: nos odiábamos en tal forma, que temblábamos de llegar al crímen, asesinando yo a mi mujer, o que ella me asesinara a mí. Ud. nos tuvo mucho tiempo por convencernos; y no pudiendo nada, nos llevó al santo Obispo, y lo puso en el caso de lo que ocurría. El, con el amor que tenía a to-

dos los pobres, nos encerró en su cuarto y nos hizo llorar con su palabra, más de una hora; pero nada pudo conseguir. "Señor — le decía — yo temo asesinar a mi mujer: la odio con toda mi alma" — Y ella decía lo mismo. Nos separó por los días de la misión, mandándonos que nos confesáramos. Pero salimos firmes, diciéndole que no nos juntaríamos. El, sin embargo, nos bendijo y nos regaló un rosarito. Entonces le pedimos nos diera uno a cada uno. A lo que él nos contestó: "No: vosotros dos sois una sola persona, que Dios ha unido. Si no pueden vivir juntos, rompan el rosario en dos partes, y cada uno conserve la mitad en recuerdo de su Obispo...

"Señor: no nos animamos a romper el rosario del *santo*, y hacen seis años que en él rezamos juntos y vivimos en paz.

"El Obispo Esquiú fue allí venerado como santo". — (Firmado) E. R. Ferreyra."

Huelgan los comentarios a una relación tan clara, tan sencilla y a la vez tan elocuente, que, dado el carácter y autoridad moral de quien testifica — vir-

tuosísimo sacerdote, celoso Párroco y testigo presencial de cuanto relata —, vale por todo un libro.

CAPITULO XVIII.

Nuevo relato del Cura Ferreyra: — Algunos episodios interesantes. — El asunto de los Cementerios. — Pasa a La Rioja y arregla pacíficamente el conflicto eclesiástico con el Gobierno.

Después que escribiera la relación que queda transcripta en el capítulo anterior, Mons. Eduardo R. Ferreyra, ex-Cura de Bell-Ville, instado de nuevo por Mons. Bustos para que escribiese algo más de lo mucho que conocía sobre la acción apostólica del Obispo Esquiú, durante el tiempo que llevó vida de misionero en la Parroquia de Bell-Ville, amplía su relato anterior, con fecha 2 de Noviembre de 1921, en la forma siguiente: "Cuando, días pasados, entregué a V. S. I. una carta para manifestarle cómo fue querido y venerado en Bell-Ville el Ilmo. y Rmo. Señor Obispo Esquiú, V. S. Ilma. me

dijo que le anotara algo más... Le hablaré algo de lo que constituía su recreo. Como él tenía tanta caridad para con todos, durante aquella misión de tres meses, en que transformó aquel Curato, él no perdía momento libre de sus tareas, ocupándolos en ayudar al Cura en su trabajo material. Así, en el campo, se hacía cargo de las informaciones matrimoniales, de la anotación de las confirmaciones, etc. En esos casos, sea por la mucha tarea en escribir, o por humildad, él se quitaba el pectoral, el anillo y el solideo; y como nunca varió la forma del hábito franciscano, quedaba con la apariencia de un simple fraile. Sucedía, a veces, que algunos campesinos, que venían de lejos con el deseo de conocerlo, entraban al cuarto de su trabajo y me decían: "Señor Cura, hágame conocer al Obispo; él, en el acto, se levantaba, y tomando por la mano al paisano, lo obligaba a sentarse, y empezaba a preguntarle, con inmenso cariño, de su esposa, de cuantes hijos tenía, casados o solteros, si eran religiosos y sumisos a sus padres, si se confesaban, si sabían la doctrina, etc., hasta que el paisano,

que ardía en deseos de ver al Obispo, se paraba y me increpaba: "Señor Cura: ¿dónde está el Obispo? — "Pero, amigo: con él está hablando" — le contestaba el señor Obispo... El paisano, anonadado, se dejaba caer al suelo, de rodillas, buscándole los piés para besárselos; pero él ya lo había levantado, y teniéndolo estrechamente abrazado y unido su venerable rostro al tosco, y a veces sucio, del campesino, empezaba a sugerirle al oído "sus encargos", que no podían jamás olvidarse, y muy pronto empezaban a destilar las lágrimas del pobre, que se derramaban después en abundancia, siempre que se acordaba de aquél, para él *su feliz momento*. El Obispo sentía un placer singular con estos chascos, y decía: "¡Oh santo hábito que todo lo encubres!"

***

"Pocos días antes de morir, el Obispo fué a Bell-Ville para arreglar asuntos del cementerio, que la autoridad civil lo había violentamente arrebatado. El día de su vuelta era fijo, y no podía demorarlo, porque debía encontrarse en La Rioja en día fijado por el Go-

bernador de élla, para conferenciar sobre el mismo asunto del Cementerio, que también lo habían atropellado. El tren pasaba a la una; y como el Obispo estaba ya enfermo, hice adelantar un poco el almuerzo y le obligué a que se recogiese una hora, prometiéndole despertarlo con el café servido. Llegada la última hora, me presenté con el café servido, y me dijo lo dejase un momento más, porque no se encontraba bien; varias veces le advertí que se pasaba la hora del tren, hasta que se levantó, tomó tranquilamente el café y se puso a escribir algo, que yo creí sería de mucha urgencia, porque conocía el apuro que tenía de marchar; pero no lo era. Escribió un pliego de papel grande, de las cuatro caras, con encargos al Cura sobre actos de devoción, que convenía infundir al pueblo, etc. Cuando concluyó, el cochero alegaba que era inútil ya la ida a la estación, porque hacia más de una hora que sabía había pasado el tren. S. S. I., bromeando, le contestaba: "No, hijo: es que el Cura no quiere a su Obispo y quiere despacharlo pronto, sin pensar que talvez es la última vez que nos ve-

mos". Aunque yo recibía esto como una broma cariñosa del Señor Obispo, no podía concluir de besarle las manos y bañárselas en lágrimas. El parecía gozarse mucho en esto, y me abrazaba, riendo y repitiendo su broma, de modo que aquélla despedida resultó larga. Aún, al subir al coche, preguntó si había tomado el te el señor Conónigo González, que le acompañaba; y como él le contestara que nó, se volvió tranquilamente, ordenando hicieran te, para obligarle a que lo tomase.

Cuando fuimos a la estación, encontramos la noticia de que el tren llegaría a las cuatro, porque había descarrilado. No pude entonces dudar de que los ángeles del cielo se comunican con los ángeles de la tierra, y que ellos le habían comunicado el descarrilamiento del tren. Siguió viaje a La Rioja S. S. Ilma., y a su vuelta, murió en la estación Recreo (la Posta del Suncho, cuatro leguas al suroeste del Recreo)... De modo que se cumplió aquella especie de profecía, dicha en tono de broma, pero muchas veces repetida, de que el Cura de Bell-Ville no volvería a ver a S. S. Ilma..."

***

"Me parece bien hacer notar igualmente otra coincidencia respecto al lugar en que murió el Señor Obispo Esquiú, que no aseguro, por hacer ya 42 años, más o menos, a que sucedió, y es la siguiente: el día de su consagración, en la catedral, concluida élla, subió al púlpito, y creo que dijo esto: "que por voluntad de Dios, él se entregaba al servicio de esta Diócesis, abandonando aquel querido rincón de Catamarca que no volvería a ver hasta el día de su muerte". Y resulta rara la coincidencia de que su muerte acaeciera en la Estación Recreo (en el Suncho, hoy Esquiú), en territorio de Catamarca". Hasta aquí Mons. Ferreyra.

***

Después de las dulzuras y satisfacciones que experimentó, en medio de sus fatigosas tareas apostólicas, el Obispo Esquiú, viendo el fruto abundante de conversiones y acrecentamiento de la piedad en todos los pueblos de campaña que recorrió en gira de misiones, tuvo que ver amargados sus postreros días por dos hechos ingratos, que vi-

nieron a acelerar su muerte: fueron estos, el despojo violento que se cometió contra la Iglesia, arrebatando por la fuerza el Cementerio de Bell-Ville, llevado a cabo por la autoridad municipal de aquel Departamento. y el Reglamento arbitrario y violatorio de los derechos de la Iglesia. hecho por el Gobierno civil de La Rioja. Bien que este último tuvo algún colorido de derecho por parte del gobierno, ya que se trataba de un nuevo Cementerio construído por las autoridades civiles; pero que tratándose de un asunto sagrado, cual es el Cementerio cristiano, destinado a guardar los despojos mortales del pueblo fiel, era indispensable dar a la autoridad eclesiástica la participación que le corresponde: cosa que no se consultó al hacer el Reglamento y sí se negaban abiertamente los derechos inalienables de la Iglesia.

El primero, el caso de Bell-Ville, fué todavía más arbitrario y violatorio, constituyendo un verdadero atropello, en que se arrebataron violentamente las llaves al Cura Párroco, no obstante ser un Cementerio netamente eclesiástico; agregándose a ello la terque-

dad de las autoridades municipales, que rehuyeron toda discusión y arreglo pacífico con el virtuosísimo Pastor, que, ya enfermo y con paso vacilante, se trasladó allí en busca de un arreglo pacífico, pidiendo previamente a la autoridad comunal una conferencia amistosa, que se le negó y se pusieron pretextos frívolos para no afrontar una discusión. Esto amargó sobremanera el corazón del Obispo Esquiú, teniendo que regresar a la Ciudad sin haber podido arreglar este ingrato asunto.

Por los borradores que se encontraron luego, escritos de puño y letra del Obispo Esquiú, se ve que estaba resuelto a llevar el asunto a los tribunales civiles; y si esto no fuera eficaz para devolver el Cementerio a la Iglesia, iba a declararlo violado y ponerle entredicho eclesiástico. Pero tuvo que dejar en suspenso esta determinación hasta su regreso de La Rioja, a la que llevaba otro asunto análogo y más urgente aún.

Entre tanto quedaban "triunfantes" y muy ufanos los Concejales del Municipio de Bell-Ville; pero este

triunfo efímero de la fuerza contra el derecho sagrado e imprescriptibles de la Iglesia, debió quemar las manos y la conciencia de sus autores en más de una ocasión; pues, vemos que, años más tarde, la autoridad municipal de Bell-Ville trató de "justificar" el despojo violento del Cementerio, alegando que el terreno en que éste estaba edificado, "se había descubierto" ser propiedad del Municipio (!!)...

En el asunto de La Rioja fué más afortunado el P. Esquiú, pues con su presencia, con su palabra persuasiva y sus maneras cultas y llenas de bondadosa mansedumbre, consiguió del Gobierno que se modificase el Reglamento y se diese a la Iglesia la participación que le corresponde en la sepultura religiosa de sus muertos. Y tuvo la satisfacción de bendecir, en un acto postrero de su gobierno pastoral, la Capilla anexa al Cementerio de La Rioja y estrechar aún con este acto los vínculos de amistad que lo ligaban al Gobierno y pueblo de aquella Provincia cristiana y culta.

CAPITULO XIX.

Ultimos momentos del Obispo Esquiú. Su preciosa muerte. — Sepelio de sus restos en Avellaneda. — Decreto del Gobierno Nacional.—La autopsia del cadáver. — Versión del envenenamiento. — El sepelio en la Catedral. — El Corazón. — Las exequias y el duelo nacional.

Los últimos momentos de la vida admirable y apostólica del siervo de Dios, fueron como el compendio y coronamiento de toda su vida de sacrificio y el cumplimiento de sus anhelos de varón justo. Su vida entera la había ofrecido a Dios en las aras de la caridad más pura, inmolándose diariamente, sin vacilaciones, sin economía de sacrificios, y, lo que es más, con heroico desprendimiento, despojado en absoluto de toda ambición terrestre. La síntesis de sus aspiraciones y el perpetuo anhelo de su vida de sacrificio, puede compendiarse en estas dos palabras, que fueron el lema de su gobierno, como antes lo habían sido de su vida: *ser siervo de todos por amor a Jesu-*

cristo, y morir olvidado de todos, a imitación de Jesucristo. Ese fué su anhelo, su deseo de todo momento.

Su vida ya la conocemos, que fué esa precisamente: su muerte será también una pálida imagen de la muerte y soledad de Jesús. Recuérdese la frase final de aquella apóstrofe tan sentida, que lanzaba en tono de despedida y de añoranza, a Jerusalén, días después de su consagración de Obispo: "Sólo pido a Dios el inestimable bien de que me haga participante de tu suerte, que es la suerte de todos los santos: ser nobles y desolados como tú, ¡oh amada Jerusalén!" Cuando recibió la cruz de oro que sirvió de pectoral al Obispo Alvarez, su predecesor inmediato, que falleció, misionando, en las solitarias y abruptas sierras de Chilecito (La Rioja) pronunció esta frase por demás significativa: "De simple leño que fuera esta Cruz, la habría llamado "preciosa reliquia", por haber pertenecido al Sr. Alvarez, de santa memoria. Si el Señor me concede seguir las huellas de ese hombre más que ilustre, y *tener su misma muerte,* seré feliz. Desde que me preocupa la espectativa del terri-

ble cargo, *no he aspirado otro porvenir...*"

Dios había escuchado su plegaria e iba a colmar sus deseos, llamándole a Sí desde la soledad del desierto, en los precisos momentos en que *de hecho* ofrecía su vida por sus ovejas. Enfermo y casi agotado, había emprendido ese viaje, que debía costarle la vida, desafiando los rigores de un ardiente sol de estío y las incomodidades penosas de una desvencijada diligencia. a través del desierto inmenso, arenoso y polvoriento que media entre los límites de Córdoba, Catamarca y La Rioja...: y todo ello en servicio de los intereses espirituales de su rebaño y por amor a Jesucristo: se trataba de defender los derechos religiosos en el Cementerio urbano de La Rioja.

***

Arreglado satisfactoriamente el asunto que lo llevaba; después de visitar como padre cariñoso todas las Iglesias y Colegios religiosos de La Rioja, celebrando misas en cada una de ellas; habiendo administrado al Sacramento de la Confirmación en los principales tem-

plos de la ciudad, sintiéndose ya enfermo y agotado de fuerzas, emprende su viaje de regreso, no habiendo podido celebrar misa los dos últimos días por la grave enfermedad que padecía. Salió de La Rioja el 8 de Enero de 1883, después de haber recibido la Sda. Comunión en la Capilla de S. Francisco Solano y oído la misa, por no poderla él celebrar: fué su viático para el viaje final. Atravesó, en mensajería, todo el desierto o casi desierto que media entre La Rioja y Catamarca, cruzando Los Llanos — campos áridos y arenosos, que, en la estación estival, sobre todo cuando las lluvias escasean, como ocurría entonces, se levantan nubes de polvo, que quema la piel y sofoca la respiración—; así pasaron el primero y segundo día, penosamente y durmiendo al raso, oyendo, además, en todas partes el lamento general de los pocos habitantes que moran esas áriads regiones, por la pobreza y la larga sequía que afligía y azotaba a toda la región. Hacía nueve meses que no llovía, y lo que antes era "campos de soledad" se había convertido en región desolada y campos de tristeza y de muerte. El

Obispo que veía la aflicción de aquellas pobres gentes y escuchaba enternecido el relato de sus miserias, los alentaba en su confianza en Dios, les inculcaba la necesidad de orar, y donde quiera que paraba la mensajería, se alejaba del camino, se internaba en el bosque y oraba, puesto en cruz como Moisés, pidiendo a Dios aliviase la situación penosa de todos sus habitantes.

En cada posta que bajaba, como muchos se acercaban a él para saludarlo, les hablaba de Dios, les instruía en la fe, les daba rosarios y medallas y administraba el Sacramento de la Confirmación a los párvulos. Enfermo y desfalleciente como venía, se olvidaba de sus propios males para hacer el bien a los demás.

El segundo día de viaje lo pasó regular, pero en el tercero se agravó tanto que ya no podía casi moverse en su asiento. Cuando llegó a la posta llamada "Pozo del Suncho" (hoy Estación Esquiú), no pudo bajarse por sí mismo: lo bajaron en peso y lo llevaron a la casa más cercana, propiedad de D. Fernando Santillán, donde falleció a las 3 de la tarde del año del Señor de

1883, media hora después de su llegada, edificando a todos con su resignación y sus consejos llenos de caridad y santa unción, después de recibir piadosamente los Sacramentos de la Confesión y Santa Extramaunción, de manos de su familiar y acompañante, el Pbro. D. Pedro Ignacio Anglada. — R. I. P.

***

Allí murió, como lo había deseado y hasta pedido a Dios el Obispo Esquiú: en la soledad del desierto, víctima de su celo pastoral, en el más modesto y escondido rincón de Catamarca, su querida Provincia natal, que tanto amó y a la que ofreció, al separarse para siempre de ella, conservarla siempre grabada en su amante corazón de hijo. Y ¡cosa singular! la única vez que puso sus piés en territorio catamarqueño, después de ser Obispo, fué para entregar su alma al Criador, volando al cielo, como quién dice, desde los brazos cariñosos de su querida Provincia-madre...

Con la rapidez del rayo se esparció, en un instante, por todos los confines de la nación entera, la muerte del gran Obispo de Córdoba, produciendo en to-

do el país una consternación profunda, exteriorizada por la prensa y por todos los órganos de publicidad de la República.

El duelo fué general, el sentimiento intenso, y su exteriorización sincera, patética y elocuente: pero la nota más sentida y enternecedora la dieron, en Córdoba, los pobres y los huérfanos, que en crecido número, mayor de lo que podía suponerse, alimentaba en su palacio el Obispo. Una multitud de pobres e indigentes se agolpó a las puertas de su casa a llorar y dar rienda suelta a su dolor, mezclando sus lamentos al lúgubre y doliente clamoreo de las campanas de todos los templos de la ciudad, que anunciaban al pueblo cristiano la muerte de su Pastor...

***

Al día siguiente del fallecimiento del santo Obispo, su cuerpo fué transportado en el coche de la Mensajería hasta la estación de Recreo (4 leguas distante de El Suncho), donde lo esperaba ya un tren del Central Córdoba, que lo condujo hasta la Estación Avellaneda, en la Provincia de Córdoba. Allí lo

esperaba una numerosa y selecta delegación del Clero cordobés, Ordenes Religiosas, Autoridades civiles y pueblo, que venía a recibir el cadáver y conducirlo en coche expreso hasta la ciudad. Al efecto se llevó un cajón fúnebre de lujo; pero el cuerpo del difunto, debido al calor excesivo, al traqueteo de la mensajería, primero y del tren, después, y ser ya el día tercero de la muerte y haber sido conducido sin cajón y sin mayores precauciones, se hallaba en plena descomposición: razón por la cual no pudo ser colocado en el cajón que se llevó, que resultó chico y sobrado estrecho... Diríase que, aún después de muerto, huía al lujo de un rico cajón mortuorio, el que, en vida, había sido la personificación de la pobreza seráfica!

Providencialmente y sin propósito deliberado, se encontró en Avellaneda un Padre franciscano, el R. P. Fr. Juan Baigorrí, quien recibió, con acuerdo de todos, el cuerpo del difunto y le dió sepultura en la Capilla de Avellaneda, construida con la ayuda material y moral del Obispo Esquiú y bendecida por él mismo, el año anterior.

El que se honró toda su vida con el hábito de S. Francisco y honró él mismo a su Orden, con su vida intachable y ejemplar, imitando en todo a su seráfico Padre, no tuvo otra mortaja con que cubrir su cuerpo, al entregarlo a la tierra, que el hábito franciscano, ni podía faltarle un hermano de Orden que recogiera, piadosamente, cariñosamente, sus despojos mortales y les diera honrosa sepultura, testificando con sus lágrimas la presencia de la Orden que lo lloraba, como una madre tierna y atribulada, y con el corazón desgarrado por el dolor, le daba la última despedida y le echaba, al depositarlo en la tumba, su postrera bendición!...

***

En Avellaneda estuvo sepultado 31 horas hasta que, por Decreto del Gobierno Nacional, fué sacado y conducido a Córdoba para practicarle la autopsia decretada, que respondía precisamente a la versión publicada en algunos diarios, de que se trataba de un *posible envenenamiento* y era menester esclarecerlo cintíficamente para satisfacer a la opinión pública y como

una prueba de vigilancia y solicitud de parte de los poderes públicos de la nación.

Así se hizo, interviniendo en ella los mejores médicos de Córdoba y dando por resultado el siguiente INFORME, suscripto por el Dr. Tomás Cardozo, Director del Consejo Nacional de Higiene, que se publicó en casi todos los diarios de la República: "*No he encontrado absolutamente ninguna substancia venenosa*". (El examen químico se practicó sobre las entrañas del difunto).

En consecuencia, consideramos infundada la versión sobre el pretendido envenenamiento del Obispo. Verdad es que la comisión médica, que practicó la autopsia del cadáver, no produjo diagnóstico sobre las posibles causas de la muerte del santo Prelado; limitándose solo a extraer las *vísceras* y entregarlas al Consejo Nacional de Higiene para el examen químico de las substancias que contuviese, y luego embalsamar el cadáver, después de extraer la parte corrupta y rellanar, con masa de cera, los vacíos dejados por la descomposición. ¿Que hubo negligencia u oculta-

miento en el examen químico? Todo puede ser; pero una mera presunción no basta para fundar una afirmación en materia tan grave y, sobre todo, para establecer un hecho, imparcial y justiciero.

Ante el informe médico que declara *no haber encontrado substancia venenosa* en las vísceras del finado Obispo; teniendo en cuenta, además, que, después del largo viacrucis que sufrió el cadáver, enterrado 31 horas en contacto inmediato con la tierra, no obstante la descomposición exterior, el *corazón se encontró íntegro y rubicundo* cual si recién acabase de latir, y que se conserva aun incorrupto, después de 43 años, como puede verse en el Convento franciscano de Catamarca; después de todo esto, suscribimos gustosos a la opinión de Dn. Manuel Fernández, en cuyos brazos murió el santo Obispo, como lo testifica él mismo, "*de que su muerte la había causado una congestión cerebral*". Agregando luego, en tono solemne: "Así lo creo y casi puedo asegurarlo". (Véase "El P. Esquiú. Su Vida Pública" por el R. P. Fr. M. González, pág. 702).

Adviértase que el Sr. Fernández es testigo ocular, persona ilustrada y fidedigna, adornado de ciertos conocimientos médicos, ya que tenía consigo un botiquín homeopático, viajó con el Obispo y le administró algunos medicamentos cuando lo vió enfermo, siguiéndolo desde el principio hasta el desenlace final de su enfermedad. Puede, en consecuencia, decirse que su testimonio reviste el carácter del testigo ocular de *mayor excepción*. Podríamos abundar en mayores consideraciones y aducir muchos otros testimonios y circunstancias, tales como las insolaciones registradas, por esos días, en La Rioja y otros puntos de la República, el estado de debilidad en que se hallaba el Obispo y que venía ya enfermo desde que salió de Bell-Ville, como lo testifica Mons. Ferreyra, etc.; pero basta con lo dicho, para fundar brevemente nuestra opinión al respecto.

***

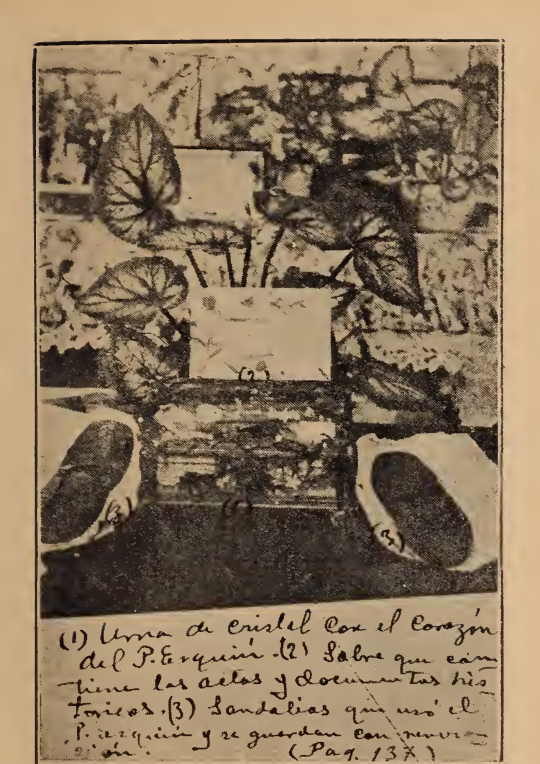
El cuerpo, después de ser embalsamado, fué sepultado con todos los honores del caso, en la Catedral de Córdoba. Allí está hasta el día de hoy. El

corazón, en cambio, que se encontró fresco como el corazón de un vivo, fué apartado del cuerpo, colocado en un frasco con alcohol y guardado en casa de uno de los médicos que practicaron la autopsia, con la intención de mandarlo al Museo Nacional de Buenos Aires: pero habiendo llegado oportunamente el hermano del difunto Obispo, D. Odorico Esquiú, este se interesó en llevarlo consigo a Salta, como un recuerdo de familia, de un valor inapreciable, que él recogía para consuelo suyo y de sus hijos.

Dn. Odorico, que era catamarqueño y tenía sus hermanas en Catamarca, quiso ir allí, de paso para Salta donde vivía, después de haber asistido al sepelio y funerales de su hermano Obispo, con el fín de consolar a sus nobles hermanas, que se encontraban sumidas en la mayor desolación, llorando la muerte de su querido Mamerto. Allí permaneció algunos días, hospedado, como de cosctumbre, en el Convento de S. Francisco; y cuando se disponía ya a marcharse a Salta, los empeños y ruegos de los Padres franciscanos, iniciados desde el primer día de su llegada,

se redoblaron en el último, pidiéndole dejara allí el Corazón del querido y santo Obispo, que tanto amó en vida aquel viejo Convento, pobre pero muy glorioso con haber sabido formar un varón tan ilustre, y que lo sería aún más si tuviera la dicha de guardar tan preciosa reliquia.

Las instancias tuvieron su efecto; pues al amanecer del día siguiente, Dn. Odorico manifestó al Guardián, R. P. Fr Juan Bautista Muro, que, durante la noche, se había formado el convencimiento de que el Obispo Esquiú quería que su corazón se guardase en ese Convento y que, en ninguna parte, estaría mejor que allí. Y lo dejó de hecho, con alegría y contento de todos los Padres del Convento. Así consta de los documentos que se conservan en la urna que guarda el Corazón del siervo de Dios, con excepción de algunos detalles que nos ha trasmitido el testimonio oral de los Padres que intervinieron en el asunto y fueron testigos presenciales de la entrega. que hizo D. Odorico, de tan preciosa reliquia, y que nosotros mismos hemos oído repetidas veces.



(1) Urna de cristal con el Corazón del P. Esquiú. (2) Sobre que contiene las actas y documentos históricos. (3) Sandalias que usó el P. Esquiú y se guardan con veneración. (Pag. 137)

***

Solemnes y pomposos funerales, con oraciones fúnebres en que intervinieron los mejores oradores sagrados del país, se celebraron en toda la República, en sufragio del alma del virtuoso Pastor, que enlutó justamente a la nación entera. Todos los oradores, así como los diarios y revistas de todo el país, ensalzaron a porfía los grandes méritos del extinto, sus altas virtudes de religioso y de Pastor, reconociendo todos que el P. Esquiú había sido el más grande y santo de los Obispos argentinos y que su muerte dejaba, en la Iglesia, un vacío inmenso, muy difícil de llenar.

La Orden franciscana, a su vez, celebró por su alma, en todos los Conventos de la República, solemnes funerales, con oración fúnebre en casi todos ellos y en especial en Catamarca, en Córdoba, en Buenos Aires y hasta en el Colegio de Misiones de Tarija, al cual estuvo incorporado el P. Esquiú y prestó sus valiosos servicios de misionero apostólico por espacio de doce años.

CAPITULO XX.

Glorificación del apóstol. — Una tumba que florece. — Lápidas, Recuerdos y Monumentos. — En Esquiú.— En Avellaneda. — En Catamarca. — Museo Esquiú. Calles, Plazas, Bibliotecas y Escuelas. — Publicaciones biográficas. — Su Causa de Beatificación. — Un voto final.

La glorificación del Obispo Esquiú, del gran Apóstol argentino, estalló al siguiente día de su muerte: es la eflorescencia de su tumba, que aun exhala a través del tiempo y del espacio, los dulces aromas de la santidad, que cultivó, con afanoso empeño, durante su vida abnegada de apóstol. Y si aún en vida fué honrado con el título justiciero de "santo", a pesar de sus sinceras protestas de varón humilde, cuando la muerte tronchó el tallo de su preciosa vida, la fragancia de sus virtudes se exhaló por todos los ámbitos de la República y aún de toda la América del Sud, como un frasco de delicadas esencias que se rompe, impregnando con sus perfumes todo el ambiente que lo rodea.

Y a medida que corre el tiempo sobre su tumba, mejor se descorre el velo de su humildad que cubría, durante su vida, sus altas virtudes de varón justo, y más bien se aprecia y se estima su ciencia de sabio y su prudencia y caridad de Pastor evangélico. A casi medio siglo de distancia de su muerte, vemos, con asombro y con justo regocijo, que su figura se agranda cada día que pasa y su apoteosis se perfila y adquiere todos los relieves del superhombre, que se impone a la conciencia de sus conciudadanos, como esas altas montañas de granito, que se yerguen magestuosas sobre la llanura del valle, descuellan sobre las cumbres de la montaña y se imponen a nuestra vista, con la grandeza aplastadora de sus inmensas moles de granito. Contra ellas nada puede el tiempo ni el espacio, antes bien parece que se robustecen con el peso de los siglos y se agrandan y se elevan hasta tocar el cielo con sus cumbres coronadas de nieve, a medida que más se alejan de nosotros y se las contempla de mayor distancia. Tal ocurre con la figura singular y única del gran Obispo franciscano, que se llamó sencillamente, Fray Mamerto Esquiú!

***

Muy poco tiempo después de su muerte comenzó, como un acto de justicia póstuma, su glorificación: brotó espontáneamente de su tumba, como la flor del tabaré. Lo primero que se hizo, fue levantarle en "Pozo del Suncho", un modesto pedestal, coronado por una cruz y adornado con una placa de bronce, que recordase a la posteridad el lugar santificado por la muerte del gran apóstol argentino. La placa lleva la siguiente inscripción: "'10 de Enero de 1883. — Falleció en este lugar el I S. Obispo Dr. D. Fray Mamerto Esquiú y Medina. Fué humilde, sabio y prudente. — ¡Viajero! ruega a Dios por su descanso eterno. — El Vicario Capitular Dr. Gerónimo E. Clara y el Clero de su Diócesis consagran este recuerdo a su memoria. — R. I. P...."

Este pequeño monumento fué erigido el año siguiente de su muerte (1884), consiguiéndose al mismo tiempo que el Gobierno Nacional diese un decreto por el cual se daba a esa localidad el nombre de "Esquiú" y se construyese allí la estación del Ferrocarril Cen-

tral de Córdoba, en construcción entonces, honrando con ello la memoria del gran Obispo que allí murió.

***

En Avellaneda, donde su cuerpo estuvo sepultado por espacio de 31 horas, se colocó también, el 10 de Abril de 1892, una lápida conmemorativa del hecho y pregonera de sus virtudes, que dice así:

"Justo homenaje de admiración y respeto a la memoria del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Doctor don Fray *Mamerto Esquiú y Medina*, dignísimo Obispo de Córdoba. Consagrado en la Capital de la República el 12 de Diciembre de 1880. Muerto en El Suncho, dando como *buen Pastor* la vida por sus ovejas, en las selvas solitarias de su rebaño, el 10 de Enero de 1883, y sepultado en este lugar al siguiente día, a las siete pasado meridiano, de donde fue exhumado treinta y una horas después, para ser trasladado a la Iglesia Catedral de Córdoba. R. I. P."

***

En 1901 se hizo solemne traslado del

Corazón del Siervo de Dios, que hasta entonces habíase conservado dentro de una urna sobrado modesta e insegura, en la salita del Convento de S. Francisco, a un nicho abierto *ad hoc* en un pilar de la nueva Iglesia del Convento; y, colocado allí con todo honor, previa una misa de funeral solemne con oración fúnebre y asistencia de todas las autoridades civiles y religiosas de la Ciudad y gran concurso de pueblo, se guardó dentro de una preciosa urna de cristal de roca y tapizada por dentro, asegurándose la puerta del nicho con una lápida de granito verdinegro, pulida y labrada, que sirve de puerta y lleva grabada en doradas letras esta inscripción: "*Aquí descansa el corazón del Padre Esquiú. — R. I. P.*"

***

En 1907, la sociedad de Catamarca, por iniciativa de las más distinguidas damas de la ciudad, le dedicó un artístico Medallón de bronce, con la imagen del Obispo en alto relieve, fundido en el Arsenal de Guerra de la nación, por gestiones hechas por el Comandante retirado D. Estanislao Maldones. Esc-



Medallón de bronce en el atrio del templo de
S. Francisco. — Catamarca.

medallón fué colocado en un ángulo del atrio del templo de S. Francisco, dentro de un hermoso marco de granito de nuestros cerros, artísticamente labrado y pulimentado, que da testimonio del cariño y veneración que conserva Catamarca hacia el varón ilustre, que la ha honrado y enaltecido con el brillo de su genio y el esplendor de sus virtudes. Ese hecho dió lugar a una hermosa fiesta religioso-social, que revistió los contornos de un verdadero acontecimiento para Catamarca; asistiendo a ella las autoridades civiles y religiosas de la ciudad, lo más distinguido y selecto de la sociedad catamarqueña, representantes de ambos cleros y gran concurso de pueblo. Pronunciaron discursos alusivos al acto, en nombre del Gobernador de la Provincia que lo era el Dr. Enrique Ocampo, habló el Dr. Emilio Molina, luego D. Julio Herrera, el Comandante Maldones, en nombre de las damas, y contestó en nombre de la Comunidad franciscana, agradeciendo el homenaje y recibiendo el Medallón de bronce, el R. P. Fr. Luis Córdoba, que estas líneas escribe. Los discursos se publicaron, primero,

en los diarios locales, y más tarde fueron incorporados a la obra que escribió el R. P. Fray Mamerto González, que lleva por título: "El P. Esquiú — Su vida pública".

***

MONUMENTOS.—El día 11 de Mayo de 1913 — aniversario del nacimiento del Siervo de Dios — el R. P. Fr. Antonio de J. Lobo, Guardián del Convento de S. Francisco y Rector de la V. O. Tercera, presentó a la asamblea reunida de la Tercera Orden, el proyecto de lavantar un monumento al "hombre de Catamarca", que se llamó el Padre Esquiú: monumento que se levantaría en la plazoleta del Convento, con el concurso de toda la sociedad catamarqueña, autoridades y pueblo de la Provincia y aún de la nación, a fín de que resultase un homenaje digno de la personalidad histórica del ilustre Obispo y gran patricio argentino.

La idea fué recibida con aplauso general de todos, y, organizada debidamente, se llamó a colaborar en ella a todo lo más selecto y representativo de la sociedad, formándose así una nu-

merosa y distinguida asamblea y, a la vez, una Comisión Ejecutiva que se encargaba de llevar a cabo la obra proyectada. Así se hizo; y ahora, al cabo de doce años, una grandiosa y artística estatua de bronce, que mide tres metros de alto, con un peso de 2.900 kilogramos, fundida en el Arsenal de Guerra de la Nación, se halla pronta para ser montada sobre un basamento de granito, que se construirá, dentro de poco, en el centro de la Plazoleta Esquiú, dando lugar este acto de justicia póstuma a una fiesta social, que, a no dudarlo, revestirá los contornos de un grandioso acontecimiento nacional.

Casi al mismo tiempo que este, se proyectó también otro monumento al P. Esquiú en Piedra Blanca, lugar de su nacimiento, frente a la casa paterna del Siervo de Dios, en la plaza de la villa; y en una hora de entusiasmo popular, y debido a la acción y celo del entonces Cura Párroco del Departamento, Pbro. D. José M. Cisneros, llegó hasta construirse el pedestal que debía sostener la estatua y... allí quedó! Esperemos que otra nueva oleada de entusiasmo se encargue de reunir los fondos que

faltan para adquirir la estatua, que está pidiendo a gritos ese casi abandonado pedestal. . .

***

El Museo Esquiú.—El año 1919, se abrió, en el Convento de S. Francisco, un modesto Museo que, al inaugurarse, se le dió el nombre de "Museo Esquiú", destinado a conservar y guardar las diversas prendas y objetos que usara, en vida, el Siervo de Dios, o que de algún modo le hubiesen pertenecido. Al efecto se colocaron allí todos los recuerdos del P. Esquiú, que aún se conservaban en el Convento de que fué morador, y luego se pidió entre los parientes y amigos sobrevivientes del santo Obispo, facilitasen las prendas que conservasen como recuerdo del mismo, a fín de darles colocación honrosa y segura, que los defendiese de la accion del tiempo y de posibles extravíos o descuidos. De este modo se ha logrado reunir un buen número de objetos y prendas que fueron del Siervo de Dios, y puede verse en un modesto saloncito, que está a la entrada del Convento de San Francisco de Catamarca, mostrando en la portada esta inscripción:



El Museo Esquiú

"Museo Esquiú".

El Museo Esquiú, al igual que el Corazón del Siervo de Dios y aún la celda que habitó en el Convento, son diariamente visitados por distinguidas personalidades que llegan de todas partes. Y ya se sabe que toda persona que visita a Catamarca, debe visitar tres cosas: la Virgen del Valle con su santuario, el Convento de S. Francisco, y en él el Corazón, el Museo y la Celda del P. Esquiú, y finalmente, la casa en que nació el santo Obispo, en Piedra Blanca. — ¡No hay más que visitar en Catamarca!

***

Calles, Bibliotecas, Colegios, etc. — Hay también, en varias Capitales y pueblos de la República, calles, bibliotecas y centros culturales, dedicados a la memoria del Obispo Esquiú y que llevan su nombre. En la Capital de la República tiene una calle dedicada a su nombre, en Córdoba tiene una calle y un pueblo, lo mismo que en Catamarca y algunas otras Capitales de Provincia. Hay también librerías particulares y bibliotecas que se honran con el

nombre del P. Esquiú. En Catamarca está la librería de Avenante; en Córdoba y Buenos Aires hay también algunas otras. En Saujil, Departamento de Pomán (Catamarca) hay una biblioteca pública con ese nombre, y últimamente se le ha dedicado la plaza de Tingasta.

En la ciudad de Catamarca existía, hasta hace poco, una escuela de la Provincia, que se denominaba "Escuela Esquiú", sin que sepamos a qué se debe precisamente la supresión o cambio de nombre; suponemos que, al cambiar de local, se olvidó de trasladar el cartel. Sin embargo se proyecta ya hacer revivir el título en la escuela que se trata de levantar en la casa misma que fué de la familia Esquiú y en que nació el santo Obispo. En Buenos Aires se ha bautizado este año, con el nombre del P. Esquiú, a la Escuela N° 13.

Todo ello viene a demostrar el cariño y veneración en que se tienen, en toda la República, el nombre y la memoria del Siervo de Dios.

Publicaciones biográficas. — Toda la prensa de la República honró sus columnas con artículos elogiosos y no-

tas biográficas del P. Esquiú, desde su célebre sermón del 53 hasta nuestros días. Con motivo de su muerte, hasta la prensa más hostil a la Iglesia habló con respeto y veneración del ilustre Obispo de Córdoba. Y en cada aniversario de su muerte y aún de su nacimiento, evocan la memoria de sus virtudes y de su elocuencia prodigiosa, los principales órganos de publicidad de la República Argentina.

Al año siguiente de haber fallecido el virtuoso Prelado, el Sr. Alberto Ortiz publica la primera biografía seria del P. Esquiú, en dos volúmenes de casi doscientas páginas cada uno. El ex-Presidente de la Nación Argentina, gran literato y publicista fecundo, Dr. Nicolás Avellaneda, un folleto biográfico, elogiosísimo, del P. Esquiú.

Algunos años más tarde, el R. P. Fr. Mamerto González publica, en tres gruesos volúmenes, la biografía completa del Siervo de Dios. D. Félix F. Avellaneda, Profesor Normal y escritor fecundo, un libro de 240 páginas intitulado: "Fray Mamerto Esquiú — Datos Biográficos". La Comisión popular Pro-Monumento del Obispo Es-

quiú, un folleto que es casi un libro. Los Seminaristas del Seminario Pontificio Metropolitano de Bs. As., un compendio biográfico titulado: "Senderos de la Virtud". Los Obispos Diocesanos de Córdoba y Catamarca, respectivamente, Mons. Bustos y Piedrabuena, una larga y elogiosa Pastoral cada uno, elogiando las virtudes religiosas y morales del Siervo de Dios, con motivo de haberse iniciado la Causa de su Beatificación. El Dr. Joaquín V. González, dos conferencias elocuentes y grandiosas sobre la virtud y ciencia del P. Esquiú (1921). El Sr. Juan José Vélez, reputado literato y escritor, una preciosa conferencia sobre la personalidad histórica del mismo (año de 1922), etc., etc.

He ahí la mejor prueba, que vale más que cualquier otro razonamiento, del aprecio grande y la popularidad de que goza el Siervo de Dios, por su ciencia y sus virtudes y como varón extraordinario, entre el mundo intelectual de la República, y aún fuera de ella

***

Beatificación del P. Esquiú. — Pero entre todos esos homenajes, muy significativos y justicieros, sin duda, hay uno que encarna la idea de una glorificación trascendental y que formará, de verificarse, la radiosa diadema que coronará la frente venerable del "más parecido a los santos que haya nacido en tierra argentina": es la Beatificación y Canonización del Siervo de Dios — proyecto presentado y fundado por el autor de este trabajo, en el III Congreso Terciario Franciscano Argentino-Uruguayo, celebrado en Buenos Aires en Octubre de 1921, y apoyado con general aplauso por toda la asamblea, que contaba en su seno lo más distinguido y culto de toda la nación.

El petitorio de introducción de la Causa de Beatificación del Siervo de Dios fué hecho y firmado por el Capítulo franciscano; y luego, suscrito por ambos Cleros, secular y regular de todo el país y por más de veinte mil firmas de lo más distinguido y culto de toda la República, autoridades y pueblo, y recomendado por todo el Episcopado argentino y uruguayo, fué elevado a la Santa Sede el año 1923. Re-

querido más tarde, desde Roma, el "Proceso previo" que ordenan los Cánones, como base de juicio en la introducción de las Causas, se hizo una "Información jurídica", dirigida por el Vicario General del Obispado, Mons. Pedro M. Oviedo, suficientemente autorizado por el Diocesano, y se envió a Roma el año anterior de 1924. Llenado este trámite legal, se ha dado introducción a la causa, en Enero del mismo año.

Ultimamente, ha recibido el Promoter de la Causa en la Argentina, que lo es el que estas líneas escribe, un nuevo expediente informativo de las virtudes del santo Obispo, para ser estudiado, tramitado y despachado en la Curia Eclesiástica de Córdoba, en donde fué Obispo Diocesano el P. Esquiú.

En este estado de "incoación" se halla al presente la causa de Beatificación del Siervo de Dios; pero prestigiado por los votos y augurios de todo el pueblo argentino, de llegar a ser, dentro de un plazo relativamente corto, una bella realidad.

Así lo esperamos y deseamos nosotros también.

❧❧❧



Estatua de bronce, de 3 metros de alto y 2.900 kilogramos de peso, que será colocada en la Plazoleta Esquiú — Catamarca — Obra del escultor Dr. Hernán Cullen Ayerza.

Un voto final. — Al aproximarse ya el para nosotros tan simpático y glorioso acontecimiento del Centenario del nacimiento del Obispo Esquiú — 11 *de Mayo de* 1926 —, todo catamarqueño, más aún, todo argentino debe prepararse a celebrarlo, con el entusiasmo, el patriotismo y el orgullo con que se celebran las grandes fechas de la Patria y la memoria de sus ilustres próceres, sin escatimar sacrificios, si fueren necesarios, para realizar un homenaje digno de la grandeza del héroe y de la cultura del pueblo que lo ofrece.

Nuestro *voto final* es este: que Catamarca celebre esa fecha gloriosa con la solemne inauguración del monumento al P. Esquiú, con la declaración de "Monumento Nacional" de la casa en que nació el Siervo de Dios, junto con la iniciación, cuando menos, de las obras de conservación y defensa de la misma, que, desde hace tiempo está pidiendo a gritos, por la abertura de sus grietas, *ser siquiera apuntalada para no caerse!*...

Apelamos, para ello, al patriotismo de la sociedad catamarqueña y aún de la nación entera, al pensamiento elevado y justiciero de sus hombres pú-

blicos y a la elevación de miras y generoso desprendimiento que ha dirigido siempre, en casos análogos, la acción oficial de las autoridades constituidas. Es esta una deuda pública y sagrada que es necesario saldar, en el próximo vencimiento de su Centenario!

Si el P. Esquiú es una gloria nacional, como lo reconocemos todos: levantémoslo en alto, como se iza una bandera, y agrupémosnos todos en torno suyo, dispuestos a glorificar su nombre y formarle digno marco a su grandiosa figura histórica.

CAPITULO XXI.

Fama póstuma de santidad del P Esquiú. — Devoción del pueblo hacia el Siervo de Dios. — Gracias y favores obtenidos por su intercesión.

No debemos terminar este sencillo y modesto trabajo biográfico, sin decir algo sobre la fama póstuma de santidad del P. Esquiú y la frecuencia y fervor con que implora su protección, en demanda de gracias y favores, el pueblo cristiano que siempre ha visto

en él, al varón santo y de extraordinario valimiento ante Dios, para alcanzar el favor divino en beneficio de los que le invocan.

Nada diremos del espíritu de profecía, manifestando en muchos y diversos anuncios pronunciados por el Siervo de Dios y que han resultado, más tarde, hechos reales, imposibles de preverse humanamente, tales como los que se refieren a su muerte, presentida en diversas ocasiones por él mismo, con las circunstancias de afirmar, por ejemplo, que su hermana Rosa, que era la mayor y más achacosa, sobreviviría a todos sus hermanos, como lo fué, en efecto: que el Vicario Segura, muy amigo suyo, encontrándose enfermo de mucha gravedad, hacía escribir al ya Obispo Esquiú pidiéndole sus oraciones y despidiéndose de él, porque ya creía morirse, y él le contestaba asegurándole que no moriría aún y que pronto tendría que encomendar el alma de su pobre amigo, que se hallaba más próximo a la muerte que lo estaba él que se consideraba ya al borde de la tumba, anuncio que se cumplió el año siguiente, pues el Vicario Segura sanó de su enfermedad contra todas las previsiones

humanas, y el Obispo Esquiú, que entonces estaba sano, murió un año después; teniendo así que encomendarle el alma el antes moribundo amigo.

Otro caso bien notable, que puede clasificarse de anuncio profético, es su dicho, repetido muchas veces y en diversas ocasiones y circunstancias, de que su cuerpo estaría en Córdoba y su corazón en Catamarca; y varias otras previsiones y anuncios que se cumplieron a la letra, como los que refiere Mons. Ferreyra, de que era la última vez que lo veía cuando se despidió de él para marcharse a La Rioja, de donde no debía volver; el atraso del tren que debía conducirlo, su afirmación de que no volvería a ver a Catamarca hasta su muerte, etc.

Todo esto que recordamos ligeramente, omitiendo muchos otres, solo lo hacemos de paso y a título informativo, sin atribuirles el carácter de verdadera profecía, dejando este punto como el de los hechos extraordinarios que luego referiremos, a la autoridad infalible de la Iglesia el derecho de juzgarlos y clasificarlos; y pasamos, sin más trámite, a ocuparnos de hechos más frecuentes y comprobados, que tienen re-

lación más íntima con la fama de santidad de que goza, después de su muerte, el Siervo de Dios, en la conciencia del pueblo cristiano.

***

"Es siempre una nota simbólica de virtud reconocida y un instrumento fehaciente para acreditar la vida ejemplar de un hombre—dice un autor—el recuerdo que queda vivo y latente en el seno de los pueblos, como las invocaciones que se le dirigen, para exaltar y bendecir su memoria. Así se consagra el juicio y la opinión pública y se forma la *tradición popular*, que la Iglesia consulta para dar lugar a la *Causa de Beatificación* de sus miembros esclarecidos por la práctica heroica de las virtudes cristianas". Y esto lo vemos admirablemente verificado en la fama de santidad que rodea la memoria del P. Esquiú.

Que gozaba de fama popular de varón justo y extraordinario, durante su vida, no cabe dudarse, pero ni siquiera existen dos opiniones sobre ello, como queda suficientemente demostrado y establecido en todo el curso de esta his-

grafía; pero ese concepto de santo, que se formó en la conciencia del pueblo a la luz clarísima de sus virtudes y que apenas se contenía en su presencia, por consideración a su humildad, que nadie se atrevía a mortificar, estalló sobre su tumba y rodeó su sepulcro con la fama de sus virtudes, irradiando sobre su vida un fulgor que vino a revelar los subidos quilates de su virtud y mostrarlo a la posteridad como el más parecido a los santos que haya nacido en tierra argentina.

La veneración cariñosa que, mientras vivió, rodeaba a su persona, se convirtió, después de su muerte, en devoción fervorosa que termina en la invocación de su seguro valimiento ante el trono de Dios, para implorar del cielo gracias y favores, en las necesidades y enfermedades, cuando ya se desespera de los humanos auxilios.

El pueblo cristiano, guiado por esa confianza que le inspirara, en todo tiempo, la santidad del Siervo de Dios, ha invocado siempre su protección y ha creído ver, en los favores alcanzados, el poder sobre humano de su valimiento ante Dios. Por eso sigue invocándolo con creciente devoción y con-

fianza; y en estos últimos años, sobre todo desde que se ha iniciado el Proceso canónico de sus virtudes, se ha visto acrecentarse más la devoción, multiplicarse las invocaciones, los votos y promesas al Siervo de Dios, en demanda de gracias y favores.

Es lástima, ciertamente, que no se haya llevado registro de las muchas y muy numerosas personas que testifican haber obtenido curaciones extraordinarias y repentinas y favores de diverso género, por la intercesión e invocación del P. Esquiú. Pero así y todo, tenemos una larga lista de personas que afirman haber sido favorecidas por la intercesión del Siervo de Dios; y sería alargar demasiado este Capítulo si hubiéramos de dar cabida en él al relato detallado de curaciones y gracias alcanzadas por su invocación y que tenemos en nuestro poder. Nos limitaremos, por tanto, a consignar y detallar brevemente algunos de los hechos que, por su índole y circunstancias, han llamado especialmente nuestra atención.

***

Una señora de la Estación Esquiú

(Puesto de S. Miguel), llamada Agripina Ortega de Olmos, certifica que, habiéndole resultado una gangrena en el dedo mayor de una mano y caídosele ya la falange superior del mismo, amenazada de perder el dedo y acaso la mano y quizá la vida, invocó la protección del P. Esquiú. Y dejando de lado los medicamentos que le dieran los facultativos, se puso una hojita de cualquier yerba, confiando únicamente en la virtud del Siervo de Dios. Inmediatamente y sin más cura empezó a experimentar mejoría y alivio, en forma tan rápida y evidente, que de allí a pocos días estuvo completamente sana. Más aún, la carne infecta y recogida que antes tenía en lo restante del dedo, se purificó, creció y se alargó hasta formar punta, cual si no le faltara la última falange arrebatada por el mal.

***

Magdalena Sciortino certifica que, siendo estudiante, tuvo una grave enfermedad de anemia cerebral, por cuyo motivo los médicos que la asistieron, impusiéronle absoluto reposo y que dejara todos sus estudios. Apenada

por ello.y confiada en la protección del P. Esquiú, le hizo un novenario de comuniones y le ofreció hacer público el milagro, si le concedía la salud. Terminado el novenario, se sintió tan buena y sana, que, sin esperar más tiempo reanudó sus estudios, y así continúa desde hace ya varios meses, sin que haya vuelto a sentir el más leve síntoma de su anterior enfermedad. Agradecida al Siervo de Dios, a cuya intercesión atribuye su salud, nos ha enviado un certificado, citando, además, como testigos del hecho e inspiradoras de su invocación, a las Hermanas Franciscanas de Banfield (Bs. As.)

***

Luisa Esther Quiroga testifica lo siguiente: "Encontrándose mi madre bastante grave de una enfermedad al vientre y mostrando, además, serias complicaciones que la hacían más grave y quitaban toda esperanza de salvarla, acudí al Santo Padre Esquiú, rogándole que la sanara y ofreciéndole hacer público el milagro, si conseguía la salud de mi madre. Habiendo ella sana-

do totalmente y restablecido al corto tiempo, cumplo lo prometido, quedando para siempre agradecida de este y otros favores recibidos de tan gran santo. (Firmado) Luisa Esther Quiroga. — San Martín (Prov. de Buenos Aires), Mayo 31 de 1922".

***

La señora Gerónima de Martínez (Est. Esquiú) testifica el caso siguiente: Que, encontrándose gravemente enfermo un niño pequeño, nieto suyo, y deshauciado por el médico que lo asistía, hizo promesa al P. Esquiú de darlo al Convento de S. Francisco, cuando cumpliese ocho años de edad el niño, y hacer publicar el milagro. Que tan luego como hizo la promesa, comenzó a notarse la mejoría del niño, quedando completamente sano al cabo de pocos días.

La misma señora, muy piadosa y devota del Siervo de Dios, testifica el hecho de otra curación maravillosa, obrada por la intercesión del P. Esquiú, en la enfermedad gravísima y sin remedio, a juicio del médico de la localidad

que la asistía, de una niña de 12 años, hija de los arrenderos de su estancia. Desesperando salvarla por medios humanos, la madre pidió a la sobredicha señora que le hiciese una promesa al P. Esquiú por la salud de su hija. Hizo la promesa, consistente en hacer público el milagro y dar *cinco pesos* para reparación de la cruz que fué colocada en el lugar en que murió el Siervo de Dios y que, a la sazón, se hallaba en ruinas. Desde ese día comenzó a notarse una mejoría sorprendente en el estado casi agónico de la niña, y al cabo de pocos días, quedó completamente sana y robusta, cual si no hubiera sufrido enfermedad alguna. También este caso ocurrió muy cerca de la Est. Esquiú.

Nota:—En los pueblecitos que se hallan cercanos al lugar en que murió el P. Esquiú, es donde se nota más devoción al Siervo de Dios y se registran mayor número de gracias y curaciones extraordinarias, alcanzadas por su invocación. Y cabalmente es lo que se observa, por regla general, en la historia de los santos y varones justos, que su sepulcro o el lugar en que murió

sea el primer teatro de sus milagros y prodigios.

Esta observación junto con la piadosa y creciente devoción de los habitantes del pueblito de Esquiú hacia el Siervo de Dios fué, sin duda, lo que movió al P. Reinoso a iniciar los trabajos para levantar allí una Capilla dedicada a S. Mamerto Obispo de Francia, con el visible designio de que, si llegaba más tarde el caso de ser canonizado el Siervo de Dios — lo que no era improbable —, se pudiera fácilmente cambiar de Titular sin cambio de nombre, o bien, para desviar el culto que se iniciaba en favor del P. Esquiú hacia el santo ya canonizado por la Iglesia.

***

La señora Modesta S. B. de Ortiz Molina, domiciliada en Córdoba, calle Entre Ríos N° 23, certifica que, encontrándose su esposo en situación desesperante, con motivo de una hipoteca que no pudo levantar por falta absoluta de recursos; y después de agotar todos los medios humanos para salvar siquiera una parte de sus bienes,

se hallaba con toda su familia, que era muy acomodada, a las puertas de la miseria: ella acudió a la protección del P. Esquiú, haciéndole una promesa de que, si los salvaba de esa situación penosa, le haría celebrar una misa y publicaría el milagro. El caso fué que, la víspera de vencerse el plazo en que debían rematarles todos sus bienes, se presentó un señor, cuya protección se había antes solicitado y contestó serle absolutamente imposible ayudarles, y díjoles que no se afligiesen, pues él tomaba a su cargo la hipoteca, con lo cual quedaba solucionada la dificultad y ellos en posesión de sus bienes, al menos en su parte principal. "Por lo cual — termina diciendo la señora — mi esposo y yo creemos un milagro de Monseñor Esquiú" — (Firmado) Modesta S. R. de Ortiz Molina.

***

El R. P. Fr. Antonio de J. Lobo, actual morador del Convento de San Francisco de Catamarca, testifica haber obtenido una gracia especial de Dios, mediante la intercesión del P. Es-

quiú, en favor de su anciana madre, que se encontraba gravemente enferma, el año 1914, y a juicio de varios facultativos que la asistían, el desenlace fatal debía producirse de un momento para otro: razón por la cual se llamó telegráficamente a todos los hijos ausentes, entre ellos al informante que se hallaba en Córdoba.

D. Félix F. Avellaneda, íntimo amigo de la familia y gran admirador de las virtudes del Siervo de Dios, invocó al P. Esquiú, haciéndole la promesa de que el P. Lobo le celebraría un novenario de misas, a que asistirían las familias de ambos, si se conseguía la salud de la enferma — promesa que ratificó luego el P. Lobo, en la parte que a él le tocaba, previa la venia de sus superiores. — El caso fué que la señora Mercedes Moyano de Lobo, que era el nombre de la enferma, a pesar de la falla visible del corazón y otras dolencias más que agravaban la enfermedad, contando, además, que tenía 79 años a la sazón, salvó de la enfermedad y vivió aún dos años gozando de buena salud. Toda la familia y demás personas que se interesaron por la salud de

la enferma, atribuyeron su salud a la intercesión del P. Esquiú.

El mismo Padre Lobo informa igualmente que, siendo él Guardián del Convento de Catamarca, recibió y celebró muchas misas por el P. Esquiú, recomendadas por diversas personas que decían haber recibido especiales favores y gracias, especialmente en enfermedades y apuros de familia, por invocación del Siervo de Dios. Igualmente afirma haber visto a muchas personas que venían a rezar el rosario junto a la urna que guarda el Corazón del P. Esquiú. Ambas cosas ha visto también reproducirse, durante el período de su guardianía, el que estas líneas escribe, quién certifica, además, haber obtenido gracias visibles mediante la invocacón del Siervo de Dios; entre ellas la pronta y completa salud de una niña de 12 años, sobrinita suya, llamada Arcelia Córdoba, que se hallaba enferma de gravedad y requería, a juicio de dos médicos que la asistieron, una prolija y larga curación. Pero desde el momento que invocó la protección de P. Esquiú, ofreciéndole una misa en la que comulgaría la enferma, comenzó la me-

jоría; y una semana más tarde se halló completamente sana.

D. Francisco Vera, de 73 años de edad, en la "Información jurídica levantada por Mons. Pedro M. Oviedo. el año pasado, para formar el "Proceso previo" del Siervo de Dios, declara saber de una curación extraordinaria obrada por intercesión del P. Esquiú, en la persona de D. Gonzalo Vera, vecino de S. Isidro — Valle Viejo —, que se hallaba gravemente enfermo de neumonia purulenta, según todos, y deshauciado de los médicos, y mediante una promesa hecha por el enfermo y su madre al Siervo de Dios, al mismo tiempo que se alumbraba su retrato durante algunos días, el enfermo se halló, de un momento para otro, completamente sano. Agrega que el hecho es público y notorio y se atribuye por todos a la intercesión del P. Esquiú. Este mismo hecho lo menciona otro testigo informante del Proceso, D. Félix J. Regalado, y lo confirman, en todas sus partes, agregando pormenores y detalles interesantes, las Hermanas Franciscanas Enfermeras, Sor Silvia María Leal y Sor Florentina Aráoz.

que lo asistieron en su enfermedad

***

Dn. Epifanio López, de 56 años de edad, testifica que, siendo niño de 12 años, más o menos, sufría de una grave enfermedad al estómago, que lo tenía casi postrado desde hacía algún tiempo; y cuando el Obispo Esquiú hizo las rogativas públicas, el año 1882, y recorrió descalzo las calles de la ciudad durante la procesión, el niño no quiso quedarse en casa, y a pesar de su enfermedad, siguió la procesión junto con su familia, marchando todo el trayecto, muy arrimado al Obispo y vió con toda claridad que iba con los pies descalzos y que, en un momento dado, al tropezar con él, le puso la mano en la cabeza y lo acarició con la amable bondad que solía hacerlo con los niños; después de lo cual él no se acordó más de su enfermedad, y al regresar a su casa, se encontró completamente sano.

***

El Pbro. Dn. Casto Segundo Aparicio, que fué familiar del Obispo Es-

quiú, testifica lo siguiente: Que, siendo ya Obispo el P. Esquiú, por los años 1881 u 82 — no recuerda con precisión la fecha — se encontraba gravemente enfermo y casi agónico, desde hacían ocho días, un caballero distinguido, que estaba afiliado a las lógias masónicas, y mandó sigilosamente al Sr. Obispo un recado de que deseaba confesarse y reconsiliarse con la Iglesia, y suplicaba le mandase un confesor. Llamó el Sr. Obispo al P. Bustamante, de la Compañía de Jesús, y le pidió fuese a ver al enfermo y confesarlo, dándole las instrucciones del caso. Fué, efectivamente, el Padre, y luego regresó diciendo que era imposible entrar: pues estaba allí una numerosa guardia de masones, que impedían la entrada a todo sacerdote, y a más un centinela armado que tenía la consigna de impedir a viva fuerza el acceso de cualquier sacerdote, y aún hacerle fuego al que tal intentase.

Fue más tarde el P. Carlucci, sacerdote de gran prestigio en toda la alta sociedad de Córdoba, y hombre de mucha virtud, y regresó en seguida, sin siquiera haber conseguido llegar a la

puerta de calle donde moraba el enfermo, pues apenas era avistado, se lo hacía retroceder con enérgicas amenazas. Entonces el Obispo Esquiú. ardiendo en santo celo, exclamó: "A mí me toca arrostrar este peligro: yo soy el Pastor, y como tal, debo dar la vida por salvar esta ovejita extraviada de mi rebaño!"... Y, acto contínuo. dijo a su familiar, que lo era el mismo informante: "Vamos, mi Don Aparicio. acompáñeme a hacer una visita a un amigo que nos espera". (Confiesa el informante que hasta la vuelta no supo él de lo que realmente se trataba y cuán cerca de la muerte se había encontrado). Eran próximamente las doce del día. Llegamos allí en circunstancias en que la comisión de masones, encargada de guardar la entrada. se había retirado a almorzar: pero quedaba el centinela armado que custodiaba la puerta. El Obispo penetró sin decirle una palabra y yo me quedé en la puerta. sin atreverme a entrar. El soldado guardó silencio... Habrían pasado veinte minutos cuando salió el Obispo. y rebozando de alegría me dijo: "Gracias a Dios! Ya está sano y salvo nuestro

amigo N. N."... Salimos de allí, y en el camino me contó lo de la consigna masónica, que ya la sabía de antemano; cuán cerca de la muerte nos habíamos encontrado, y cómo había llegado en el momento preciso y matemático para auxiliarlo, alabando en ello la misericordia de Dios que disponía todas las circunstancias para salvar esta alma y dejar burladas las trazas de la malicia de los hombres... Que pudo confesarlo perfectamente, pues a pesar de hacer más de ocho días que estaba casi sin sentido, en ese momento lo recobró tan de lleno como no podía desearse más; le puso la santa Extremaunción que llevaba al efecto, oculta en la capilla del hábito, empleando estola blanca por no haber tenido tiempo de buscar la morada; le dió la absolución *in articulo mortis,* después de haberlo reconciliado con la Iglesia, y le encomendó el alma. Y cuando hubo terminado todo, expiró tranquilamente el enfermo, invocando, lleno de fé, el santo nombre de Jesús y de María... Viéndolo ya muerto, le rezó un responso, y salió"...

Un acto heroico de celo de un Pastor

santo obligó a la misericordia divina a reunir un cúmulo de circunstancias milagrosas, dejando burlada la malicia de los hombres, para salvar el alma de un pecador arrepentido!...

***

Sor María Etelvina Cruz, religiosa misionera franciscana, del Colegio de S. Vicente (Córdoba) certifica que, encontrándose gravemente enferma y declarada tuberculosa por dos médicos, y trasladada como tal, al Hospital de Tuberculosos "Tránsito Cáceres", en Los Altos de General Paz; que allí fué examinada con los rayos X y se le declaró que tenía una lesión considerable en la base del pulmón derecho; que desde que cayó enferma estuvo con fiebre alta y mientras permaneció en el Hospital, la tuvo indefectiblemente todos los días Que cuando se encontró más grave, y aunque los médicos daban algunas esperanzas de que mejoraría, si bien decían que sería de larga curación y perdería, en consecuencia, el año de Noviciado (se encontraba en el 2º año), la Madre Superiora General, Sor María de los Angeles Ferreyra, hi-

zo una promesa al P. Esquiú, ofreciéndole publicar el milagro si la sanaba. Que ese mismo día se sintió mejor y disminuyó notablemente la fiebre, y una semana más tarde regresaba a su Convento, si no sana del todo aún, tan visiblemente mejorada que los médicos juzgaron no necesitar ya más que tomar una temporada de campo para convalecer. Así fué, y al cabo de tres meses que pasó en el campo, se halló completamente sana, como la han visto todas las Religiosas y lo coprobaron luego otros dos médicos que, examinándola igualmente con rayos X, dijeron que estaba completamente sana del pulmón, como lo está hasta el día de hoy, después de cuatro años que tuvo la enfermedad. Así lo testifica la agraciada, y con ella la Madre Superiora General y todos las Religiosas del Colegio, agregando que están prontas a declarar esto mismo bajo juramento.

***

La señora Rosario López de Haddad, maestra normal de Catamarca, testifica lo siguiente, que transcribimos al pie de la letra:

Corría el mes de Abril de 1923. Había regresado de Buenos Aires, donde fuera en busca de salud; y atendida como lo fui allí por los mejores especialistas en enfermedades al hígado: mal que padecía desde hacía tiempo, y cada día que pasaba, me sentía peor. Resolví hacerme operar; pero de los exámenes radiográficos y análisis minuciosos, diagnosticaron los médicos que se trataba de una "litiosis biliosa" aguda, complicada con el corazón y los riñones, que hacía imposible una intervención quirúrgica.

En estas condiciones, aconsejada por mi bondadoso y malogrado amigo, el Dr. Estanislao S. Zeballos, abandoné Buenos Aires para venir a morir en mi tierra, al lado de los míos.

A los pocos días de llegar, me dió un ataque agudo, a horas 1 de la mañana. Se buscó médico de inmediato, sin conseguir se encontrara ninguno. La muerte se aproximaba, sentí un frío que me quitó todas las fuerzas; y próxima ya a espirar, alcanzaba apenas a escuchar las dulces y santas palabras del R. P. Antonio Lobo, quién acudió a darme los auxilios de nuestra santa Religión;

—¡qué momentos angustiosos aquéllos!... Mis pies y mi cuerpo todo no tenían ya movimiento, la parca inexorable se acercaba a mi lecho con rápidos pasos, mi lengua balbuceaba, en frases entrecortadas,, las últimas palabras pronunciadas por el sacerdote: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"... Mi voz y mis oídos ya se extinguían, cuando alcancé a escuchar, muy cerca de mí, una plegaria elevada al cielo por el santo varón, hijo del de Asis, que me auxiliaba: "¡Padre Esquiú, si conviene, concede la vida y salud a esta madre que deja a su hijita huérfana, a la edad en que más necesita de sus cuidados!". . Mi hijita tenía 13 años, y su padre hacía años que había muerto.

Apenas había pronunciado estas palabras el sacerdote, sentí que cobraba fuerzas y me incorporé, encontrando a mi querida hijita, envuelta en mi cuello, me besaba con ternura y lloraba sin consuelo; pues ya me había visto morir...

Era como si hubiera despertado de un largo sueño, me movía y hablaba para cerciorarme si había resucitado. El

sacerdote y mi hijita cayeron de rodillas en acción de gracias por tan visible milagro. A las cuatro horas llegaban los médicos, comprobaron ellos mismos la gravedad del ataque y que milagrosamente me había salvado de una muerte segura.

Agradecida a esta vida milagrosa, llevo el hábito que vistió el R. P. Esquiú, y llena de salud y vida, doy gracias a Dios por el favor recibido. — (Firmado) Rosario López de Haddad. Catamarca, Enero de 1926".

***

Muchas otras curaciones extraordinarias se atribuyen a la intercesión del Siervo de Dios, así como favores y gracias alcanzadas en situaciones difíciles y apuradas, y que las omitimos en obsequio a la brevedad y porque creemos que basta con los casos referidos para dejar constatado y establecido: 1° la devoción grande y creciente que profesa el pueblo cristiano al Siervo de Dios, y la confianza que manifiesta en su valimiento, al invocarlo: 2° que son reales y numerosos los hechos milagrosos, o simplemente extraordi-

narios que se atribuyen a la intercesión y valimiento, ante Dios, del P. Esquiú.

***

Declaramos, finalmente, que, al referir estos hechos y favores, gracias y beneficios, atribuidos al P. Esquiú, no pretendemos adelantarnos al juicio de la Iglesia ni queremos darles el calificativo de "milagros", en el sentido teológico de la expresión, sinó que solo tratamos de referir los hechos que se dicen producidos y los favores atribuidos al valimiento del Siervo de Dios, a título puramente informativo y en calidad de historiadores fieles e imparciales. Más aún, deseamos y anhelamos que la autoridad eclesiástica, que ha de entender en el Proceso de Canonización del P. Esquiú, tome nota de los hechos mencionados y aún de otros que se refieren a diario, los analice y juzgue con criterio de autoridad competente, los clasifique y coloque en el lugar que les corresponda.

ÍNDICE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Estudios Biográficos del Obispo Achával.

Estudio Biográfico del Obispo Alllazar.

Corona fúnebre del R. P. Fr. Jacinto Nieva

Rasgos Biográficos del R. P. Fr. Juan B. Reinoso.

Conferencias. Artículos y Documentos sobre el Convento de Catamarca.

Estudio histórico sobre la acción franciscana en el Río de la Plata (inédito).

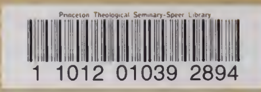
Conferencia sobre el alcoholismo como causa de decadencia en el orden económico, intelectual y moral.

Fisonomía moral del Padre Esquiú (Conferencia).

Corona fúnebre del Pbro. Dn. José Cornelio Alcorta.

Novena de la Virgen Coronada de Cuyo.

Conferencias y discursos (inédito).




TELEFONO 2754
IMPRENTA
PEREYRA
Y RELIEVE
IBRERIA
PAPELERIA
ARTICULOS
ESCRITORIO
DEÁN FUNES 50
CÓRDOBA